

## **Libro IV**

### **En tiempos difíciles (1809 - 1814)**

## 1. Cuando se conspira...

El 19 de septiembre de 1809, a las seis de la mañana, dos agentes de la policía, los comisarios Viette y Boyer, se presentaban en Burdeos, en el domicilio del Sr. Mareilhac, calle Façade des Chartrons nº 22, y arrestaban al preceptor de sus hijos, Jean-Baptiste-Hyacinthe Lafon, antiguo prefecto de la congregación de la Magdalena.

¿Qué había sucedido?

G. de Grandmaison ha dicho cómo, disimulándola en sus botas, Eugène de Montmorency había llevado a París el texto de la bula *Quum memoranda*, cuya divulgación quería impedir la policía. El mismo documento pontificio llegó quizá en la misma época a la capital por medio del abate Perreau, que parece haber hecho entonces el viaje a Roma, precisamente para buscar directrices para los católicos de Francia, inquietos por los derroteros que tomaba la política religiosa de Napoleón. El abate Perreau y el marqués de Montmorency eran ambos miembros de la congregación mariana que dirigía el P. Delpuits. Esta asociación tuvo a honor el difundir la bula vengativa, así como otras piezas relativas a la ocupación de los Estados pontificios.

Ahora bien, desde hacía mucho la congregación de Burdeos estaba en relación con la de París. La policía había advertido el intercambio de correspondencia desde el 21 de enero de 1803. Una estancia de Alexis de Noailles en Burdeos, en 1804, había estrechado los lazos de forma decisiva. ¿Qué, pues, de más natural? Había visitado sin duda a jóvenes a los que había conocido en París y que, asentados en Burdeos, frecuentaban la obra del P. Chaminade. Por ellos había entrado en contacto con el mismo director y con toda la congregación. Confraternizaron, hablaron del ideal común y, cuando el huésped se marchó, iba encargado de obtener de los hermanos parisienses «tres cosas». La carta que nos dice que las tres peticiones dieron resultado, no nos dice de manera explícita de qué se trataba. Pero sin arriesgarnos a equivocarnos en exceso, podemos conjeturar lo que Burdeos deseaba: en primer lugar, contraer una «unión espiritual» con la asociación hermana, lo que se obtuvo ese mismo año 1804; en segundo lugar, entenderse con ellos para la acogida de los congregantes que fueran de una ciudad a la otra, lo que efectivamente se produjo en varias ocasiones. Como la congregación de París comunicó el texto de sus *principios constitutivos* a la de Burdeos, es bastante verosímil que el tercer deseo de esta última sería obtener este favor. Al anunciar a Alexis de Noailles que concedía las tres cosas pedidas, el P. Delpuits había añadido:

Deseo que se sea discreto al hablar de ello. Cuando vuelva, tomaremos los acuerdos necesarios y usted será por parte nuestra el hombre que escriba cuando haga falta.

Lafon fue el delegado de la congregación bordelesa para esta correspondencia.

A partir de 1808, los acontecimientos políticoreligiosos tomaron un lugar importante en las cartas que se intercambiaron. Lafon transmitía a sus hermanos los saludos de sus amigos parisinos, les leía las noticias relativas a los miembros que habían sido recomendados y reservaba los informes confidenciales para algunos iniciados con los que se veía antes o después de las reuniones de la Magdalena.

De carácter muy intrigante, antiguo miembro del Instituto Filantrópico, afiliado a la francmasonería según algunos, en todo caso cuñado de un auténtico masón, tenía numerosas relaciones.

Al comienzo del verano de 1809, hizo un viaje a Bretaña y desplegó una gran actividad

para formar –dirá en 1814– en Rennes y en toda la provincia asociaciones destinadas a propagar el espíritu de la monarquía.

Las piezas de los archivos solo prueban que apareció en las reuniones de la congregación de Rennes, que habló y que hizo que el joven abate Bruté lo presentara al obispo; pero, activo como era, seguro que fue capaz de organizar, despertar o fanatizar a otros grupos menos inofensivos que las congregaciones marianas. A. de Noailles podía escribirle poco más tarde:

Sabemos aquí con detalle que su viaje hace un gran bien a nuestros asuntos. Los negociadores de Burdeos se condujeron como los de París; estoy encantado y bendigo a Dios por el bien que por su medio quiere hacer.

El incidente provocado en Burdeos, en diciembre de 1808, por el sermón del P. Anglade en el aniversario de la coronación, la destitución del abate Thierry, vicario general, y del abate Lacroix, superior del seminario, que fue una de las consecuencias de este incidente, en marzo de 1809, la tensión creciente de las relaciones entre Napoleón y la Santa Sede... todo era entonces propio para excitar una cabeza tan ardiente como la de Lafon.

A su vuelta de Rennes tomó el camino de París y paró en casa de un joven, llamado Justus, al que había conocido en Burdeos y en Figeac. Naturalmente vio a Alexis de Noailles, comió dos veces en su casa, una en compañía de un amigo del conde, el joven Beaumes, congregante, y recibió de él varias notas manuscritas relativas a los asuntos de Roma. Convinieron incluso que Noailles le haría llegar todo lo que circulara por París sobre el tema.

Volvió a Burdeos a finales de julio. El 2 de agosto reaparecía en la congregación y presidía la asamblea de la tarde. Había comunicado ya sus documentos a los iniciados. Le escribe a Noailles:

Mi respetable amigo, me apresuro a comunicarle mi feliz llegada a esta ciudad. Mis primeras gestiones, el mismo día de mi llegada, fueron cumplir los diversos encargos que me dio, ver a nuestros amigos, que han tenido el gran placer de recibir vuestras noticias por mí. Reciba mi agradecimiento por toda la bondad que no cesó de mostrarme en París. Guardo por ello un gran agradecimiento.

He comunicado a un gran número de literatos la última obra del señor de Laharpe, que no conocían más que vagamente, y que ha producido un gran entusiasmo. He reunido a los favoritos de las Musas y se lo he dado a conocer; hacen extractos y lo dan a conocer a sus amigos. Está claro que Laharpe ha cuidado bien esta parte. ¡Qué fuerza! ¡Qué vehemencia en todas las partes que trata! Cuando escribo, hay más de treinta personas reunidas alrededor de una mesa para tomar notas. Tienen la paciencia de leer todo, extractar todo, e incluso transcribir todo, lo que será muy largo.

Antes de partir de París me prometió usted hacerme llegar todas las obras modernas relacionadas con la literatura. Cuento con su palabra. Aquí tenemos sociedades literarias que se apoyan en mí para procurarles las mejores obras de este género. A ejemplo de los miembros del Instituto, nos gusta propagar los conocimientos y adquirir nuevos. Mi entusiasmo en esto es extremo. Lo comunico a todos mis amigos y seguro que me consideraría enormemente desgraciado si no tuviera ningún medio de instruirme...

A. de Noailles le había dejado entrever que el papa, privado de su libertad, delegaría sus poderes para el gobierno de la Iglesia. A ello hace alusión al final de la carta:

Espero siempre con impaciencia el nombramiento y los poderes de la persona por la que usted se interesa para negociar sus asuntos de familia. Cuando los tenga, no deje de hacérmelos llegar.

Mientras la carta iba dirigida a la dirección de Justus, Alexis de Noailles escribía a Burdeos para recomendar prudencia. Sin duda se había percatado de que la policía se ponía nerviosa. Decía:

Sigamos caminando y sepamos distinguir cada signo de vocación; vosotros alegráis a los ángeles y a los santos por vuestras victorias, y los cristianos de esta ciudad alaban a Dios por ello. La prudencia ha detenido nuestro celo sobre este punto, porque sin el consejo del Sabio, hubiéramos hecho compartir nuestra alegría a muchos otros. La prudencia que nos retiene me lleva aún a conjuraros para que jamás os declaréis públicamente en Burdeos. Nuestros progresos, que no nos dejan sin inquietud por la publicidad exterior, dejarían a nuestra obra peligrosamente expuesta ante el mundo. Así, definitivamente, creo que es mejor que provisionalmente nuestra correspondencia venga de usted a mí; durante mi ausencia, designaré un reemplazante.

Aun admitiendo que la congregación de París tendía a ser ignorada por el público, y la de Burdeos a ser conocida para actuar más eficazmente sobre la opinión, difícilmente puede creerse que en sus recomendaciones de prudencia, A. de Noailles no pensaba sino en sus hermanos congregantes. En todo caso, en otro pasaje de su carta entraba claramente en el terreno político y, aunque recurriese a la antifrase o la alegoría, no dejaba de expresar sus esperanzas antinapoleónicas:

Nuestras noticias de comercio son que todo va muy bien. Los ingleses han descendido por la fuerza en Flessingue y hacia Ostende. Quemaron algunos barcos. Tendremos el placer de vencerlos con algunos buenos guardias nacionales que hay en las costas. Estamos seguros de Holanda. La guerra va a recomenzar, pero me alegro porque su Majestad va a tragarse toda Europa en una sola redada; porque rusos, austríacos y prusianos ya nos conocen. El reinicio de las hostilidades no es seguro, pero sí probable. Así todo acabará antes, pues su Majestad debe triunfar siempre...

Un joven, Georges Giresse, que había sido probando en la congregación de Burdeos y que por esta había sido recibido en la de París, donde estudiaba derecho, tenía que ir a la Gironda y remitir con tal ocasión nuevos documentos a Lafon. En el último momento el viaje se suprimió por razones de familia. El 18 de agosto A. de Noailles advirtió a su amigo, dando a sus frases un tinte comercial. Según Lafon, el papa sería designado como «el viejo Denis»; pero este «viejo Denis» y este «primer hombre de negocios de nuestro Jefe» ¿no serían más bien los jefes de la resistencia católica, quizá los futuros dirigentes del movimiento de los «Caballeros de la Fe»?

Nos veremos forzados –escribe Noailles– a cambiar de camino. Tengo importantes mercancías que enviarte. No debo retrasarlo más. Se las dirigiré a tu sastre. Se lo adviertes para que no se estropeen los paños... No descuides lo que te llegue de mi parte; por favor, estáte preparado.

Mi amigo ha vuelto de sus viajes. A él le debo todas mis nuevas y preciosas especulaciones. No te detallo nada, ya lo verás pronto. Te agradezco en nombre de nuestro jefe y de su primer hombre de negocios lo que has hecho. Este viejo Denis está infinitamente obligado para contigo y me encarga decírtelo.

Te enviaré, con mis mercancías, un libro cuya encuadernación será cuidadosamente trabajada; es mi regalo, lo demás es de tu comercio. En cuanto a la procuración que me pediste y que te prometí, no la han dado. Todos están de acuerdo en que el proceso durará poco tiempo. Esto es positivo. ¡Así que continuad como antes!

Justus no había entregado la carta del 2. Sorprendido y vivamente contrariado, Lafon escribe a otra dirección, calle Saint-Jacques. La persona a la que llama sencillamente «mi buena amiga», parece identificarse con Alexis de Noailles.

Estoy desolada, mi buena amiga, porque no hayas recibido mi carta. Iba dirigida al señor Justus, con el sobre al señor Auguié. En esta primera carta te decía que la obra

literaria que me regalaste había producido preciosos efectos; yo había hecho todos los esfuerzos para darla a conocer; que a todos nuestros aficionados les había interesado tanto que unas treinta personas a la vez se habían puesto a copiarla. Ahora es muy conocida. Todos han tomado gusto por la literatura y suspiran ardientemente por las nuevas obras de este género que tienes que enviarme.

Para Burdeos, donde la emoción causada por la destitución de los sacerdotes Thierry, Lacroix y Delort aún no se había calmado, no es inverosímil tal estado de excitación. Sin embargo no faltaba la gente prudente. Aun dejando fuera de causa al arzobispo, Lafon se queja de su entorno:

Se hacen reproches a uno de nuestros negociantes en jefe, que es sordo y que habla con dificultad, por no haber comunicado. Son sus primeros empleados los que han actuado con esta libertad. Ten en cuenta que no descuido nada sobre el importante negocio que me has confiado. Desde mi llegada todos aquellos con quienes tenía antes discusiones se han acercado a mí. Vienen a menudo a verme y espero llevarlos a una perfecta conciliación. Algunos anuncian disposiciones hostiles.

Experimenta un inmenso placer al pensar que van a llegarle nuevos documentos:

Tu carta del 18 corriente me colma de alegría. Me anuncias el envío de las mercancías que te había pedido. Estoy enfadado porque nuestro amigo Giresse no me trae la factura, pero tú pondrás remedio dirigiéndolas a mi sastre que tendrá la orden de cuidarlas bien.

Es más sensible aún en el caso que «el viejo Denis» hace de él:

Nada tienes que agradecerme. Tu jefe me tendrá en cuenta el trabajo que me tomo. Pídele con frecuencia que me tenga presente en su recuerdo. ¿Cómo es que el viejo Denis ha pensado en mí? ¡Ay, si supiera cuánto le quiero, cuánto lo respeto, cuánto me intereso por el éxito de sus empresas, me amaría mucho más aún! Si alguna vez le puedes hablar de mí, dile que mi fidelidad será inviolable y que nada en el mundo podrá apartarme de su servicio.

No está seguro de una evolución rápida de los acontecimientos:

Me sorprende mucho que la procuración que te pedí no pueda obtenerse; deseaba que el proceso no fuera largo, pero el deseo que tengo me inspira vivos temores.

El 23 de agosto, A. de Noailles confirmaba el envío inminente de documentos. Los entregaría el 25 al conductor de la diligencia, un tal Ledoux, «perfectamente seguro». ¡Pero que Lafon dé por fin noticias!

Es precisamente el 23 cuando Lafon había escrito a la calle Saint-Jacques. Las dos cartas se cruzaron entre París y Burdeos. Cuando recibió la suya, se vio contrariado y tomando la pluma, se dirigió esta vez directamente a Alexis de Noailles, Plaza del Cuerpo Legislativo nº 79:

Tu carta del 23, así como las dos anteriores, me llegaron muy bien, mi querido y buen amigo. Ya he contestado a las dos primeras y estoy molesto por el retraso que han sufrido. La primera tenías que haberla recibido de manos del señor Justus, a quien se la había dirigido bajo el sobre del señor Auguié, director de Correos, para que te llegara antes. Habla al señor Justus, calle de los Santos Padres, en la casa donde me alojaba yo, y comunícale mi sorpresa porque no te haya remitido la carta que iba dentro de la suya, y que tampoco haya respondido a la que yo le escribí. Si te dice que no la ha

recibido, que vaya en seguida a reclamarla al señor Auguié. Escribí a nuestra buena amiga, calle Saint-Jacques; sin duda que ella te ha comunicado mi carta donde había muchas cosas para ti. En estas dos cartas te hablaba de la rápida salida de las mercancías que yo había traído de París. Te pedía que me enviaras de la misma calidad. Tu última me informa que me las has enviado el 25: yo iré personalmente a hacerlas descargar y me apresuraré a acusar recibo.

Aquí vuelve a la actitud del clero bordelés y precisa las quejas de su carta precedente:

Estoy bastante contento de nuestros comerciantes de Burdeos. Los he visto a casi todos y me testimonian la mayor confianza. Hay algunos que ocupan las primeras líneas, de los que no estoy muy satisfecho. Son débiles, flojos, sin energía en su parte del negocio. No se atreven a emprender nada, temiendo que la guerra les ocasione pérdidas.

Sin duda estas insinuaciones se refieren a los Sres. de Sèze y Filhol, que habían reemplazado al Sr. Thierry y al Sr. Delort en el arzobispado por orden del Emperador.

Los veo a menudo. Les comunico mis ideas; las adoptan; pero en la práctica, van a distinto paso. Yo, que soy vivo, activo, emprendedor e incluso ardiente en los negocios [¡se pinta bastante bien!], quisiera que me secundaran para actuar con brillantez, para apoyarme en una edad madura. Sin embargo, por el interés que tú en particular tomaste en el éxito de mi empresa, puedo asegurarte que por el momento todo supera mis esperanzas; te debo toda mi felicidad y de ti dependerá la de bastantes otros.

Sigue haciendo el bien. Un alma tan generosa como la tuya encuentra en sí misma su propia satisfacción y el que ha prometido recompensar un vaso de agua dado en su nombre te dará la recompensa en proporción al enorme bien que realizas.

Napoleón procuraba entonces disipar los temores del papa, afectando tratarle con el mayor respeto. Lafon pregunta lo que en realidad sucede:

Paso a temas que me interesan mucho. Procura confirmarme la noticia que se extiende por Burdeos y en la que creen porque nuestro buen arzobispo ha recibido del Sr. Jaubert una carta que anuncia el tema de la petición que te hago. El Sr. Thierry [el vicario general destituido] ha recibido otra del mismo estilo. Ambas cartas aseguran que el Emperador se ha enterado con gran indignación del trato que dos generales habían hecho sufrir al Santo Padre, que en adelante sería tratado con mayor respeto y que probablemente habría una destitución pronunciada contra ellos. Se añade que el Emperador va a aumentar número de los canónigos, así como el trato a los párrocos y que finalmente el clero puede estar libre de toda inquietud.

Sin duda, tomando lo contrario de estas afirmaciones podemos hallar el verdadero pensamiento de Lafon. La antifrase es una de las claves de esta correspondencia oculta, y sin duda explica también lo siguiente:

Como te he dicho siempre y como le decía al Sr. Jaubert en París, tengo la mayor confianza en las intenciones del Emperador. No cambio y sigo pensando, como entonces, que todo tomará una orientación favorable. Pero decía al abate Thierry, que me ve con frecuencia y del que estoy muy satisfecho, así como a algunos otros del consejo del señor arzobispo, que esta noticia merecía ser confirmada. Dime algo sobre ello en tu próxima.

Siguen consejos de prudencia y luego una corta estrofa lírica:

Cuente siempre con mi amistad. Le quiero de verdad con todo mi corazón. ¡Cómo no quererle, siendo usted tan amable! Amándole, se ama a la virtud.

En lo que respecta al artículo de mi comercio, es necesaria, por favor, la mayor discreción. No le confíe ninguna de nuestras operaciones a nuestros amigos de Burdeos. No quisiera señalarle a usted ninguno, ni en caso de enfermedad. Es raro encontrar hombres lo bastante duchos en esta cuestión, lo bastante honrados, bastante reservados, bastante animosos para correr los riesgos del azar en un tiempo en que los ingleses bloquean todos nuestros puertos. Nadie sabe aquí, al menos de forma positiva, los servicios que me usted me hace. Tendré que recomendarle algunos de nuestros amigos de Burdeos, pero no le diga nada de nuestros negocios. Sin duda son muy honrados, pero la honradez no basta.

Un abrazo de mi parte a nuestros buenos amigos, sobre todo a aquel con el que me llevó a comer, un tal Beaumes, creo, primer empleado de la propiedad en el departamento del Sena. No olvide a Giresse. Le mando un abrazo.

## 2. ¡La policía...!

Por una simple denuncia, la policía acababa de arrestar en París a dos antiguos Caballeros de San Luis, residentes en Los Inválidos, Briançon y Bomier, a un exmariscal de la casa de la Reina, Pigenot-Lapalun, y al padre del joven Beaumes, amigo de Alexis de Noailles. Se reunían en casa de Bomier y, bebidos, habían hecho comentarios que un oído delicado había encontrado «muy reprobables».

En casa de Beaumes la policía había cogido varias copias de las piezas relativas a los asuntos de Roma. Había que multiplicar la discreción y la prudencia. El 3 de septiembre, Alexis de Noailles, que tenía desde la víspera la carta de Lafon, previene a su corresponsal, con palabras encubiertas:

Cuide siempre mis negocios, como me dice, con infinita prudencia para no chocar con la parte contraria, que empieza a hacer de las suyas y a reclamarnos seriamente. Quisiera enviarle diferentes pagos, pero no sé muy bien cómo hacerlo. Me he visto obligado a poner mi dinero en lugar seguro. Puede contar conmigo cuando sea necesario.

Lafon u otro le había enviado ciertos documentos escritos en latín: los había traducido o hecho traducir, pero por el momento era más prudente suspender toda correspondencia, tanto directa como indirecta:

He cambiado sus medallas de estilo antiguo y ahora las tenemos en muy buena moneda francesa. Tengo aún diversos pagos anteriores al que le hice por mi última letra de cambio, y además una grande e interesante exposición de toda la gestión. Escriba solo poco a mi buena amiga y no me escriba nada a mí en unos días, hasta que le comunique que estamos menos agobiados e inquietos. Es un motivo para no dejar ningún agarradero.

Sin embargo, aquí está la respuesta sobre las disposiciones del Emperador, llamado para la circunstancia «el banquero fracasado Julien»:

Es usted demasiado hábil en los negocios para haber sido seducido por una infernal protesta del banquero en bancarrota Julien. Este hombre, viéndose al fin vencido por la opinión pública y no sabiendo cómo salir del lance, se hace el buen apóstol y no nos da, al menos a nosotros, menos pruebas orgullosas de su rabia. ¡Qué calamidad la distancia y el ascendiente de aquellos que mienten desvergonzadamente! Es cierto que el mal pagador, insolvente, ha hecho tomar a sus sucesores otro camino pero

forzado por las circunstancias, pues no esperaba lo que ha sucedido, la especie de desprecio que tienen a sus pagarés y la piedad que inspiran los que él ha arruinado. Yo podría darle a usted pruebas contundentes. Pero créame por mi palabra.

La policía había proseguido sus operaciones. Había apresado al joven Beaumes y a su madre, así como a un tal señor Castellin, oriundo de Marsella y feligrés de Saint-Sulpice. El 9 de septiembre, el prefecto de policía hacía su primer informe a Fouché:

La señora Beaumes reconoció al principio las piezas relativas al papa, que ella y su marido habían recopiado, pero se negó a decir de quién las había recibido. Pretendió haberlas recibido por correo interior, y solo en un segundo interrogatorio, que sufrió al día siguiente, confesó que todas estas piezas le habían sido remitidas por su hijo, pero declaró al mismo tiempo que no sabía ni cómo ni por quién le habían llegado a su hijo. Declaró que había enviado copia de estas piezas a Fustier, capellán de las damas de Nuestra Señora de la Caridad en Versalles, y una carta de este Sr. Fustier encontrada entre sus papeles, le agradece ese envío, en estos términos: «Le agradezco los detalles que me da sobre la persona que a todos nos interesa; me han alegrado mucho, así como a aquellos a quienes lo he comunicado. Cuando tenga usted otros, espero que me los haga llegar».

Beaumes hijo declaró ser el primer encargado en la Dirección de la zona del Departamento. En cuanto a los documentos relativos al papa, sostuvo constantemente que habían llegado a su madre por el correo interior y, cuando le dijeron que su madre había declarado lo contrario, se refirió a sus primeras respuestas y rechazó, con una obstinación y una sangre fría realmente notables, estar de acuerdo con lo que su madre había declarado. Por otra parte, reconoció todos los documentos y, aunque en el momento del arresto de su padre hubiera dicho, cosa consignada en el acta, que sabía por quién habían sido escritos todos los documentos, rehusó dar a conocer en su interrogatorio de quién los había recibido.

Pretendió que no había oído hablar más que de un solo documento, escrito por mano de su padre. Este joven se encerró en general en negaciones absolutas y durante los interrogatorios mostró en su postura y en sus respuestas la sangre fría de un hombre que se cree mártir o que desearía serlo.

Según Dubois, todo el mal venía de las conferencias del abate Frayssinous.

En esas conferencias es donde Beaumes ha conocido a diversos jóvenes, nuevos convertidos como él, y que tienen hoy el celo y el fervor de los neófitos. Las relaciones de estos jóvenes devotos entre ellos, la asociación religiosa que han establecido y que él propaga por todos sus medios, ese misticismo que predicán sin cesar, ese apego al Papa que los distingue, esa aparente negación de sí mismos, todo eso es efecto de las conferencias de San Sulpicio.

Los jóvenes, y son muchos, que las frecuentan, toman gusto por la elocuencia muy particular del orador; se hacen piadosos primero por el tono y luego por espíritu de partido, se ven los unos con los otros, se electrizan y van a llevar a la sociedad máximas que no se han dicho explícitamente en la conferencia, pero que profesan todos, porque se las han inculcado en las conversaciones que tienen entre ellos después de esas conferencias...

La tinta del informe no estaba seca aún, cuando Bouquet-Beaumes, de 23 años de edad, nativo de Lunel, departamento de Hérault, que vivía en París, en casa de su padre, calle de la Sourdière, nº 31, desde hacía doce años, primer encargado en la Dirección de la zona, hacía una nueva declaración ante Pierre-Hugues Veyrat, inspector general del distrito 4º de la policía general del Imperio, Marc-Antoine-Marguerite:

Si me he resistido hasta ahora a nombrar a la persona que me envió los documentos relativos al papa, es porque temía comprometerla. Pero ante la seguridad de benevolencia que usted manifiesta hacia ella y hacia mi familia, no dudo en confiar su suerte en las manos de usted: tengo estos documentos del Sr. Alexis de Noailles.

Al día siguiente, a las diez de la mañana, A. de Noailles era detenido en su domicilio, plaza del Cuerpo Legislativo, nº 79. Poco después Veyrat comenzaba el interrogatorio.

El inculpado no era ya un niño. Heredero de las mejores tradiciones de la nobleza de Francia, madurado en la ruda escuela de la Revolución, se puso fanfarrón, y no dijo más que lo que quiso:

—¿Cuáles son sus relaciones con el Sr. Beaumes hijo y en qué época comenzaron?

—Hace unos dos años que lo conozco. A veces vamos juntos a visitar enfermos en los hospitales; hacemos buenas obras; no tengo otras relaciones con él.

—¿Quién es la persona que le hizo conocerle y cuáles las que frecuentan juntos?

—No puedo responder a esta pregunta, o mejor, no quiero responderla. Ya que he sido apresado por haberle conocido, no quiero procurar a otros las mismas molestias.

—¿Cómo le llegaron los documentos que le envió relativos al papa?

—No puede haber dicho nunca que yo se los he enviado, pues sería contrario a la verdad.

—¿Persiste usted en negarlo?

—Sí, persisto en ello; no puedo decir lo que no es verdad.

[...]

—¿Quién es el señor Juan Bautista Jacinto Lafon, que le ha dirigido el 8 de enero pasado la carta nº 4 que le presentamos?

—Lo conocí hace cinco años, cuando pasé por Burdeos.

—¿Cuál es actualmente el motivo de su correspondencia?

—El de siempre.

—¿Cuáles son sus relaciones con usted para que lo califique de respetable cohermano?

—Hemos visitado algunos establecimientos piadosos en Burdeos y hecho algunas buenas obras, y de ahí, la primera vez que le escribí, le llamé querido cohermano; él me ha devuelto ese título, añadiendo una prueba de deferencia para conmigo.

—¿Quién es ese señor Giresse que le menciona usted en la carta que le dirigió el 12 de diciembre último?

—Es una persona a la que me dio a conocer a su llegada a París.

—¿Cuál es su forma de residencia?

—No hay respuesta.

—¿Tiene usted tan graves motivos para dar tales respuestas?

—Las sagradas leyes del honor me impiden citar o nombrar a nadie, aunque no hubiera ningún motivo.

—¿Quién es la persona que le ha escrito la carta nº 5 que le presentamos?

—Ya he respondido que no nombraré a nadie.

—Consta que esta carta viene del secretario del Sr. Cardenal Fesch, llamado Sr. Feutrier.

—Si lo sabe, no necesito decírselo.

—¿Quién es la persona que le dirigió, el 5 de junio último, el documento nº 37 que le presentamos, encontrado entre los papeles del Sr. Beaumes hijo?

—Si el Sr. Beaumes no la nombró, yo obedezco igual que él a las leyes de la amistad.

—Le confirmamos que el Sr. Beaumes declaró afirmativamente que todos los papeles relativos al arresto del papa y a su viaje le fueron remitidos por usted: le invitamos a explicarse con franqueza al respecto.

—El Sr. Beaumes puede haber respondido lo que haya querido sobre este tema; yo insisto en mi primera respuesta.

Por desgracia, la carta escrita por Lafon el 23 de agosto había sido encontrada hecha trocitos, en la chimenea de Noailles. Reunir los fragmentos y leer el texto fue un juego para la policía. Había otras tres personas comprometidas: Lafon, Justus y Giresse.

Veinticuatro horas más tarde, Veyrat tenía ante sí a Juan Felipe Justus, de 21 años de edad, nacido en Burdeos, empleado en la dirección de Contribuciones, que se alojaba en la calle de los Santos Padres, nº 23:

- ¿Qué profesión ejercía usted en Burdeos?
- No ejercía ninguna. Vivía en casa de mi padre, que era músico.
- ¿Cuáles eran sus relaciones con el Sr. Lafon?
- Las de haber estado 18 meses con él en el Colegio de Figeac, donde él era profesor de filosofía.
- ¿Qué profesión ejerce él actualmente?
- Es institutor de los hijos del negociante Sr. Mareilhac, que vive en Burdeos, en Chartrons.
- ¿El Sr. Lafon está domiciliado en casa del Sr. Mareilhac?
- Sí, señor.
- Indíquenos más claramente dónde habita el Sr. Mareilhac y el tipo de comercio que realiza.
- Creo que el Sr. Mareilhac tiene comercio de vinos y licores, pero no estoy seguro. Creo que vive en el nº 34 de la Façade des Chartrons.
- ¿Vive con cierto desahogo el señor Lafon?
- Sí, señor. Tiene una propiedad rural que le pertenece.
- ¿Qué personas frecuenta en Burdeos?
- Conoce al médico señor Trocard, pues ha sido preceptor de sus hijos.
- Denos la descripción exacta del señor Lafon.
- Puede tener cinco pies y una pulgada. Es moreno y tiene los ojos azules. Sus miembros son bastante gruesos, aunque es delgado de cara. Tiene unos 36 años.
- ¿Qué relaciones tiene usted con la señora Giresse?
- He estado en su casa dos veces: la primera me llevó el Sr. Lafon; la segunda, fui yo solo a visitarla. Hace de esto como un mes.
- ¿Qué sucedió en la entrevista que tuvo lugar en presencia de usted entre ella y el señor Lafon?
- Fue para darme a conocer a la señora Giresse.
- ¿Qué motivo pudo tener el señor Lafon para hacerle conocer a la señora Giresse?
- Era un motivo de benevolencia, el de hacerme conocer a una persona que tiene relaciones con mucha gente de posición.
- ¿Quiénes son esas personas de posición con las que tiene ella relaciones?
- Con su Alteza Serenísima el Príncipe archicanciller, con varios Senadores cuyos nombres ignoro, pero algunos de los cuales viven en la Chaussée d'Antin.
- ¿Tiene mucha fortuna la señora Giresse?
- Sí, señor; tiene propiedades por la parte de Bazas.
- ¿Y dónde habita realmente?
- En la calle Castiglione.
- [...]
- ¿Cuáles han sido sus relaciones con el señor Alexis de Noailles?
- Ninguna, porque aún no le he visto. Encontrará usted entre mis papeles una carta que tenía que entregarle.
- ¿Le ha dado a conocer el señor Lafon qué relaciones tiene con el señor de Noailles?
- Sí, señor. Esto es lo que me ha dicho el señor Lafon y lo que sé, porque estoy seguro. En Burdeos, igual que en París, existe una congregación de jóvenes entregados al culto de la Virgen María. Las dos congregaciones tienen relaciones entre ellas. El señor Lafon fue prefecto de la congregación de Burdeos y el señor de Noailles de la de París. El señor de Noailles vino a Burdeos, no sé cuándo, y en la congregación de esta ciudad conoció al señor Lafon. En estas reuniones no hay más que actos piadosos.
- ¿Dónde se reúne la congregación de París?

- No sé el lugar donde se reúne. Si hubiera querido asistir, me hubiera conducido el señor Giresse, el hijo, que es miembro de la misma, así como de la de Burdeos, porque estas dos congregaciones caminan juntas.
- ¿Cuántas personas componen estas dos congregaciones?
- La de Burdeos está compuesta por unas 250 a 300 personas, pero ignoro el número de las que forman la de París.
- Indíquenos el lugar donde se reúne la de Burdeos.
- La congregación ha comprado la iglesia de la Magdalena, y es en esta iglesia donde se reúnen los miembros de la congregación.
- ¿Se tratan en estas reuniones temas relativos al gobierno?
- Durante la asamblea se ocupan sólo de ejercicios piadosos; pero antes y después de la asamblea hay reuniones particulares y secretas, en la sacristía o en otras diversas partes de la iglesia. Es en estos lugares particulares donde se tratan asuntos relativos al estado actual de las cosas referentes a la política. Cuando estuve en la reunión de Burdeos, nunca tomé parte en reuniones particulares.
- ¿Qué documentos trajo de París el señor Lafon?
- Sobre las relaciones del gobierno, trajo la carta del Gobernador de Roma al papa y la carta del papa al ministro de Relaciones exteriores, y otros sobre el mismo tema de los que ya no me acuerdo.
- ¿Quién es la persona que le remitió esos documentos?
- El señor Alexis de Noailles.
- ¿Conoce usted las opiniones del señor Lafon acerca del gobierno?
- Sé que el señor Lafon se vio vivamente afectado por el último asunto sucedido entre el gobierno francés y el papa, y en este punto tiene la cabeza revuelta y muy exaltada contra el gobierno, y lo que aquí expongo es el resultado de las conversaciones que tuve con él hace unos tres meses, cuando él estaba en París.
- [...]
- ¿Cómo se encuentran en sus manos las dos cartas que le presentamos?
- La dirigida al señor Lafon llegó aquí a la lista de correos, y yo la recogí según me había pedido. La dirigida al señor de Noailles iba incluida en una de las cartas que me escribió el señor Lafon.

Justus no debía tener una cabeza muy equilibrada. Si hubiera sido más objetivo, se hubiera guardado de afirmar tan categóricamente hechos inexactos. ¿De dónde saca que la congregación de Burdeos había comprado la Magdalena, siendo así que el P. Chaminade la ocupaba solo en alquiler?, ¿que A. de Noailles había sido prefecto de la congregación de París, si nunca fue miembro de la misma? ¿Cómo puede asegurar que en las reuniones particulares de la congregación hablaban de política, cuando confiesa que jamás había asistido a esas reuniones? ¿Y qué pensar de un individuo que sin motivo alguno guarda una carta que un amigo le había encargado de enviar?

La policía de Dubois no hizo todas estas consideraciones; registró con satisfacción unas declaraciones que podían ayudar a mostrar su vigilancia. El 12 de septiembre salió de París una orden de detención contra Lafon y, mientras llegaba, fueron interrogados Giresse y su madre.

Algo de la actitud de A. de Noailles lo encontramos en la del joven Giresse:

- ¿Qué personas frecuenta usted en París?
- Los conocidos de mi madre.
- ¿Quiénes son?
- El Sr. Jaubert, apoderado de banca, el señor Senador Chollet, el señor Senador Journu-Aubert, el señor Boazan, auditor del Consejo de Estado, y algunos otros de los que no me acuerdo en este momento.
- ¿Qué lugares frecuenta usted de ordinario?
- La casa del señor Jaubert.
- ¿Cuáles son sus relaciones con el señor Beaumes hijo?

- Le conozco desde que estoy en París; nos vemos una o dos veces por semana, unas veces en su casa, otras en la nuestra.
- ¿Quién es la persona que le hizo conocerle?
- Son cartas de recomendación de Burdeos.
- ¿Cuántas cartas tenía usted para él?
- No tenía ninguna.
- ¿Pues para quién eran las cartas de recomendación que le procuraron conocerle?
- Como no quiero meter a nadie en problemas, permítame que no se lo diga.
- ¿Se ha encontrado usted con frecuencia con él en las reuniones de personas que piensan como ustedes?
- Me he encontrado en su casa, en la mía y en casa de otras personas. Por el mismo motivo por el que no he querido decirle para quién eran las cartas de recomendación, no puedo nombrarle esas personas.
- ¿Cuáles son sus relaciones con el señor de Noailles?
- Las mismas que con el señor Beaumes.
- ¿Le han comunicado diversos escritos sobre el papa y su salida de Roma?
- He conocido esos papeles, pero no quiero decir quién me los ha comunicado.
- ¿En qué época fue usted recibido en la congregación de Burdeos?
- No he sido recibido nunca, porque no he pasado por todos los grados necesarios para ser admitido en la congregación.
- ¿Qué grados son necesarios para ser admitido en la congregación?
- El primer grado es el de postulante. Luego es uno probando; en este grado se permanece de ordinario dos o tres meses. Por fin uno es recibido congregante, después de haberse informado sobre la conducta que debe seguir el que se presenta.
- ¿Quién es el jefe de la congregación de Burdeos?
- Es el P. Chaminade, que vive cerca de la iglesia de la Magdalena, donde se reúne la congregación. Es solo superior.
- ¿Qué grado tenía usted?
- Era probando.
- Desde que está usted en París, ¿ha estado con los señores Beaumes hijo y A. de Noailles en la congregación donde se reúnen de ordinario?
- Me he encontrado con ellos en Santo Tomás de Aquino, en San Roque y en San Sulpicio.
- Explique con franqueza el motivo de sus reuniones.
- Cada uno de nosotros en particular reza cierto número de oraciones. Nuestras conversaciones ordinarias, después del servicio, tratan sobre la piedad, sobre las noticias políticas relativas a Flessingue y a la guerra de Alemania.
- [...]
- ¿Cuáles han sido sus relaciones con el señor Lafon en Burdeos?
- Él es miembro de la congregación de Burdeos. Le he visto una vez en su casa. Actualmente es prefecto de la congregación.
- ¿Cuántas veces le ha escrito él desde que dejó usted Burdeos?
- Vino a París hace unos dos meses. Le he visto tres o cuatro veces en mi casa, donde ha comido, y fui a verle el día de su partida, a la calle de los Santos Padres donde se alojaba.
- ¿Le comunicó a usted diferentes documentos que había traído de Burdeos sobre el papa?
- No, no me comunicó nada.
- ¿Ha tenido usted, sin embargo, noticia de dichos documentos tanto por medio de él como por el señor Beaumes y el señor de Noailles?
- Muchas personas me han hablado de esos documentos, pero no puedo nombrarlas.
- ¿Ha visto usted una colección impresa de esos documentos?
- He visto esa obra impresa, pero no la he leído.
- ¿En qué formato estaba?
- No recuerdo si estaba in-8 o in-12.
- ¿Qué le dijo de esta obra la persona que tenía ese ejemplar?

- Esta misma persona me había dicho algunos días antes que era pasmoso que se imprimieran estos documentos, mientras se estaban haciendo investigaciones para encontrarlos.
- ¿Cuántos ejemplares le dijo que se habían tirado de esa obra?
- No me habló nada de ello.
- ¿No habrá guardado en el misterio el nombre del impresor?
- No me lo nombró. Dijo solo que el impresor tenía que ser muy atrevido para imprimir esta obra cuando se estaban buscando los documentos.
- No dice usted todo lo que sabe sobre esto. ¿Sabe usted con certeza dónde fue impresa esta obra y dónde están los ejemplares?
- Comprenderá usted que, después de mis respuestas anteriores, no podría decirle dónde y por quién han sido impresos, aunque lo supiera.
- ¿Podría usted afirmar que el señor Alexis de Noailles no le hizo ver esta obra?
- Aunque me lo hubiera dicho, yo no lo diría.
- ¿Iba solo el señor Lafon en las visitas que le hizo a su casa?
- Vino a verme solo; vino con un joven de Burdeos que trabaja en las Contribuciones, y con otras personas de Burdeos.
- ¿Cómo llama usted a la persona que vino con él a su casa?
- Se llama Justus.
- ¿Por qué no responde usted con igual franqueza a las diferentes preguntas que le hemos hecho?
- Creo que mis respuestas las dicta el honor.
- ¿En qué momento se enteró usted del arresto del señor Alexis de Noailles?
- El mismo día.
- ¿Cómo fue usted informado exactamente del momento de los diversos arrestos?
- Los conocí por las personas que se presentaron en su domicilio para verlos y a quienes dijeron que estaban arrestados.
- ¿Quiénes son esas personas?
- No las puedo nombrar.

La señora Giresse estaba en París desde hacía nueve meses y vivía sola con su hijo, estudiante de derecho. Su interrogatorio trató especialmente sobre sus relaciones con las personas comprometidas:

- En las visitas que usted recibió del señor Lafon ¿le comunicó él algunos documentos relativos al papa y a su salida de Roma?
- No, señor.
- ¿Qué relaciones tienen usted y su hijo con el señor Beaumes hijo?
- Relaciones de sociedad.
- ¿Iba él con frecuencia a su casa?
- Rara vez, y las visitas eran cortas.
- ¿Sus entrevistas con su hijo eran seguramente más frecuentes?
- Imposible, ya que mi hijo está siempre conmigo.
- ¿Qué relaciones tienen usted y su hijo con el señor Alexis de Noailles?
- Relaciones de sociedad. Nos vemos de ordinario una o dos veces a la semana.
- ¿Les informó él de los documentos sobre el papa de los que hemos hablado?
- No, señor.
- [...]
- ¿Declara usted que no tiene ningún conocimiento de los documentos sobre el papa?
- He tenido conocimiento de esos documentos hace 7 u 8 meses, cuando se me mostraron.
- ¿Quién es la persona que se los mostró?
- Varias personas me hablaron de ellos, pero no le diré quién me los mostró.
- Indíquenos las diferentes personas que le hayan hablado sobre esos temas.
- No me acuerdo. Por otra parte, como creo que he sido llamada por la policía sobre ese punto, no lo diría aunque lo recordara, para evitar otros disgustos.

Al día siguiente la señora Giresse tuvo que sufrir de nuevo varias preguntas:

- ¿Ha tenido usted en sus manos un volumen impreso titulado *Correspondencia auténtica de la corte de Roma con Francia desde la invasión del Estado Romano hasta el arresto del Santo Padre?*
- No, señor. He visto el volumen del que usted me habla, que una persona llevaba bajo el brazo. Pregunté a esa persona: «¿Qué tienes ahí?». Ella respondió: «Es la correspondencia del papa». Y no manifesté a esa persona deseo de leerla. Y siguió su camino con dicha obra.
- ¿Dónde se encontró usted con dicha persona?
- Cerca de las Tullerías.
- ¿Estaba usted sola cuando se encontró con dicha persona?
- Sí, señor.
- ¿Cómo se llama?
- No puedo nombrarla, por la gran importancia que se da a esta obra.
- ¿Cuánto tiempo hace que se encontró usted con esa persona?
- Hace diez o doce días.
- ¿Estaba su hijo con usted?
- No, señor.



Con las escasas informaciones que había obtenido durante los diferentes interrogatorios, Dubois redactó el 15 de septiembre un nuevo informe. Decía cómo la confesión de Beaumes hijo había llevado al arresto de Alexis de Noailles y cómo una carta encontrada en casa de este último había dado los nombres de Lafon, Justus y Giresse, a los que había hecho detener. Terminaba:

Giresse ha confesado que había visto los documentos relativos al Papa impresos formando un volumen, pero pretendiendo desconocer el impresor y asegurando que, aunque lo supiera, no lo daría a conocer. Ya que todo hacía creer que debía haber visto este impreso entre las manos de Alexis de Noailles, le había hecho la siguiente pregunta: «¿Podría usted afirmar que el señor Alexis de Noailles no le dio a ver esta obra?» Respondió: «Aunque me la hubiera hecho ver, no lo diría». Esta respuesta que no es afirmativa, no destruye la casi certeza que tenemos de que Alexis de Noailles tuvo en sus manos la colección impresa. Quizá incluso que es el editor y que lo habrá impreso en Suiza, donde está su antiguo preceptor, llamado Grellet, hombre muy devoto.

El carácter de las personas detenidas hasta ahora, su sistema de no nombrar a los individuos que comparten sus opiniones y actúan bastante de acuerdo para que cada individuo de la congregación sea informado en el mismo instante de la detención de uno cualquiera de los miembros, hace creer que no se tendrán mayores informaciones sobre este asunto cuando Lafon sea detenido en Burdeos y se hayan cogido y examinado sus papeles... Pienso que los señores A. de Noailles, Justus y Giresse deben permanecer detenidos de forma provisional, hasta que la instrucción completa del asunto permita tomar una medida definitiva sobre ellos.

Fouché mencionaba todos los hechos, todas las detenciones, en su *Boletín* diario; había garantizado con su alta autoridad la orden de detención lanzada contra Lafon, pero se reservaba sobre el total.



En Burdeos el comisario general Pierre Pierre no parece tener demasiada prisa en secundar los objetivos del prefecto de policía. Oriundo de Marsella, debía su puesto a la

amistad con Luciano Bonaparte y quizá al agradecimiento de Leticia. A su llegada a la ciudad el 28 de marzo de 1800, había declarado:

Con demasiada frecuencia, la policía, bajo los diferentes gobiernos, ha sido unas veces instrumento dócil de la tiranía y otras arma asesina de la debilidad... escribiré en todas mis actas que todos los hombres son iguales ante la ley, que nadie tiene derecho a interponerse entre Dios y la conciencia, que el mantenimiento de la tranquilidad pública es la única medida común entre el magistrado y las religiones.

De hecho, según testimonio del realista Dupont-Constant,

se condujo con moderación, evitó mucho mal y, mientras sirvió la causa de los nuevos gobiernos, jamás olvidó los deberes de la humanidad.

En sus *Memorias*, el primer prefecto de la Gironda, A.-C. Thibeaudeau, lo bosquejó con viveza:

Tiene franqueza y alegría, más por espíritu natural que por instrucción. Era uno de esos patriotas provenzales horriblos de lejos y muy tranquilizantes de cerca, en suma un buen hombre, apto para reconciliar al público con la policía.

Él mismo escribirá en febrero de 1815, apoyándose en el testimonio del ministerio Lainé y recordando su pertenencia a la logia bordelesa de *la Amistad*:

En una época en que era difícil no hacer el mal, yo hice mucho bien, señor...

Si añadimos que era más oportunista que servidor convencido del régimen imperial y que en 1809, como su patrono Fouché, como otros muchos, se preguntaba lo que duraría aquel régimen, se comprenderá su actitud relativamente moderada en el asunto Noailles-Lafon. Se le nota aquí más cercano a Fouché que a Dubois. Se diría que trata de ganar tiempo.

Las órdenes de París habían llegado a Burdeos el 16. Lafon no fue detenido hasta el 19. Como se le pidiera que mostrase los papeles que llevaba encima, se acercó «a una ventana que daba a los tejados de las casas vecinas» y lanzó algunas hojas que los policías hicieron «buscar en vano andando por el tejado». El interrogatorio conducido por Pierre en persona fue sumario:

—¿Sus nombres? —Me llamo Jean Lafon. Tengo unos 35 años (tenía 43), profesor de bellas letras y de matemáticas, natural de Pessac-sur-Dordogne, domiciliado en Burdeos, Façade des Chartrons, nº 22, en casa del negociante señor Mareilhac.

—¿Hace mucho tiempo que está usted en Burdeos?

—Sí, hace mucho, pues hice aquí mis estudios.

—¿No pertenece usted al estado eclesiástico?

—Sí, soy diácono.

—¿Sabe usted el motivo de su detención?, ¿en el momento en que esta se realizó, arrojó por la ventana de su habitación unos papeles que sacó de repente del bolsillo superior de su traje?

—Esos papeles no me pertenecían y se referían a los intereses de una familia. No podía abusar de ellos, sin faltar a la delicadeza. En lo que se refiere a mí, lo he dado voluntaria y libremente.

—¿Esta familia es francesa y vive en Francia? ¿Reconocería usted los papeles de que se trata si se le presentaran? ¿Es papel corriente o timbrado? ¿Manuscrito o impreso?

—Sí; si son los mismos, los reconocería. Es papel ordinario y manuscrito.

—¿Hace mucho que es usted institutor de los hijos del señor Mareilhac?

—Hace más o menos un año.

- ¿Se ha ausentado alguna vez de Burdeos durante el año pasado en casa del señor Mareilhac?
- Sí, estuve en Bretaña y en París.
- ¿En qué época estuvo usted en Bretaña? ¿En qué ciudad? ¿Y por qué motivos?
- Hace unos cuatro meses estuve en Rennes, por Nantes; fue por asuntos comerciales y asuntos diversos.
- ¿Entonces es usted profesor y negociante?
- No, fui para hacer un servicio ocasional al señor Mareilhac.
- ¿También le han llevado a París los negocios del señor Mareilhac?
- Pasé por París para venir a Burdeos, porque la ruta era más agradable y menos cara.
- ¿Conoce usted a algunos eclesiásticos en Burdeos?
- Los conozco a todos.
- ¿Frecuenta usted a algunos en particular?
- Los veo a todos de forma indiferenciada.

Y no fue interrogado más.

Al día siguiente, «el cirujano jurado de la comisaría general de policía, del ayuntamiento y de prisiones» fue donde Lafon. Tras haber constatado que el detenido

padece reuma crónico nervioso, que le alcanza al tórax, las articulaciones de los brazos con los omoplatos, las vértebras cervicales y la piel de la cabeza, que el estado actual de sufrimiento... se debe: 1. al estado crónico de la enfermedad; 2. a la destemplanza de la estación, [atestiguó] que el señor Lafon no podía soportar las sacudidas del coche, ni del caballo, y que era urgente esperar 8 a 10 días antes de que pudiera ser trasladado.

Tan sólo el día 21 envió Pierre su primer informe a París. Lamentaba que los comisarios no hubieran podido impedir que Lafon arrojase por la ventana unos papeles que no habían podido encontrar. Para remediar las consecuencias de este gesto, había hecho sufrir a Lafon un interrogatorio cuyo texto enviaba junto con los escritos cogidos en la habitación del detenido.

La naturaleza de sus respuestas y lo que he sabido sobre sus principios antigalicanos me han llevado a ordenar investigaciones secretas –añadía–, de las que no tendré el honor de darle cuenta hasta mañana, porque no me han llegado aún todos los informes. Aprovecharé el correo de la lotería para que el resumen de estos informes le llegue incluso antes que esta carta.

Señalando que Lafon no podría ponerse en viaje hasta unos días más tarde, proseguía:

Señor consejero de Estado [se dirigía a Dubois, prefecto de policía], este retraso le da tiempo para responderme por el correo imperial que sale todos los días de París hacia España. En cuanto a los gastos del traslado, estoy convencido de que los sufragará la gente devota que parece haber tomado un gran interés por la situación de este individuo, y el mismo ciudadano Mareilhac.

En efecto, al día siguiente Pierre está algo mejor informado. Leyó o hizo leer las cartas de A. de Noailles encontradas donde Lafon, y algunos indicadores oficiosos vinieron en su ayuda. Sin tomar las cosas por lo trágico, da cuenta de ello:

Este señor Lafon es un eclesiástico cuyos principios son totalmente ultramontanos. Parece que mantenía una correspondencia relativa al papa con algunas personas de París. Tenía cuidado de dar a esta correspondencia una forma que parecía ajena a su objetivo, para que la entendieran solo aquellos que tenían la clave. Se cita a un Sr. Noailles y un Sr. Montmorency detenidos en París [era falso lo de Mathieu de

Montmorency, que nunca estuvo comprometido en este asunto y que se hallaba entonces en Aix o en Coppet] y se pretende que a ellos, entre otros, escribía su pesar por lo que llamaba el secuestro del papa, el robo de sus bienes temporales y el espantoso estado de la religión católica, apostólica y romana en Francia. De donde puedo concluir que los papeles tirados por la ventana eran o algunas cartas de estos señores o el escrito que desde hace unos días circula clandestinamente en Francia, titulado *Correspondencia auténtica de la Corte de Roma con Francia*.

El comisario había hecho otro descubrimiento o, mejor, había redescubierto la asociación que ya vigilaba en el año IX. Decía:

Hay aquí una congregación de fanáticos, dirigida por un Sr. Chaminade, que es el confesor del señor Lafon. Son estos congregantes, con el director Chaminade a la cabeza, los que fueron los primeros a visitar al señor Lafon a la cárcel donde está detenido. Parece que hay una afiliación entre esta congregación y alguna otra de esta especie en París, quizá incluso los señores Noailles y Montmorency. Voy a tratar de obtener algunas aclaraciones sobre ello llamando al director Chaminade, y tendré el honor de trasmitírselas, si piensa que son necesarias en el asunto del señor Lafon, mientras por su parte acaso juzgue usted oportuno interrogar sobre esta congregación y sus afiliaciones en París. Espero, señor consejero de Estado, su decisión para el traslado de este individuo, que parece que está realmente indispuerto, aunque de forma leve.

En suma, nada que Dubois no supiera ya; por lo tanto, nada comprometedor. Pierre no hubiera deseado más que recibir del prefecto de policía de París la orden de poner a Lafon en libertad. Había anunciado su intención de convocar al P. Chaminade. Aún no lo había hecho, cuando éste le escribió el 24:

Señor Comisario general:

El señor Lafon me hizo llamar para confesarle, inmediatamente después de su detención, porque su confesor estaba ausente e incluso lejos de Burdeos.

Pensé que no debía negarle los socorros y consuelos de mi ministerio, por lo que al día siguiente por la tarde, fui a la prisión.

Pensando después que la policía podía tener interés en conocer el motivo de las visitas que se hacían al señor Lafon, no he querido continuar mis servicios sin hacerle conocer el objetivo y antes de tener su autorización positiva. Estoy dispuesto a ir a verle, si usted cree que estas consideraciones merecen una conversación más larga.

Con todo mi respeto...

Parece que esta carta quedó sin respuesta. Pierre sabía a qué atenerse.

### 3. Confesiones y reticencias

En Lión, Aynés acababa de imprimir clandestinamente la *Correspondencia auténtica de la corte de Roma con Francia* y la difundía a pesar de los esfuerzos de la policía imperial. Convencido de que estaba sobre la pista de un complot de primera importancia, Dubois no era persona que dejara perder el beneficio de sus descubrimientos. El 25 de septiembre, por el correo de la lotería imperial, reclamó a Pierre Pierre el traslado de Lafon a París.

En esto, se enteró de que un librero lionés de paso por París, insistía en ver a A. de Noailles. Lo hizo detener e interrogarlo de inmediato:

—¿Cuáles son sus apellidos, nombre, edad, lugar de nacimiento, profesión y domicilio actual?

- Me llamo Pierre-Simon Ballanche, de 32 años de edad, natural de Lión, impresor-librero, alojado en la calle Colombier, Hotel de Saxe.
- ¿Desde cuándo está usted en París?
- Desde el 4 de julio último.
- ¿A qué amigos ha visto usted desde su llegada a París?
- He visto al Sr. de Chateaubriand, con quien tenemos algunas relaciones de negocios, al ser propietario de su primera obra, *El Genio del Cristianismo*. También he visto al Sr. de Herbonville, prefecto del Ródano, y finalmente al Sr. Alexis de Noailles, al que he visto tres veces.
- ¿Dónde tuvieron lugar sus entrevistas con el Sr. Alexis de Noailles y en qué fecha?
- Desde mi viaje a Normandía he ido tres veces a su casa.
- ¿Qué motivo le ha llevado a su casa?
- La víspera de mi salida para Normandía, me encontré con él en la calle Grenelle-Saint-Honoré. Me reprochó con amabilidad que estuviera en París sin haber ido a verle. Es lo que me comprometió a ir tres veces a su casa a mi vuelta de Normandía.
- ¿Con qué personas se encontró usted en casa del Sr. de Noailles?
- Dos veces encontré a una persona diferente a la que no conocía.
- ¿De qué trató su conversación?
- Hablamos de diferentes temas y un poco de los asuntos actuales concernientes a la política.
- Denos una explicación sobre este punto, es decir, infórmenos de su conversación política.
- Hablamos del emperador, del papa y de nuestros ejércitos.
- ¿Desde cuándo conoce usted al Sr. de Noailles?
- Hace unos seis años que lo conocí en casa del Sr. Degérando.
- ¿Qué relaciones ha mantenido con él desde entonces?
- No he tenido con él otras relaciones que el verle alguna vez en París, cada vez que vengo.
- ¿Venía usted con frecuencia a París?
- Una o dos veces al año.
- Díganos las diversas fechas en que recibió usted la visita del Sr. Noailles en Lión.
- Es posible que le haya visto en Lión, pero no estoy seguro. Con bastante frecuencia estoy ausente de Lión y es posible que haya venido en mi ausencia.
- ¿Qué asuntos de interés trató usted directa o indirectamente con él?
- Ninguno.
- ¿Reconoce usted el volumen que le presentamos, titulado *Correspondencia auténtica de la corte de Roma con Francia desde la invasión del Estado romano hasta el rapto del sumo Pontífice*?
- No, no lo conozco.
- ¿Podría usted decirnos dónde se ha impreso y encuadernado esta obra?
- Sospecho que en alguna ciudad del Sur, más especialmente en Avignon.
- [...]
- ¿Es usted miembro de la congregación de Lión?
- Sí, señor.
- ¿Quién es el prefecto de esta congregación?
- El Sr. Filpin es el prefecto de esta congregación. Vive en Lión, en casa del Sr. Prudan; es empleado de su ferretería, en la Plaza de la Comédie.
- ¿Ha estado usted en la congregación de Lión con el Sr. de Noailles?
- Es muy posible, pero no puedo afirmarlo.
- ¿En qué lugar se reúne la congregación de Lión?
- No tiene lugar fijo.
- ¿Pero se ha reunido usted con los demás miembros?
- Algunas veces en una capilla de los Cartujos y en casa de uno de los miembros, el Sr. Coste, agente de cambio, en el Puente de Santa Clara. Nos reunimos porque tiene un salón muy grande. Nos reunimos también en la calle de la Moneda Vieja, en casa de un tal señor Mièvre, que creo que ha muerto.
- ¿Qué número de miembros tiene esta congregación?

- En cuanto puedo juzgar por el tamaño del salón del Sr. Coste, pienso que no somos más de unos cuarenta miembros, todo lo más.
- ¿Qué títulos y cualidades se necesitan para ser admitido?
- Practicar la religión y hacer obras de caridad.
- Tenemos perfecto conocimiento de que los miembros de esta reunión tratan en ella de política y de las noticias del día sobre el gobierno.
- La finalidad de la reunión es, como le he dicho, ejercitar actos de religión. Es de suponer que también hablen de política y de las noticias del día antes o después de la sesión; pero declaro no haber oído nada reprehensible.
- Si no ejercitan ustedes más que actos de religión, ¿por qué no los realizan en las iglesias que están abiertas y son públicas para todo el mundo?
- Esta reunión se formó en una época en que el culto no era libre, y cuando lo ha sido hemos seguido como en el pasado, pero con menos secreto.
- ¿Su reunión parece no componerse más que de jóvenes?
- Todos tenemos edades de entre 20 y 30 años aproximadamente.
- ¿Hay en sus reuniones personas miembros de la autoridad?
- Puedo decir que no.
- ¿Qué motivo le llevó a dejar París para ir a Normandía?
- Fui para acompañar al sr. y sra. de Chateaubriand, que no tenían otro objetivo que visitar el país.
- ¿Le comunicó el señor de Noailles manuscritos relativos al papa y a su viaje a Francia?
- Me habló de ellos, pero no me los ha comunicado.

Para un hombre precavido como Dubois, las respuestas de Ballanche hacían evidente un hecho: los congregantes se ocupaban del gobierno y Alexis de Noailles no era un desconocido para ellos, sea en París, en Burdeos o en Lión. En estas condiciones, el interrogatorio de Lafon adquiriría una importancia particular. En vano había tratado Alexis de Noailles, en una entrevista particular y luego por medio de una nota escrita, de adormecer las sospechas del prefecto de policía y de hacerle volver sobre sus decisiones; Dubois fue inflexible: Lafon debía ser llevado a París, y Giresse, Justus, A. de Noailles mantenidos incomunicados hasta su interrogatorio.

El 30 de septiembre, a las 5 de la mañana, el prisionero dejaba Burdeos en diligencia «conducido y bajo la responsabilidad de un comisario de policía y escoltado por un gendarme seguro e inteligente». Pierre Pierre enviaba algunas horas más tarde una nota al prefecto de policía para anunciar la próxima llegada del detenido:

Este traslado se hace a expensas de este detenido o mejor a expensas de las personas que han aportado fondos para ese fin y que solo han dado lo necesario. Sé incluso que algunas de las personas que han apoyado a este institutor se han echado atrás cuando se ha tratado de seguir adelante.

Según los informes particulares que me han llegado tras mi carta del 22 de este mes, parece que el Sr. Lafon está decidido a hablar. Los papeles que tiró eran, según he sabido, una bula del papa sobre los últimos acontecimientos. Creía que se buscaba solo este documento y no pensaba que su correspondencia con el Sr. Noailles hubiera sido interceptada en París.

El 5 de octubre Lafon se hallaba ante Pierre-Hugues Veyrat,

uno de los inspectores más exitosos de la prefectura, antiguo prisionero, antiguo falsificador, pero íntimo de Constant, ayuda de cámara de Napoleón.

- Denos cuenta de todo lo que sepa relativo a las congregaciones que existen en Burdeos, Lión y París.
- La congregación de Burdeos es una agrupación de jóvenes en número de unos tres o cuatrocientos. Se admiten desde los 18 hasta los 30 años. Tiene sus reuniones solo el

domingo por la tarde, en la iglesia de la Magdalena. La finalidad de esta agrupación ha sido y sigue siendo siempre formar a los jóvenes en la virtud, consagrándose especialmente al culto de la Santísima Virgen. Hay tres grados de admisión: el primero es el de *aspirante*, el segundo el de *probando* y el tercero el de *congregante*. A este último grado se admite 2 o 3 meses después de ser probando. Las mujeres no son admitidas a los ejercicios de la congregación.

—No dice usted todo lo que sabe sobre esto; otros miembros de esas congregaciones han reconocido que antes y después de la reunión de que acaba usted de hablar, una parte de los miembros de la congregación se reúnen en comité particular y secreto donde pasan revista a las actuaciones del gobierno. Le invitamos a que se explique con franqueza sobre ello.

—Juro por mi alma y mi conciencia que en ninguna asamblea, sea pública o particular, ha llegado a mi conocimiento que se haya hablado contra el gobierno.

—Le pondremos ante miembros de la congregación de Burdeos, y ellos atestiguarán, ante usted, como lo han hecho ya en los diversos interrogatorios que han sufrido, que los miembros de vuestra congregación, reuniéndose en comité secreto, discuten sobre los asuntos relativos al gobierno, sobre nuestro ejército, sobre nuestra posición con las potencias extranjeras y que, en todos los casos, todas las operaciones militares son reprobadas y presentadas de manera que debilitan la confianza que se debe tener en nuestro gobierno.

—Insisto en mi anterior respuesta y añadido que la finalidad de esas asambleas ha sido siempre, según lo que yo conozco, diametralmente opuesta a las inculpaciones dichas. Añado también que yo en mi interior así como varios miembros que conozco, hemos hecho un deber de conciencia a los jóvenes tanto de rezar por el gobierno como de ir al ejército.

—¿Qué grado ha tenido usted en la congregación y cuál tiene ahora?

—Tuve el grado de prefecto hace unos tres años por segunda vez, ya que lo había sido un año antes. Cada vez permanecí seis meses en la función.

—¿Cómo se llama el prefecto actual?

- El sr. Patrice Lacombe, negociante de Burdeos y que vive en la calle Poitevine.

—¿Desde cuándo es prefecto?

—Desde hace 5 o 6 meses.

—¿Qué relaciones tienen ustedes con los congregantes de Lión y de París?

—No sé si algún miembro de la congregación de Burdeos las tiene con los de Lión, y con la de París, no hemos estado en correspondencia más que con el Sr. de Noailles.

—¿Cuál es el motivo de su correspondencia con el sr. de Noailles?

—En principio, una correspondencia de amistad y confianza, con el fin de recomendarle los jóvenes de Burdeos que fueran a París, para que vigilara la conservación de sus buenas costumbres.

—¿Qué documentos han llegado a sus manos referentes al papa y a su viaje a Francia?

—La correspondencia diplomática de la corte de Roma con el gobierno francés y la bula del papa.

—¿Quién le ha hecho llegar ese documento?

—El Sr. Alexis de Noailles.

—¿Qué uso ha hecho usted de ella?

—La he leído y la he dado a conocer a algunos amigos.

—¿Qué motivo tiene usted para propagar esos documentos como lo ha hecho?

—Mi motivo, hablando de la bula, ha sido tranquilizar las conciencias e impedir una división en la Iglesia.

—¿Reconoce usted la obra que le presentamos, titulada *Correspondencia auténtica de la corte de Roma con Francia desde la invasión del Estado romano hasta el secuestro del Sumo Pontífice*?

—Conozco la obra en manuscrito, pero nunca la he visto impresa. El sr. Alexis de Noailles es quien me la envió a París, con el mismo título que la que usted me presenta.

—¿Qué uso ha hecho usted de ese manuscrito?

—Comuniqué algunos fragmentos al sr. Justus en París, traje directamente la obra a Burdeos y la he dado a algunos conocidos míos, miembros de la congregación y otros.

- Durante su estancia en París, ¿qué relaciones tuvo usted con los sres. Alexis de Noailles, Beaumes, Giresse y Justus?
- Vi al sr. Alexis de Noailles cuatro o cinco veces. Comí dos veces con él y una vez estaba allí el sr. Beaumes. Al sr. Giresse lo conocí durante el tiempo en que él estuvo en Burdeos; comí una vez en su casa. En cuanto al sr. Justus, como antiguo conocido, me alojé en su casa durante todo el tiempo que estuve en París.
- Entonces, ¿qué motivo le llevó a usted a París?
- Yo estaba en Rennes. Los motivos de mi paso por París fueron la belleza de la ruta para venir a Burdeos, el deseo de conocer la organización de la Universidad y el estado de los asuntos de la Iglesia.
- ¿Cuándo tomó y cuándo dejó usted el hábito eclesiástico?
- Lo tomé antes de la Revolución, y lo dejé en la época de la Revolución.
- ¿En qué lugares particulares se han reunido los congregantes en Burdeos?
- Ignoro en qué lugares particulares se han reunido los congregantes. Pero, sin embargo, observo que se han reunido algunas veces en el domicilio del sr. Chaminade, director de la congregación.
- ¿En qué número se reunían en su casa?
- Diez, quince, veinte y más.
- ¿Estuvo usted alguna vez en esas reuniones?
- Sí.
- ¿Qué finalidad tenían esas reuniones, y de qué se trataba en ellas?
- Se hablaba de la religión y de los medios para formar a los jóvenes la virtud.

La mañana debía estar muy avanzada. El inspector suspendió el interrogatorio. Era necesario también concretar antes de preparar otras cuestiones.

Desde el día de su detención, Lafon había tenido tiempo de reflexionar. De una forma u otra, se había enterado de las detenciones efectuadas en París. Sin duda Pierre Pierre le había dado a entender que en casa de Alexis de Noailles y en la de Justus habían encontrado cartas suyas. ¿Para qué seguir negando los hechos de los que la policía tenía pruebas? Confesar en este punto sería el mejor medio de disponer a los investigadores para que escuchasen favorablemente las explicaciones por las que trataría de justificarse o de disminuir sus faltas. Por otra parte tenía que evitar que se encausara a quienes aún no estaban comprometidos.

No había nada que ocultar sobre la congregación. Las respuestas de Lafon son tan exactas como se puede pedir a un carácter tan imaginativo como el suyo. Los registros indican que fue prefecto por primera vez el primer trimestre de 1802, una segunda vez el primer trimestre de 1803 y por tercera vez el segundo semestre de 1805: estas informaciones no concuerdan exactamente con las que dio sobre ello, pero no se ve qué interés hubiera podido tener en alterar la verdad; es posible que confundiera sus recuerdos.

En 1804 o 1805 el prefecto de la congregación de Burdeos había ido a Lión y entrado en contacto con la asociación del P. Roger. Se apellidaba Ferlat. A su vuelta traía una carta para el P. Chaminade. El autor, que firmaba Chaulet hijo, comerciante en medias, Plaza de la Herberie, nº 11 (sin duda el prefecto) expresaba el deseo de cartearse con Burdeos, como lo hacía con las otras ciudades. Decía que las dos congregaciones

la de Burdeos y la de Lión, deben estar igualmente unidas por nudos de fraternidad y confianza. La vuestra tiene a su favor la mayor publicidad, la nuestra se ve forzada a actuar en secreto, con prudencia y discreción.

Proponía la acogida recíproca de los congregantes que viajaran de una ciudad a la otra. Podemos pensar que el ofrecimiento fue aceptado. Pero, si hubo relaciones entre ambas asociaciones, debieron ser raras, pues no han dejado ninguna huella en los papeles de la congregación de Burdeos. Lafon, en 1809, podía ignorar todo sobre el tema.

Recordamos que Giresse había reconocido que en París se había encontrado con congregantes y que, antes de las reuniones de piedad, habían hablado de las noticias políticas, de Flessingue y de la guerra de Alemania. Justus había declarado que en Burdeos, antes o después de la asamblea, se reunían en la sacristía o en otras partes de la iglesia y hablaban de las noticias políticas. Los dos jóvenes podían tener razón, pues cada vez que se encuentran varios hombres es normal que intercambien ideas sobre los acontecimientos del día, sea en la terraza de un café o en el pórtico de una iglesia. En Burdeos, en la capilla de la Magdalena, el coro que estaba cerrado por un tabique y la sacristía del primer piso estaban destinadas a las reuniones de divisiones y servían también como salas de juegos. Sería llamativo que los congregantes no hubieran comentado nunca en esos lugares los rumores de la calle, antes de entrar a la capilla para el oficio o después de las reuniones. El inspector Veyrat exageraba cuando tomaba como una característica de las congregaciones esas conversaciones accidentales. No se equivocaba Lafon al desmentirlo.

Por otra parte, parece que le faltó objetividad al afirmar que había visto en manos de Alexis de Noailles el manuscrito del libro titulado *Correspondencia auténtica de la corte de Roma con Francia desde la invasión del Estado romano hasta el secuestro del Sumo Pontífice*. Es bastante probable que no hubiera visto más que un manuscrito con un título semejante y que contenía la mayor parte de los documentos que se publicaron en Lión a comienzos del mes de agosto, los mismos que se cogieron en casa de Beaumes y que se hallan hoy en los archivos de la prefectura de policía en París. Alexis de Noailles protestará enérgicamente cuando se entere de la declaración de Lafon. Este no tenía ningún interés en hablar como lo hizo, pero quizá dio más importancia a los documentos mismos que al título exacto y por eso se equivocó. Si se hubiera fiado menos de sí mismo, hubiera sido menos categórico en su afirmación.

Donde se puede discutir más su sinceridad es cuando pretende no haber tenido, al propagar la bula, otra finalidad que tranquilizar las conciencias. Su pasado, tanto como su conducta posterior, rechazan tal explicación: aquí tenemos solo a un acusado que trata de justificarse. El interrogatorio recomenzó el mismo día:

- ¿Qué papeles tiró usted por la ventana de su habitación en Burdeos en el momento de su detención?
- La bula del papa.
- Tiró usted por la ventana diversos papeles. Explíquenoslo mejor.
- Afirmo y aseguro por mi honor que no era más que la bula del papa, consistente en un cuaderno manuscrito.
- ¿Qué pasó con esos papeles?
- No sé absolutamente nada desde mi detención.
- Ya que usted pretende haber dado poca importancia a esos documentos, ¿por qué se dio usted tanta prisa en lanzarlos por la ventana en el momento de ser detenido?
- Al tirar la bula del papa, tenía la esperanza de conservarla para sacar de ella un día los motivos que probasen mi inocencia.
- Explíquenos su respuesta. ¿Cómo pensaba usted sacar de ella los motivos que probaran su inocencia?
- La opinión pública, casi siempre equivocada, había propagado que el jefe y los miembros del gobierno estaban condenados con la censura. Se llegaba incluso a decir que los obispos estaban excomulgados. Pues bien, por medio de la bula yo probaba que ni el jefe del gobierno, ni los miembros ni los obispos estaban alcanzados por dichas censuras bajo ningún concepto. En consecuencia, al hacer conocer las disposiciones de la bula, con las explicaciones que se desprenden naturalmente, aseguraba yo la tranquilidad pública, calmaba las conciencias, evitaba las divisiones, y bajo ese punto de vista he dicho que, por medio de la bula, yo probaría mi inocencia.

Es esta una explicación que ciertamente el inspector no esperaba y que hemos de confesar que era bastante floja. Veyrat responde:

- ¿Pretende hacernos creer que usted, uno de los jefes de una congregación cuyos miembros han dado pruebas irrefutables de su odio al gobierno, tiene ganas, digo, de persuadirnos de que se ha hecho su defensor contra la opinión de todos los miembros de su asociación?
- Tengo la intención de decir la verdad. Si algunos miembros han buscado hacer daño al gobierno, nunca me he asociado a sus maquinaciones, y declaro que siempre he mostrado por el gobierno el respeto más inviolable.
- Si hubiera existido en usted ese sentimiento, no hubiera sido conducido de Burdeos a París, y nosotros probaremos por sus mismos escritos, que usted se ha declarado y ha actuado como enemigo implacable de nuestro gobierno.
- Jamás he hablado más que de los escritos del Sumo Pontífice referentes a la religión. Y actuar así no es, en modo alguno, mostrarse enemigo de un gobierno que protege la religión.

El interrogatorio toma un poco el cariz de una discusión:

- Usted no tiene el honor de ser uno de los ministros del altar. Si estuviera usted en ese caso, se habría conformado a las leyes y su conciencia hubiera estado de acuerdo con ellas. Usted, simple institutor de los hijos del Sr. Mareilhac, ¿a qué título se ha permitido precisar e interpretar los actos del gobierno sobre la religión y el papa?
- Es cierto que no tengo el honor de ser ministro de la religión, pero tengo el honor de pertenecerle como diácono. Interpretando la bula del papa, he usado un derecho que tienen todos los ciudadanos, cuando no se prohíbe.

Esta respuesta, hecha con dignidad, devuelve la calma.

- Nos ha dicho usted que para conservar los documentos que tenía relativos al papa, los había abandonado tirándolos por la ventana; comprenda que es una forma singular de conservar las cosas. Diga mejor que se veía comprometido por el uso que había hecho de esos documentos.
- Repito que había tirado ese documento con la esperanza de volverlo a encontrar. Pero añado que, si tuviera que hacerlo, no lo haría. No es menos verdad que mi intención ha sido siempre desarrollar la bula en el sentido que acabo de indicar.

Es manifiestamente inútil insistir: el detenido no abandonará su sistema de defensa. El inspector plantea entonces algunas cuestiones sobre diferentes cartas cogidas en el domicilio del inculcado. No hay nada comprometedor; aquí y allá algunas alusiones a la congregación, porque los correspondientes de Lafon son congregantes o el P. Chaminade, pero el sentido resulta obvio, no se trata más que de una «correspondencia de amistad y religión».

Hay más misterio, naturalmente, en las cartas intercambiadas con Alexis de Noailles. De las nueve encontradas en Burdeos, las más antiguas remontaban a la primera visita de Noailles a los congregantes bordeleses y aclaraban los orígenes de las relaciones entre la obra de Burdeos y la de París. Eran las menos peligrosas. Una, del 12 de diciembre de 1808, relatava la admisión de Giresse en la congregación de París, a petición de Lafon y con la recomendación de Noailles, suceso anodino en el fondo. Las menos claras y más comprometedoras eran las de los meses de agosto y septiembre de 1809. Veyrat se encarnizó en vano para obtener la confesión de un vasto complot. Lafon se mantuvo en su actitud de la mañana y no entregó ninguna nueva víctima a la policía:

- ¿De qué obra de literatura se trata en este documento?
- La correspondencia diplomática del papa con el gobierno francés.

- ¿Quién es el negociante jefe que es sordo y que habla con dificultad, a quien se reprocha el no haberlo comunicado?
- Es un hombre al que el Sr. de Noailles conoce lo mismo que yo y que me parece poco importante nombrar.
- Nada le puede autorizar a guardar silencio sobre las preguntas que debemos hacerle. Le conminamos a explicarse con franqueza sobre las diferentes cuestiones que tenemos que dirigirle.
- Hay ciertos miramientos que guardar, y yo creo que la autoridad es suficientemente justa como para forzarme a violarlos.
- Por su manera de responder refuerza usted las prevenciones ya muy fuertemente establecidas contra usted. Si, como dice, su conducta ha sido siempre leal, si jamás ha tenido la intención de actuar contra el gobierno, debe usted explicarse con más lealtad.
- Ya que usted insiste y me exige lo que yo creía no poder decir a causa de otro, digo que con esas palabras el Sr. de Noailles había pretendido designar, o al menos yo así lo había creído, en una de sus cartas, al señor arzobispo de Burdeos, y yo, por mi parte, me serví de las mismas expresiones. Me había enterado de que él había conocido esta correspondencia del papa, y por razón de la inquietud de los espíritus que se veían llevados a creer que el papa había revuelto todo en Francia en el orden de la religión, yo hubiera deseado que el señor arzobispo hubiera dado a conocer estas actuaciones diplomáticas, en algunas de las cuales el papa recomienda la obediencia, la tranquilidad y el respeto debido a las personas y a las propiedades. En esto se basa mi reproche.
- Explíquenos las palabras siguientes, que forman parte de dicho documento: «Tenga en cuenta que no dejo nada de lado en cuanto al importante negocio que usted me confió».
- Con esas palabras yo quería decir que haría todo lo posible para dar a conocer lo referente a la religión que emanara de la corte de Roma, según habíamos quedado.
- Añade usted que algunas personas anuncian disposiciones hostiles: explíquese sobre esto.
- Quise decir y creo que he dicho que algunas personas, con los ruidos que corrían, creían que no debían comunicarse ya con los sacerdotes católicos, pretendiendo que había una bula que los condenaba con censuras eclesiásticas. Yo negaba el hecho y pensaba que el papa no ejercería tal acto de rigor que llevaría a grandes males; por eso decía que anunciaban disposiciones hostiles.
- Explíquenos también esta frase: «El maestro de usted me tendrá en cuenta los cuidados que me tomo; pídale a menudo que me tenga presente en su recuerdo. ¿Cómo puede ser que el viejo Denis haya pensado en mí? ¡Ah, si supiera cuánto me intereso por el éxito de sus empresas, me querría mucho más aún. Dígale que mi fidelidad será inviolable y que nada en el mundo podrá apartarme de su servicio».
- Nunca he conocido al papa. Jamás le he escrito. Yo respondía al Sr. de Noailles que me decía en una de sus cartas que el viejo Denis me estaría muy agradecido por el bien que pensaba que yo había hecho; entonces yo respondí, comprendiendo que me hablaba del papa, que mi fidelidad sería inviolable y que nada podría apartarme de su servicio.
- Denos aún otra explicación sobre estas palabras: «Estoy muy extrañado de que no pueda obtenerse la procuración que le he pedido; desearía que el proceso no fuera largo, pero ese deseo que tengo me inspira vivos temores».
- El Sr. de Noailles me había dejado entrever que, si el papa perdía su libertad, dejaría poderes generales para gobernar la Iglesia; es el conocimiento que yo quería tener de esos poderes para fijar mi creencia lo que me hizo pedir conocerlos con la palabra procuración, expresándole mi vivo deseo de que se restableciera la paz entre la corte de Roma y el gobierno francés.

Parece en efecto que aquí Lafon y Noailles se refieren a las gestiones que ciertas personalidades eclesiásticas hicieron en Roma en esta época para saber qué actitud había que

adoptar en el conflicto romano-imperial. Los historiadores no han hablado de ello, pero el cardenal Bausset las menciona claramente en su nota sobre al abate Legris-Duval, y el hecho de que el 5 de julio de 1809 la congregación de París obtuvo de la Santa Sede nuevos favores puede indicar que la persona elegida como intermediario, la que Alexis de Noailles llama su amigo que está de viaje (el abate Perreau, parece ser) estaba a punto de dejar Roma en esta fecha. Alexis de Noailles tenía bastantes relaciones para haber sido metido en el secreto, pero puede uno preguntarse si «el viejo Denis» era el Papa y no el instigador de todas esas piadosas intrigas. Lafon, sobre esto, no tuvo sino respuestas evasivas:

- ¿Le habló el Sr. de Noailles del amigo suyo que estaba de viaje?
- No me lo nombró jamás.
- Denos alguna explicación sobre la parte siguiente de la carta nº 22 que le escribía él el 18 de agosto último; después de haber anunciado que el Sr. Giresse ya no podrá verle en Burdeos, añade: «Nos veremos forzados a cambiar de vía. Tengo mercancías muy importantes que enviarle a usted; no puedo tardar más tiempo; las dirigiré a su sastre. Avísele para que tenga cuidado de que las telas no se estropeen. Los negociantes de Burdeos se han conducido como los de París. Estoy contentísimo y bendigo a Dios por el bien que se digna hacernos a través de usted. No deje de lado lo que le llegará de mi parte, le ruego que esté preparado. Mi amigo ha vuelto de sus viajes. A él le debo todas las noticias y preciosas especulaciones. No le doy a usted ningún detalle, ya los tendrá más tarde. Le doy las gracias en nombre de nuestro jefe y de su primer hombre de negocios por lo que ha hecho. Este viejo Denis le está infinitamente agradecido y me encarga que se lo diga a usted. Le enviaré, junto con mis mercancías, un libro cuya encuadernación será trabajada con cuidado. Este es mi regalo; el resto será de su comercio. En cuanto a la procuración que me pidió y que le había prometido, no nos la han dado. Todos están de acuerdo en que el proceso durará muy poco tiempo. Esto es positivo, así que siga usted como antes».
- Por estas mercancías entiende la bula del papa que dirigió a casa de mi sastre, según habíamos convenido. No sé quién le pudo decir que mi viaje había hecho un gran bien a nuestros asuntos. Sin duda quiso hablar de los documentos que me había enviado sobre la corte de Roma. En cuanto a su amigo del que dice que estaba de viaje y que le llevaba todas las piezas, no le vi nunca ni he sabido nunca su nombre. Sobre el agradecimiento que me dirige de parte de nuestro jefe y de su primer delegado, sigo creyendo que quiere hablar de Dios y del papa como vicario suyo. En cuanto al libro encuadernado que menciona, era el manuscrito de la obra de que usted me ha hablado, que iba envuelto en tela y que efectivamente tenía el grosor de un volumen. Acerca de la procuración que menciona, ya he dado la explicación pedida.
- Parece, según la carta nº 23, que el Sr. de Noailles le dirigió el 23 de agosto último, que el llamado Redoux, hombre totalmente seguro según él, conductor de la diligencia, le entregó también un paquete de la obra de que se trata.
- Es la obra que me anunciaba en la carta anterior.
- Denos aún alguna explicación sobre la parte siguiente de la carta nº 24 que el Sr. de Noailles le dirigió el 3 de septiembre último: «Cuide siempre mis negocios pero, como dice, con una prudencia infinita para no chocar con nuestros adversarios, que empiezan a hacer de las suyas y a reclamarnos severamente. Quisiera enviarle diferentes pagos, pero no sé muy bien cómo hacerlo. Me he visto obligado a poner mi dinero en lugar seguro. Puede contar conmigo en cuanto se precise. He cambiado sus medallas de estilo antiguo y ahora las tenemos a muy buen precio francés. Tengo todavía varios pagos anteriores al que le hice por mi última letra de cambio, y además una amplia e interesante exposición de toda la gestión. En los próximos días, hasta que le notifique que estamos menos abrumados por los negocios, escriba poco a mi buena amiga y nada a mí».
- La prudencia que me recomienda en esta carta es en respuesta a una carta que yo le había escrito para comprometerle a no confiar sus papeles a cualquier tipo de persona que podría abusar de ellos por ignorancia o por pasión. Los diferentes pagos son los diferentes documentos de la corte de Roma que yo le había pedido me pasara. Por eso

me indica que ha habido preocupaciones que le han obligado a ponerlos en lugar seguro. Si yo no hubiera estado seguro de mi inocencia, hubiera tomado las mismas precauciones. En cuanto a las medallas de estilo antiguo, quiso decir que había traducido los documentos latinos al francés. Yo no recibí la exposición de que habla y que sin duda es el resumen de esta obra. Insisto en que no recuerdo el nombre de su buena amiga, aunque yo le escribí una vez...

El día siguiente fue una jornada cargada para el inspector Veyrat. Comenzó por confrontar a Justus con Lafon; la entrevista fue breve; Justus solo tenía una preocupación, obtener su libertad.

–Señor Justus, ha dicho usted en su interrogatorio que en las reuniones de los miembros de la congregación de Burdeos, durante la asamblea se ocupaban en ejercicios piadosos, pero que antes y después de la asamblea había reuniones particulares y secretas, ya en la sacristía o en otro lugar de la iglesia, y que en esos lugares particulares se trataban los asuntos relativos a la política. ¿Mantiene usted su afirmación?

–Sí, señor; insisto en mi afirmación.

–Usted, señor Lafon, acaba de escuchar la declaración que hizo el sr. Justus el 11 de septiembre último, y que acaba de confirmar ahora ante usted. ¿Qué tiene usted que responder?

–Yo declaro, como lo hice en mi interrogatorio, que nunca me ocupé de política y que jamás tuve conocimiento de que otros lo hayan hecho; que la sacristía de que habla el señor Justus es un lugar público donde todo el mundo tiene derecho a entrar y donde la congregación se halla mezclada con un mayor número de personas que no son congregantes.

–Señor Justus, acaba usted de oír la respuesta que ha dado el señor Lafon; ¿tiene usted alguna observación que hacer?

–Tengo que responder que por asambleas particulares y secretas entiendo las de los congregantes que tenían cosas que comunicarse que no querían decir a todo el mundo y, como he dicho, insisto en mi declaración de que allí se ocupan de asuntos políticos, hecho del que he sido testigo.

Sin preguntarse si no era extraño que Justus declare haber sido testigo de los hechos que afirma que suceden en las asambleas particulares, cuando el 11 de septiembre decía no haber tomado nunca parte en esas asambleas, el inspector se limitó a registrar en el acta las declaraciones contradictorias de los dos detenidos. Se prometía sin duda obtener un resultado decisivo con Alexis de Noailles, ahora que tenía en su mano las cartas escritas por este último a Lafon.

De hecho, como Lafon, y con la soltura aristocrática añadida, A. de Noailles reconoció todos los hechos que no eran peligrosos para nadie y eludió las cuestiones escabrosas o no respondió más que con fórmulas sin contenido preciso: tenía tantos o más circunloquios que su correspondiente y tampoco se creía más autorizado que él a denunciar a nadie:

–En su carta nº 16 dice usted: «He tenido el placer de hablar a menudo de mis buenos hermanos de Burdeos y de nuestro respetable jefe a las santas almas de esta ciudad [Nimes]». ¿Quién es el respetable jefe del que parece hablar usted y quiénes son las personas con las que usted habló sobre sus hermanos de Burdeos?

–He olvidado ya lo que significa eso que escribí hace varios años.

–Añade usted: «Nuestro digno jefe está contentísimo por todo lo que le he dicho y no desea nada más ardientemente que unirse a usted». Y añada aún que su jefe le ha dicho: «Concedo gustoso las tres cosas que me dice que desean de mi parte, pero deseo que sean muy discretos al hablar de ello. Cuando haya vuelto usted, tomaremos las disposiciones necesarias y usted será quien escriba cuando sea necesario». ¿Cómo se llama ese jefe y cuáles son las tres cosas que acordó con usted?

- No quiero citar ningún nombre y declaro que se trata de puerilidades a las que se da demasiada importancia a causa del estilo solemne en el que están escritas.
- En su carta nº 17 recuerda usted al señor Lafon lo que le había escrito sobre sus queridos y muy dignos lioneses. Le pide usted que cambie el género de su correspondencia, que no debe ser personal y le dice usted que tendrá mucho que hablarle de Burdeos, lo que indica de forma positiva hasta qué punto estaban de acuerdo las congregaciones de Burdeos, de Lión y de París en los diferentes puntos convenidos entre ustedes y que usted acaba de negarse a indicar.
- Lo he indicado diciendo que eran de una miserable puerilidad y esta correspondencia no existió nunca, a pesar de mis afirmaciones y escritos.
- ¿Quién es el sr. Lacombe del que se habla en su carta nº 18, y quién es el sr. Girard?
- Los señores Lacombe y Girard parece que eran personas con las que yo me había encontrado en Burdeos con el sr. Lafon.
- Ya que usted pretende que no existía nada de irregular en sus reuniones, ni de contrario al orden y al gobierno, ¿por qué (documento 19) conjura usted a su amigo Lafon a no citar nunca públicamente en Burdeos, vistos sus progresos que no le dejaban sin inquietud, y que la publicidad exterior dejaría a su obra peligrosamente expuesta frente al mundo?
- Aquí se trata del ridículo que el mundo, que no es la autoridad pública, podría lanzar sobre niñerías que causan bien pero a las que a veces en secreto se da demasiada importancia y que no merecen atraer las miradas de esta misma autoridad pública.
- Por su carta nº 20, fechada el 12 de diciembre de 1808, parece claro que por recomendación del sr. Lafon, hizo usted que el sr. Giresse fuera recibido como miembro de la congregación de París.
- En esto no hay duda, de lo que saco una prueba importante para atestiguar que estas congregaciones no funcionan como una sola y misma cosa, al ser necesario recibir de nuevo a las personas recomendadas.
- Explíquenos la parte siguiente de la carta nº 21 que dirigió usted al s. Lafon el 4 de agosto último: «Mi buen y digno hermano, ¡cuánto bien nos ha hecho! ¡Qué edificante es su piadoso viaje! Es usted un hombre de los tiempos antiguos, etc.... Dígale a sus íntimos amigos lo que siento por ellos y agradézcales en común el precioso favor que me han hecho igualándome con usted. ¿Recuerda lo que le dije sobre mis esperanzas el día de su partida? Se han realizado más allá de todo lo que podía esperar. De unos cincuenta capitalistas no hay más que tres que han faltado a sus compromisos. Esto da un placer indecible y me enriquece más que toda mi esperanza».
- En este enunciado se trata de buenas obras y de cosas piadosas y edificantes.
- ¿Entonces, según usted, era ese el fin del viaje del sr. Lafon?
- De ninguna forma, y lo afirmo de la manera más sagrada.
- Le hacemos constar que su respuesta está en contradicción con su carta.
- Creo haber dicho algo agradable para el sr. Lafon al expresarme así. Las formas del estilo epistolar y los testimonios de una gran amistad podían invitarme a ello.
- En esta misma carta se expresa usted así: «¿Tendré noticias de usted? La buena señora del barrio Saint-Jacques las espera con impaciencia».
- Se trata de una pobre mujer a la que le había dicho que podía enviar mis cartas en caso de ausencia.
- ¿Cómo se llama? No debe usted hacer un misterio de su nombre, si no lo hay en su conducta.
- El profundo respeto que siento por el sr. Inspector general no me impedirá hacerle ver que hubiera podido saber por los otros interrogatorios que me ha hecho que, sin otro motivo que el de la discreción, tengo la costumbre de no responder ni a las preguntas sobre el nombre, ni a las que se me puedan hacer sobre las diferentes direcciones, por temor no a comprometer, sino a inquietar o turbar lo más mínimo a personas que yo puedo conocer, sean pobres o no.
- Explíquenos la parte siguiente de la misma carta: «Tendrá usted detalles preciosos sobre nuestro comercio de vino por nuestro hermano que parte con su buena madre. Dicen que su comerciante jefe, el que es sordo y que habla con dificultad, está mejor que antes de la partida de usted».

- Es agradable servirse juntos de todo tipo de expresiones y cosas de este género reunidas, pero aquí se trata de algunas buenas obras.
- No responde usted a nuestra pregunta. Denos a conocer con claridad lo que usted pretendió decir con la promesa que hizo al sr. Lafon de enviarle detalles preciosos sobre el comercio de vino por su hermano que viaja con su buena madre: ¿qué negocio es este y quién es este hermano que iba partir con su madre?
- Se trata aquí de un mísero discursillo en forma de noticia sobre la vida del Sr. Hontarède, que él me había recomendado, al que yo asistí en la hora de su muerte y que me edificó tanto que redacté sus rasgos principales. En cuanto a la madre y el hijo que debían ser los portadores, no los nombraré, según mi costumbre.
- Es ese un modo de explicar con claridad la operación de los vinos; me parece que usted hubiera podido darnos más aclaraciones sobre el objeto que tenía que confiar a la señora Giresse y a su hijo.
- Agradezco al sr. Inspector general por la bondad que ha tenido al mencionar a la señora Giresse. Pero le ruego que observe que aparte la mala metáfora del vino, era importante para aquel de quien nos habíamos querido acordar en Burdeos probar que se acordaba de los de Burdeos que le habían recomendado.
- ¿Qué pretendía usted decir con estas palabras: «De una cincuentena de capitalistas, solo hay tres que han faltado...»?
- Es inútil nombrar a las personas, ni otra cosa; pero se trata de una buena obra.
- Ha pretendido usted siempre que en su correspondencia con los congregantes nunca se ha tratado de noticias políticas: explíquenos entonces este pasaje: «Nuestras noticias de comercio son que todo va muy bien. Los ingleses han bajado por fuerza a Flessingue y hacia Ostende. Quemaron algunos barcos. Tendremos el placer de vencerlos con algunos guardias nacionales».
- A la primera parte de la cuestión respondo que por casualidad, estando en correspondencia con el sr. Lafon, le envié noticias del diario, pero no las envié a la congregación, ni para la congregación. Añado que hay una ridícula incoherencia entre las diversas partes de la frase citada y que yo tendría casi que felicitarme por encontrar una ocasión tan conveniente para ser en adelante más atento y consecuente con lo que digo en las cartas, pues escribo por la noche, medio dormido, o en otros momentos del día en que estoy ocupado en algo totalmente distinto a lo que escribo. Si en mi correspondencia hubiera habido la menor mala intención, seguro que hubiera puesto más atención y prudencia.
- Explíquenos también lo que sigue: «Estamos seguros de Holanda. La guerra va a recomenzar, pero me alegro porque Su Majestad va a tragarse toda Europa de una redada; porque los rusos, austríacos y prusianos ya nos conocen. La noticia del reinicio de las hostilidades no es segura, pero sí muy probable. Así terminará antes, ya que Su Majestad debe triunfar».
- Eso está ya contestado en mi respuesta anterior.
- Parece, según su carta nº 22, de 18 de agosto pasado, que el sr. Giresse le había servido de intermediario, ya que usted dice al sr. Lafon: «¿Puedo concebir, mi digno hermano, el silencio de usted? Giresse ya no va a verle. Tengo mercancías muy importantes que enviarle. No debo tardar más. Sencillamente las dirigiré a su sastre; usted le avisará, para que no se estropee el género».
- Ya he dicho en otras circunstancias al sr. Inspector general que había puesto una prisa infinita en confiar a ciertas personas algunos documentos de la correspondencia del papa, o concebidas en términos o giros donde nadie, quienquiera que sea, se hallara nombrado o citado, documentos que según mi propia expresión debían servir para calmar los espíritus, con la misma voz que otros hubieran podido emplear para calentarlos.
- En esta misma carta anuncia usted al sr. Lafon, que usted sabe al detalle, que su viaje ha hecho un gran bien a sus negocios, que los negociantes de Burdeos (*sic* – ¿Nimes?) se han conducido como los de Burdeos. Añade usted: «No descuide lo que le llegaré de mí, se lo ruego, esté preparado».
- En el sentido de la carta, hay que añadir, para entender estas últimas palabras: «a recibir el pequeño envío que le hago». Los motivos que me llevaban a la prisa que

- confieso, como todo el resto, sin fingimiento, eran los enunciados en mi respuesta precedente.
- ¿Quién es el amigo que tenía usted de viaje en esta época o, por mejor decir, que llegaba de viaje?
- No responderé a esta pregunta.
- Sin embargo en esta misma carta del 18 de agosto encontramos estas palabras: «Mi amigo ha vuelto de sus viajes. A él le debo todas mis noticias y preciosas especulaciones». Le vuelvo a invitar a responder con franqueza sobre esto.
- Repito respetuosamente mi respuesta anterior.
- Siguiendo el examen de esta misma carta, encontramos estas palabras dirigidas al sr. Lafon: «Le agradezco lo que ha hecho en nombre de nuestro jefe y de su primer hombre de negocios. El viejo Denis le está infinitamente agradecido, y me encarga que se lo diga».
- Por esta frase agradable y por el sentido real de la misma se puede ver que el sr. Lafon, y estoy seguro de ello, no pudo ver ni comprender que es muy desafortunado para el honor de mi pobre espíritu que cartas escritas tan rápida y alegremente se conviertan en documentos sobre los que pueda basarse un interrogatorio.
- Explíquenos lo que entiende al hablar de su jefe, de su primer hombre de negocios y del viejo Denis.
- No pienso repetir aquí el objeto de este simple chiste.
- Continuemos el examen de su carta, en la que dice que no existe ocasión para Burdeos; si la tuviera, aprovecharía usted para enviar al sr. Lafon, con sus mercancías, un libro cuya encuadernación irá trabajada con cuidado. ¿Qué libro es el que usted promete?
- Esta pequeña astucia, que pudiera hacer creer que yo había faltado a la santidad de mis compromisos, haciendo transportar a Burdeos algún impreso de los documentos del papa, me obligará a revelar al sr. Inspector general una pequeña argucia de ratero y un pequeño medio de hacer contrabando.
- Comprendemos bien que tenía usted la intención de indicar que en la portada del libro anunciado debían encontrar algún documento importante. Ya le hemos hecho esta observación. Indíquenos, pues, el volumen enviado y qué documento se había introducido en la encuadernación.
- Nunca hubo libro ni documento enviados por ese medio.
- En este mismo documento dice usted al sr. Lafon que «en cuanto a la procuración que me pidió y que le prometí, no me la han dado. Todos están con la idea de que el proceso durará muy poco tiempo».
- Estas cosas tocan al fuero interno, así que no es preciso dar detalles sobre este punto.
- El sr. Lafon se explicó sobre este punto mejor que usted, y le daremos la prueba confrontándole con él. Mientras tanto, pasamos al examen de su carta al sr. Lafon de 23 de agosto pasado, la nº 23, en la que usted le anuncia que recibirá por Ledoux, conductor de la diligencia, muestras de buena manufactura. Añade usted que este conductor es un hombre totalmente seguro. ¿Qué le envió usted?
- El conductor no conoció ni conocerá probablemente nunca lo que encerraba el pequeño paquete de que se trata. Hablando de él, y citándolo como un hombre perfectamente seguro, yo afirmaba solo que era incapaz de robar lo que se le pudiera confiar.
- Según sus declaraciones precedentes, usted conoció la detención del sr. Beaumes el mismo día en que se realizó, es decir, el treinta de agosto último. Por eso escribe usted al sr. Lafon (documento nº 24) el 3 de septiembre siguiente: «Cuide siempre mis negocios, como dice, con infinita prudencia para no chocar con la parte contraria que empieza a hacer de las suyas y a reclamarnos duramente. Quisiera enviarle diferentes pagos, pero no sé bien cómo hacerlo. Me he visto obligado a poner mi dinero en lugar seguro». Explíquenos lo que usted entiende en estas palabras.
- No he cesado de decirlo: se trata de los documentos en cuestión y de la supresión de los que estaban en mi domicilio.
- Explíquenos estas palabras sacadas de esa misma carta: «He cambiado sus medallas de estilo antiguo y ahora las tenemos en muy buena moneda francesa».
- Se trata aquí de una traducción de la bula de excomuni6n.

- ¿Es usted quien la tradujo?
- No responderé a esa pregunta.
- Tendría que darse cuenta de que en su carta ya ha respondido afirmativamente.
- El sr. Inspector general puede obtener de ahí una prueba más de la ligereza con la que escribo, pues afirmo que yo no he traducido el presente documento.
- Añade usted aún en este documento que tiene todavía diversos pagos anteriores a los que ha hecho, y luego una gran exposición interesante de toda la gestión. Explíquenos la obra que anuncia.
- Aquí no se trata, en estas palabras retorcidas, más que de los documentos que se encontraron en casa del sr. Beaumes. El documento que designo con las palabras «gran exposición interesante de toda la gestión» era solo una narración muy corta y mediocre de algún acontecimiento sucedido en Roma. Este documento ya no existe.
- Sin embargo usted dice al sr. Lafon en la misma carta que usted se la dirigirá a su tiempo. Le recomienda que escriba muy poco a su buena amiga y nada a usted hasta que le haya avisado usted de que está menos abrumado por negocios e inquietudes, para no dejar ninguna presa, sino redoblar prudentes esfuerzos.
- Está claro que los sucesos acontecidos al sr. Beaumes y de los que yo he terminado por ser la triste víctima me habían enseñado a ser prudente y reservado, sin perder de vista la necesidad de extinguir por documentos más tranquilos el mal efecto de los documentos más violentos que habían sido propalados por otros y no por mí.
- ¿Cuáles son los objetos que usted dio al sr. Lafon para que él los enviara al sr. abate Berdotal, en plaza Percepinte de Toulouse?
- Declaro ante Dios que jamás he visto al sr. Berdotal, que no lo he conocido en ningún lugar y que nunca ha tenido él conocimiento de que debiera hacerse ningún envío de lo que fuera, sino que, testimoniando a alguien mi deseo de que los documentos dados a conocer sobre el papa, expresados en un estilo y de una forma que yo desapruero totalmente, no fuesen publicados en Toulouse como en otros lugares, puse interés en que los documentos más serios se extendieran en Toulouse por un motivo igualmente prudente. Esta dirección me la habían dado de forma imprecisa.
- Lamentamos tener que recordarle el siguiente párrafo de su carta: «Es usted demasiado hábil para haber sido seducido por una infernal protesta del quebrado Julien. Este hombre, viéndose al final vencido por la opinión pública y no sabiendo cómo salvarse, hace de bueno y a nosotros no deja de darnos soberbias muestras de su rabia. Qué calamidad la distancia y el ascendiente de los que mienten descaradamente; es cierto que el mal pagador, insolvente, ha hecho tomar otro camino a sus sucesores, pero forzado por las circunstancias y sin esperar lo que ha sucedido, a la especie de desprecio que tienen por sus pagarés y a la lástima que inspiran los que él ha arruinado: podría darle a usted importantes pruebas, pero crea mi palabra. No puedo mostrarle bastante la pena que experimento al ver extendidas y creídas tan malas razones».
- Es una desgracia que haya gente tan imprudente e insensata para escribir tales tonterías cuando se les pasan por la cabeza. Aquí no reconozco ninguna de mis opiniones ni de mis sentimientos. Quisiera poder no reconocer mi escritura igual que no reconozco mi estilo ni mi forma habitual de escribir. Tal falta sería imperdonable, si no fuera porque es única en mi correspondencia y si el disgusto que me ha producido no viniera a mi mente cada día desde que tuve la desdicha y el descuido de escribir tales tonterías. Es imposible que con la más mínima reflexión no se reconozca en el estilo de esta respuesta todo el disgusto de que mi alma está llena.

Poco convencido sin duda, Veyrat hizo una nueva tentativa el 7 de octubre.

- Le conminamos aún a responder de forma más categórica y franca de lo que lo hizo ayer sobre las diferentes preguntas que le vamos a dirigir. – En una de sus cartas nº 16, dice que habló usted a menudo en Nimes de sus buenos hermanos de Burdeos y de su respetable jefe; ¿cuál es el nombre de ese jefe y en qué reunión en Nimes habló usted de sus hermanos de Burdeos?

- Esta carta la escribí en septiembre de 1804. No sé por qué está expresada en esos términos, que no podría explicar; pero declaro ante cielo y tierra que jamás he pasado en toda mi vida más que dos días en Nimes, que me alojé en el albergue, que no vi a nadie, y que parece tratarse de otra ciudad de la que he perdido el recuerdo.
- Le hacemos observar, sin embargo, que usted ha escrito realmente, en su carta fechada en Nimes, que usted habló allí con frecuencia sobre sus hermanos de Burdeos y sobre su respetable jefe.
- Probablemente quise hablar de otra ciudad, pues no tengo el más mínimo conocimiento de ningún encuentro que haya tenido en Nimes y diría con gran placer todo lo que pudiera conocer sobre ese punto.
- No se puede decentemente alejar uno tanto de la verdad. Lo que sigue de esta frase lo prueba: «Nuestro digno jefe está lleno de alegría y nada desea más ardientemente que unirse a usted». Le conminamos, pues, a responder categóricamente y a dar a conocer cuáles son las tres cosas que su jefe concedió para la congregación de Burdeos, recomendando que se sea muy cauto para hablar de ello.
- Respondo a la primera parte de esta pregunta y pruebo con facilidad lo absurdo de mi carta, ya que el sr. Lafon nunca puede haber pedido ninguna unión entre los congregantes de Burdeos y los de Nimes, donde nunca los ha habido, sino una especie de unión de oraciones o cosa parecida encerrada en las tres cosas en cuestión mencionadas como concedidas entre los suyos y los de París, únicos a los que entonces podía conocer.
- Explíquese una vez más sobre las tres cosas prometidas bajo el mayor secreto.
- Este secreto no podría ser de gran importancia, ya que esas tres cosas son, si recuerdo bien, unión de oraciones, correspondencia entre un miembro elegido de la congregación de Burdeos y uno de la congregación de París, y la tercera, asistencia caritativa, en caso de necesidad, a los que se recomendaran.
- ¿Quién es el jefe que hizo ese tratado?
- Nunca ha habido tratado, sino tan solo una respuesta sobre el tema de un viejo eclesiástico de París, que yo mismo nombré al sr. Prefecto, y nunca se habló de ese pretendido tratado sino en esta única respuesta en la que hago valer, por cortesía, la forma en que la petición había sido aceptada.
- En su carta nº 19 se ve cuántos motivos tenía usted para impedir que se airearan los resultados de sus reuniones de congregantes, pues recomienda usted expresamente a su amigo Lafon que jamás lo nombre en público en Burdeos, vistos sus progresos que no le dejan sin inquietud, que la publicidad exterior expondría su obra peligrosamente ante el mundo. Reuniones que no son misteriosas no necesitan tomar esas precauciones.
- Declaro de la manera más solemne y sagrada que no estaba yo mismo –puesto que aquí para aclarar al gobierno hay que declarar hasta la menor debilidad– provocado a insistir tanto en la importancia de este secreto solo por la pequeña vergüenza que para mí hubiera resultado ante mi familia y ante las personas que conozco y que cito aquí como la gente, por la ridícula importancia que ponía en esas puerilidades.
- ¿Sigue usted rechazando que el viaje del sr. Lafon no tuviera como motivo los intereses de las congregaciones de Burdeos y París?
- Yo no sé lo que el sr. Lafon pudo decir o declarar sobre este punto. Yo estaría lejos de rechazar ese motivo, pero esperaba tan poco su llegada que tuvo que repetir su nombre para que lo reconociese.
- No responde usted claramente a nuestra pregunta; le invitamos a que lo haga con franqueza: ¿el viaje del sr. Lafon no tenía como motivo los intereses de las congregaciones de Burdeos?
- El sr. Lafon podía tener motivos de los que no tenía por qué darme cuenta y que yo no conociera, aunque eso sea posible, que haya realizado en París cualquier gestión al respecto.
- Responda y explique estas palabras de su carta: «Mis esperanzas se han realizado más allá de toda espera. De unos cincuenta capitalistas solo hay tres que han faltado a su compromiso».

- Estoy persuadido de que el sr. Lafon no habrá entendido con facilidad el sentido de este enunciado tan pomposo.
- Entonces, explíquenoslo ahora.
- Lo expliqué en el interrogatorio de ayer, diciendo que se trataba de una buena obra en la que habían tomado parte más o menos personas, sin número determinado, aunque aparezca en la carta.
- Se envuelve usted constantemente con el abrigo de las buenas obras para enmascarar el sentido verdadero de varias partes de sus cartas, aunque esas frases sean bastante claras para destruir en usted, si reflexiona en ello, la esperanza de que sus respuestas estén en la tesitura de inducir a error sobre el verdadero sentido de las cosas indicadas.
- Nunca tuve el deseo de engañar a nadie.
- Le instamos una vez más a declarar quién es la persona indicada en su correspondencia con el nombre de buena señora del Quai Saint-Jacques.
- Si el sr. Prefecto quiere prometerme no inquietar a esta mayor y pobre mujer, ausente de París en este momento, me ofrezco a conducir yo mismo a su casa a la persona que se me asignara, y se podrá juzgar que lo que he afirmado es exacto.
- Le reiteramos nuestra precedente petición y le aclaramos que con la autoridad no se hacen tratos.
- Desde que he cometido el error de hacer la petición enunciada en la respuesta anterior, me callo respetuosamente, poniendo a los pies del sr. Prefecto esta observación de que sentirá igual que yo que sería una desgracia añadir a la miseria de esta pobre mujer la pena muy viva en su estado, de ser inquietada, mientras se halla en una perfecta ignorancia de todo lo que haya sucedido anteriormente.
- Le preguntamos también quién es su amigo que estaba de viaje y que llegó en agosto pasado.
- Ya contesté ayer que nunca lo nombraré.
- ¿Qué personas señala usted en su carta? Se ve que dice usted al sr. Lafon que le da las gracias en nombre de su jefe y de su primer hombre de negocios por lo que él, el sr. Lafon, ha hecho. Y añade usted: «Este viejo Denis le está infinitamente obligado y me encarga que se lo diga».
- El sr. Inspector general puede fácilmente imaginar que, sea la que sea la respuesta del sr. Lafon, soy yo solo el que comprende bien el chiste que quise hacer. Ayer dije que el jefe del que hablaba es Dios, con el que no tengo comunicación directa y que no me ha dado, como tampoco el otro personaje, su pretendido primer hombre de negocios, poder para dar las gracias de su parte.
- Le preguntamos aún quiénes son las personas que usted ha designado como el primer hombre de negocios y el viejo Denis.
- En mi chiste estas dos personas son solo una misma persona, cuyos sentimientos interpretaba también gratuitamente. Y aquí pretendía hacer un chiste sin fundamento sobre el papa.
- Según sus conocidos principios, no se puede creer que usted haya tenido la intención de hacer un chiste sobre el papa. Diga, pues, que su correspondencia directa o indirecta con él le había procurado la ocasión de expresarse como lo ha hecho usted en su carta al sr. Lafon.
- Declaro solemnemente que jamás he tenido el honor de acercarme al trono del papa más que en el momento en que vino a esta ciudad para consagrar al Emperador; que incluso entonces nunca le dirigí la palabra y que no le he visto más que una vez en sus dominios y jamás he tenido directa ni indirectamente la menor correspondencia con él.
- Así que usted lleva a error a los miembros de la congregación de Burdeos, ya que según lo que les escribió por medio del sr. Lafon consta que usted se comunica directa o indirectamente con el papa. Su conducta para con los congregantes de Burdeos los ha puesto en ocasión de darle las gracias más de una vez. Tenemos ahora en nuestra mano un documento escrito por el sr. Lafon, que es el original de una carta que él le dirigió. Le dice: «Su jefe me tendrá en cuenta la preocupación que me tomo. Ruéguele a menudo que me tenga presente en su recuerdo. ¿Cómo puede ser que el viejo Denis

haya pensado en mí? ¡Ah, si supiera cuánto le quiero, cuánto lo respeto, cuánto me intereso por el éxito de sus asuntos, me amaría todavía más! Si alguna vez le puede usted hablar de mí, dígame que mi fidelidad será inviolable y que nada en el mundo podrá separarme de su servicio». Y añade: «Estoy muy asombrado de que la procuración que le pedí a usted no se pueda obtener. Desearía que este proceso no fuera largo, pero el deseo que tengo me inspira vivos temores». Le hacemos ver también que esta carta se la escribió a usted el sr. Lafon y que esta copia está escrita de su mano, reconocida y firmada por él y que lo que él ha confesado en su interrogatorio no deja ninguna duda al respecto.

–El sr. Lafon tiene derecho a responder de lo que él ha escrito; conoce mejor que nadie sus ideas, sus intenciones, sus esperanzas reales o falsas, así que pudo responder mejor de lo que podría hacerlo yo e interpretar su carta de la que yo tengo solo un vago recuerdo.

–Su respuesta no es edificante, y tiene un carácter que la hace incluso ridícula. Le hacemos ver que el sr. Lafon no se meció en vanas esperanzas, que tuvo total confianza en todo lo que usted le había escrito y dicho, así como en la promesa que le había hecho usted de que le haría llegar los poderes generales del papa para gobernar la Iglesia, que es el conocimiento que él deseaba tener de esos poderes lo que le llevó a pedirle esa procuración prometida por usted. Tal es la confesión realizada por el sr. Lafon en el interrogatorio que sufrió el 5 del presente.

–No quiero aquí perjudicar lo más mínimo al sr. Lafon, pero el sr. Inspector general comprenderá fácilmente que el sr. Lafon fue, no sé cómo ni por qué, gravemente inducido a error. Me parece que hubiera sido ridículo, y lo digo solo para el sr. Inspector general, que, aunque hubiera tenido yo la forma que no tenía de comunicarme con el papa, confiara el cuidado de la Iglesia al sr. Lafon.

–Comprendemos muy bien, como el sr. Lafon convino, que la procuración de que se trata no debía quedar en sus manos. Explíquese sobre ello.

–Como aquí se trata de conjeturas, me es imposible seguir todas las que el sr. Lafon haya podido hacer. Pero lo que sí puedo declarar con sinceridad es que jamás tuve ninguna idea sobre este punto.

–Hemos presentado al sr. Lafon un volumen in-8 titulado: *Correspondencia auténtica de la Corte de Roma con Francia desde la invasión del Estado romano hasta el secuestro del Santo Padre*. El sr. Lafon nos contestó que usted le envió a París el manuscrito de esta obra con el mismo título. Añadió en otra parte de ese mismo interrogatorio que también usted le envió a Burdeos otro ejemplar de ese mismo manuscrito en formato in-8 de unas dos pulgadas de grosor y con el mismo título; que es el volumen que usted le había anunciado en su carta y cuya encuadernación le recomendaba usted tanto que cuidara.

–Respondo: 1º que el sr. Lafon anunció algo contrario a la verdad si dijo que los documentos que le envié a París tenían cualquier título. Estaban escritas en caracteres bastante gruesos y contenidas en unas 20 a 25 páginas in-folio más o menos semejantes a las que fueron embargadas en casa del sr. Beaumes y comenzaban con ese único título en lo alto de la página in-folio: *Notificación ...* y consistían en documentos numerados del 1 al 23; 2º atestiguo que jamás le he hecho el envío in-8 de que se habla. No sé de dónde se lo han podido dirigir ni cómo ha podido atribuírmelo. Solo le hice un último envío de 7 u 8 documentos entre los últimos, y esos documentos con los primeros en número de 23 son los únicos que de mí ha recibido.

–Su respuesta no parece exacta, ya que la confesión que nos hizo el sr. Lafon del envío del manuscrito que usted le hizo llegar a Burdeos está de acuerdo con la carta que le escribió usted y que está en mis manos con el nº 22, en la que usted le avisa del envío de dicho volumen.

–Declaro de la forma más solemne que de todos los cargos personales que se me hacen no callaré una sola palabra; que aquí solo es importante para la exactitud de la verdad –la que estoy siempre dispuesto a declarar al sr. Inspector general– que yo diga que los documentos antes citados son los únicos que yo le envié, aun cuando el sr. Lafon

- hubiera sospechado, por los diversos anuncios que le hice de una sola y misma cosa, que otros envíos que le hicieron habían sido hechos por mí.
- Le conminamos aún a explicarse francamente y a indicarnos la persona a la que el sr. Lafon debía entregar la procuración, es decir los plenos poderes del papa. Le aclaramos que el sr. Lafon, en su interrogatorio, dijo que, según usted, este documento debía ser entregado al sr. arzobispo de Burdeos.
  - Quisiera de todo corazón poder atestiguar los mismos hechos que el sr. Lafon. Él pudo ilusionarse con esta idea, pero yo nunca la tuve.
  - Tenemos que hacerle saber también que el sr. Lafon, en su interrogatorio, reprobó duramente las expresiones injuriosas y criminales de que usted se sirvió en la carta que le dirigió el pasado 3 de septiembre, hablando de la sagrada persona de Su Majestad Emperador y Rey.
  - Yo mismo uní respetuosamente mis sentimientos a los del sr. Lafon, y deseo añadir que, si se ve un exceso escandaloso en las denominaciones, era solo para encubrir estas frases con un misterio más profundo por el indescifrable ridículo de esas expresiones y denominaciones que están muy lejos de poderse atribuir a aquellos a quienes yo mismo rehusaría atribuirlos. Ya dije en las expresiones de mi declaración de ayer que lo lamento profundamente y agradezco al sr. Inspector general la ocasión que quiere concederme para terminar hoy mi interrogatorio con la afirmación de que no pienso ninguna de las cosas que escribí, y que no las escribí así más que en un momento de irreflexión y desvarío, exagerando de forma indecente para hacerme indescifrable.

En la prefectura de policía estas declaraciones no satisfacían. Estaban persuadidos de que A. de Noailles había visto al papa y que dirigía toda una red de propaganda en su favor. Ese mismo día 7 de octubre Veyrat hizo comparecer de nuevo a Lafon:

- ¿Qué entiende usted en la frase siguiente del 8 de enero último al sr. de Noailles: «He leído a nuestros hermanos la parte de su carta que había que leer».
- Como en algunas cartas del sr. de Noailles, había algunas frases irreverentes, que contrariaban mis principios y que no tenían ninguna relación con las informaciones que yo le había pedido sobre el estado de la Iglesia, mi prudencia y mi caridad no me permitían darlas a conocer.
- ¿Cuáles son las frases de las que creyó usted conveniente guardar el secreto ante sus hermanos de la congregación?
- De todas aquellas que no tenían ninguna relación con los documentos que debía enviarme procedentes del papa.
- ¿Son las frases de las cartas que le envió y que eran injuriosas y criminales dirigidas directamente contra la persona sagrada de Su Majestad el Emperador y Rey, las que usted creyó deber suprimir y no dar a conocer a los congregantes?
- Sí, señor; son las frases relativas a la persona de S. M. el Emperador y Rey las que creí que no debía comunicar, porque son contrarias al respeto que la religión nos manda tener para el Jefe del Estado.
- Sin embargo vemos por su carta del pasado 2 de agosto que usted difundió y publicó con entusiasmo y haciendo un gran elogio a favor del papa todas las cartas sobre el tema que el sr. de Noailles le había hecho llegar.
- Había una exageración en la forma en que hablé de estos documentos al sr. de Noailles; y lo hacía con la intención de comprometerle a hacerme llegar todo lo que pudiera aparecer al respecto.
- En su carta de veintinueve de agosto último, después de acusar recibo de los diferentes documentos referentes al papa, comunica usted al sr. de Noailles que está usted bastante contento de sus negociantes de Burdeos; que a casi todos los ha visto, que le inspiran la mayor confianza, pero que son débiles, cobardes, sin energía en su parte del negocio; que no se atreven a emprender nada, que usted les ha comunicado sus ideas; que las adoptan, pero que en la práctica es otra cuestión; que usted es vivo, emprendedor e incluso ardiente; y usted querría que le secundasen.

- Sin embargo añada usted que todo eso supera sus esperanzas. Denos usted una explicación sobre este párrafo.
- Con eso quise decir que había hecho sentir a varios la necesidad de hacer imprimir, con las explicaciones necesarias, el dispositivo de la bula, para probar que ni el jefe del gobierno, ni sus miembros habían caído bajo las censuras. Deseaba hacerlo para tranquilizar las conciencias, y para el descanso público. Varios me aprobaban en particular, pero en la práctica nadie quería actuar, y por eso les llamé cobardes, etc.
  - Esta respuesta no puede en modo alguno aplicarse a la parte de su carta que acabamos de transcribir. Después de hacer un elogio extremado de los documentos que recibió relativos al papa; después de haber dicho que habían producido el mayor entusiasmo, porque estaban bien escritos y que todas las cuestiones se trataban allí con fuerza y vehemencia, que fueron admiradas por las 30 personas reunidas alrededor de una mesa, que tuvieron la paciencia de leer todo, de extractarlo todo e incluso de transcribirlo (carta del 2 de agosto); esta forma de expresarse no anuncia la intención que dice usted haber tenido de explicar dichos documentos haciendo imprimir observaciones.
  - El hecho que anuncié es exacto: en la correspondencia de la corte de Roma y en la Bula hay gran número de documentos aptos para asegurar al gobierno francés el respeto y la obediencia que se le deben. Por ejemplo, en la correspondencia de la corte de Roma, se ordena por el papa a todos sus nobles súbditos que sean obedientes al nuevo gobierno, y en las disposiciones de la bula, manda respetar a las personas y sus prerrogativas. Por consiguiente, aunque yo haya podido hablar con exageración de esta correspondencia, no es menos verdad que en la última cuestión he tenido siempre la intención de hacerla imprimir con las anotaciones dichas.
  - Si su conducta era tan pura, tan regular, ¿qué motivo podía llevarle a envolver todas sus operaciones en un misterio extraordinario, pues en su carta del 29 de agosto pasado encontramos estas palabras: «En lo referente al artículo de mi comercio, le ruego que tenga la mayor discreción. No confíe ninguna de mis operaciones. Ni en caso de enfermedad quisiera señalarle a quien sea, porque es raro encontrar hombres lo bastante reservados y sobre todo bastante valientes para correr los riesgos del azar en un tiempo en que los ingleses bloquean todos nuestros puertos.»?
  - Quise emplear el misterio y servirme de temas enigmáticos para recibir con seguridad los documentos de Roma que el sr. de Noailles me había prometido. Cuando dije que no había que confiar a nadie el objeto que tratamos es porque, en efecto, la mayoría de las personas son cobardes, tímidas e imprudentes. Lo que avanzaba es tan verdad que, si se me consiente, por el bien público, daré al público el dispositivo de la bula, impreso con las anotaciones de que he hablado.

Veyrat no pidió más. Jamás se había mostrado aún Lafon tan imprudente. En este diácono se encerraba un aventurero. Como atestigua el marqués de Puivert, que fue uno de sus compañeros de cautividad,

tenía principios y un celo muy ardiente, pero una mala cabeza, mucha ambición y un amor propio excesivo.

Morirá como simple párroco de Gensac, pero persuadido de

que sus servicios a favor de la causa real le daban derecho a un puesto relevante en el clero.

Sea lo que fuere, la investigación no llevaba lejos. Los individuos detenidos habían contribuido a extender el texto de la bula. Las mismas congregaciones nada tenían que ver con ello. Todo lo que se les podía reprochar era ser una ocasión de encuentro para los que

formaban parte de ellas. La misma queja se podía formular contra los oficios religiosos de las parroquias.

El asunto Noailles-Lafon habría tenido que ser archivado. Al menos, porque una ley del Imperio decía que toda persona detenida debía ser llevado ante un tribunal en diez días, A. de Noailles, Lafon y los demás debían haber sido juzgados. Pero por encima de la ley, Napoleón había organizado la Policía Superior.

#### 4. Un hogar de fanatismo

El Emperador estaba en Schönbrunn esperando la conclusión de las conversaciones entabladas con Austria tras el armisticio de Znaim. Le impacientaba la lentitud de las negociaciones. Le exasperaba la evolución de la situación en España. Fouché le inquietaba y los otros ministros le desconcertaban por su falta de iniciativa. La inesperada resistencia de Pío VII le molestaba y le irritaba.

Al enterarse de las primeras detenciones realizadas por Dubois, al principio reacciona solo con una cierta moderación:

El prefecto de policía –escribe a Fouché el 15 de septiembre– me ha enviado un informe sobre unos individuos a los que ha hecho arrestar, entre los que se hallan comprometidos varios «inválidos». Parece que en las conferencias que se tienen en Saint-Sulpice, los sacerdotes se portan mal, incitando a la santurronería. Es conveniente que insinúe usted a los vicarios de París<sup>1</sup> que, si las conferencias tienen lugar, las retrasen hasta el Adviento y, en ese intervalo, hacerles comprender bien que no quiero tolerar más esas conferencias. Si no se continúan, aconsejadles inmediatamente que no las dejen renovar, porque no entiendo que sigan teniendo lugar. Le he escrito también que no quiero misiones, ni francesas, ni extranjeras.

Desde 1807 Napoleón se había interesado por las conferencias, de una hora de duración, que el abate Frayssinous daba cada domingo a la salida de la misa, ante tres o cuatrocientos jóvenes. Le había pedido a Portalis:

Hágame conocer quién es el cura que predica en Saint-Sulpice, su edad, sus opiniones, sus talentos.

El ministro de Cultos había respondido:

Lo cierto es que el abate Frayssinous hace un gran bien. Jamás ofende a nadie en sus discursos; es tolerante sin indiferencia; lanza semillas de orden y de moralidad en las jóvenes cabezas a las que una educación revolucionaria había hecho extrañas estas ideas; consigue hablar de religión y hablar sin aburrir a hombres que ni siquiera aparecen en nuestras iglesias y que desdeñarían un sermón.

Entonces este testimonio salvó al abate Frayssinous. Pero ahora Portalis había muerto y el emperador había olvidado sin duda lo que le había dicho del conferenciante de Saint-Sulpice.

Por otra parte, a propuesta de Dubois, Fouché ya había tomado la obligación

de mandar al abate Frayssinous que no volviera a reiniciar sus conferencias en la época en que es costumbre hacerlo, y que en adelante suprimiera esas conferencias, como punto peligroso de reunión.

---

<sup>1</sup> Se trata de los vicarios generales.

#### Le responderá Napoleón el 24:

Apruebo con claridad la decisión que ha tomado usted de prohibir al abate Frayssinous continuar sus conferencias. Ya le he escrito que mi intención era no permitir ninguna reunión. Quiero la religión en mi casa, pero no deseo convertir a nadie. Acabo de borrar del presupuesto de culto los fondos que había concedido para las misiones extranjeras. Escriba a los prefectos, comisarios generales de policía e incluso a los comandantes de la gendarmería que vigilen para que nadie predique en otro lado que en las iglesias, y que solo sean los sacerdotes, con autorización del obispo, los que tengan esta facultad. Pero no quiero ni afiliados a asociaciones, ni misioneros, ni predicadores ambulantes en mis Estados. Vea al ministro de Culto para que los misioneros sean colocados como párrocos y coadjutores en las parroquias.

Entre tanto, Napoleón había recibido del prefecto y del ministro nuevos informes, anunciándole el arresto de Noailles, de Justus y de Giresse, y poniendo bajo sospecha la congregación de Burdeos.

¡Burdeos! No había ciudad más sospechosa que esta para el emperador. Siempre había sido un foco de oposición realista. El rechazo del catecismo imperial, el torpe sermón del abate Anglade en diciembre precedente, unas frases de un decreto de mons. d'Aviau antes de la primera campaña de Austria, eran otros tantos hechos que habían indisputado a Napoleón y que todavía no había olvidado.

Recibo –escribe febrilmente a Fouché el 23– informes del prefecto de policía sobre cierto número de intrigantes que parecen unirse siempre a un complot que los beatos parecen tramar en Burdeos. Deme a conocer quiénes son los individuos de que se trata en estos informes.

#### Nueva carta el día 26:

24 horas después de haber recibido la presente orden, hará usted partir al sr. A. de Noailles, que está comprendido en esta cábala de monaguillos, para que vaya a Viena, junto a su hermano a servir como teniente. Testimoniará usted a sus padres lo enojado que estoy por ver a ese joven tan mal educado y entregado a la beatería, que el aire del regimiento le hará bien y le hará despertar rápidamente de esa locura mística.

La madre de Alexis de Noailles había muerto en el cadalso durante la Revolución y su padre había sido muerto en el mar en 1803, así que no había muchas dificultades que vencer por parte de sus padres. El joven conde fue conducido ante el ministro de la policía. Quizá fue entonces cuando, informado de la suerte que el emperador le asignaba, pronunció esta frase que se recuerda de él: «Haga más; ordene que me lleven con la soga al cuello». Lo que es seguro es que, aunque se le comunicó la orden de partida, el ministro concedió una demora, porque la investigación no había terminado y un confidente pedía ocho días para hacerse con

el hilo de una verdadera conspiración contra el Estado y la seguridad de Su Majestad.

No habían pasado dos días cuando llegaba de Schönbrunn una contraorden: Decía el emperador:

Recibo su boletín y veo que el sr. de Noailles es muy culpable. Deténgalo hasta nueva orden. ¿Pero quién es el que atonta de tal modo a la juventud? Los padres tienen mucho que reprocharse.

Con fecha de 28 de septiembre, el mensaje debió llegar al Hotel de Juigné<sup>2</sup> más o menos en el momento en que Lafon llegó de Burdeos a París, hacia el 5 de octubre. El 15, el emperador, que por fin había firmado el tratado de Viena, volvía a Francia. El día 26 detenía su carruaje ante el castillo de Fontainebleau. Ese mismo día convocaba al archicanciller y, cara a cara, los dos hombres hicieron juntos una panorámica de la situación.

Se trató naturalmente de los asuntos religiosos, del papa, de las reacciones que su secuestro y la excomunión habían planteado en todo el país, pero especialmente en París y en Burdeos. Al día siguiente, Maret dirigía la siguiente carta a Fouché, hecho duque de Otranto:

Señor duque:

Tengo el honor de recordar a Vuestra Excelencia el deseo manifestado por Su Majestad de que haga usted conocer a los prefectos, con una circular de media página, lo que acaba de suceder sobre las congregaciones, la intención de Su Majestad de que ninguna asociación se reúna en las iglesias, que no deben consagrarse más que a la oración y donde solo los sacerdotes pueden ejercer funciones, y de la necesidad de disolver esas asociaciones y de requisar sus papeles. Su Majestad juzga conveniente que comunique usted de inmediato esta circular al ministro de Cultos, quien, por su parte, hará conocer a los obispos que Su Majestad no puede tolerar abusos tan contrarios a los verdaderos intereses de la religión.

Como nota E. d'Hauterive,

a partir del momento en que se cortaron los puentes entre el emperador y el papa, Fouché, que no busca todavía la caída del poder imperial, modifica su política, ya que había estado antes demasiado cerca del santuario como para no conocer la extremada fuerza de resistencia que la Iglesia saca de la seguridad de su perpetuidad y de su triunfo final.

Atenúa, en la medida de lo posible, la ejecución de las instrucciones que Napoleón le dicta. No había puesto mucha prisa para secundar a Dubois en el asunto Noailles-Lafon. Tampoco se apresura en enviar la circular exigida. No estuvo preparada hasta el 3 de noviembre. Decía el duque:

Le llamo la atención sobre las asociaciones místicas que se establecen de diversas maneras. He hecho detener en París y en Burdeos a los principales miembros de esas asociaciones, llamadas congregaciones del culto a la Virgen María. Se reunían en iglesias y, después de algunas prácticas de devoción, se dedicaban a temas totalmente ajenos a la religión. El examen de sus papeles me ha hecho conocer que buscaban extender sus afiliaciones a otras ciudades y que para ello mantenían correspondencia con jóvenes sin experiencia, juguete de algunos bribones intrigantes.

Estas asociaciones son contrarias tanto al buen orden como a los verdaderos intereses y al espíritu de la religión. Le encargo de velar para que ninguna reunión de esta naturaleza tenga lugar en las iglesias, que deben estar consagradas solo a la oración y donde solo los sacerdotes pueden ejercer funciones. Disolverá usted sin dilación las que pudieran existir en su departamento; requisará sus papeles; y me dará a conocer en particular a sus miembros.

Le informo, señor, de que daré a Su Majestad cuenta muy circunstanciada de la forma en que esta orden se cumpla.

Su Majestad tenía la media página que había deseado.




---

<sup>2</sup> Sede del Ministerio de la Policía (N.E.).

Desde el 10 de septiembre de 1809, la congregación de París había suspendido sus reuniones. La de Burdeos no había cambiado nada en sus costumbres, ni siquiera después de la detención de Lafon. El P. Chaminade sabía que la policía local vigilaba de cerca de su asociación y, como no se le podía reprochar nada, no había querido dejar que se creyera, por ninguna medida, que tenía que temer.

El 7 de noviembre escribe a la srta. de Trenquelléon y su carta, aun calificando los acontecimientos de muy graves, muestra que no ha cortado nada de su actividad anterior:

Soy muy sensible, mi querida hija, a su solicitud por saber noticias de mi salud; si ando muy retrasado para usted y sus queridas hermanas, no es precisamente por razón de enfermedad, aunque desde hace algún tiempo mi salud está trastornada. Me retrasaba en primer lugar con la intención de enviarle un directorio propio para cada una de las oficiales; así llamamos a la instrucción destinada a cada oficial. Surgieron luego asuntos muy graves, y después los retiros que tengo la costumbre de dirigir durante el tiempo de vacaciones.

Empiezo a expedir lo retrasado y me vuelvo primero hacia la tercera división, que llevo tan en el corazón. Todas las noticias que de ella he recibido directa o indirectamente las he comunicado a las dos primeras divisiones. La exposición de vuestros sentimientos sobre el desprecio del mundo, de sus vanidades, de sus adornos, a menudo de su indecencia en sus modas, no puede ser más que útil en nuestras asambleas, con tal de que no aparezca ninguna afectación. Tenéis ocasiones, cuando me habla usted por ejemplo de alguna nueva afiliada. Habría tenido una muy buena cuando me anunciaba la muerte de la srta. Aminthe Motier. La he recomendado a las oraciones de la congregación y he indicado oraciones especiales durante tres días.

Hablando de su carta, en una asamblea pusimos en cuestión si verdaderas cristianas debían alegrarse o entristecerse por la muerte de sus amigas fallecidas en el amor de Dios. Nos parece que cuanto más amigas fueran, más debían alegrarse. Pienso que también es ese el sentimiento de la tercera división. Podría usted, sin embargo, consultar tranquilamente a cada uno de sus miembros, dirigiéndose a las oficiales de las fracciones. Y luego me podría usted hacer un resumen de sus opiniones y de los motivos que las apoyen. Que el retraso en las consultas no impida que me escriba mientras tanto, sobre todo lo que le pudiera interesar, pero nunca, querida hija, nada relativo a las noticias. Si yo me diera cuenta de que usted y sus piadosas compañeras tienen algo más que hacer que rezar, tomaría precauciones para instruir las.

Debió recibir los 4 *Manuales del Servidor de María* que hice enviar. He sacado también la pequeña orden de pago por los 15 francos que me anuncia, así como por los manuales...

Habían pasado dos meses desde la detención de Lafon. Parecía haber vuelto la calma, cuando el 17 de noviembre, según la circular de Fouché, dos comisarios procedieron a un registro en el domicilio del P. Chaminade y requisaron los papeles que cayeron en sus manos. Por la tarde, el director de la congregación era convocado ante Pierre Pierre, quien al día siguiente envió a París un informe en los siguientes términos:

Hoy diecisiete de noviembre de mil ochocientos nueve, ante mí, comisario general de la ciudad de Burdeos, ha sido introducido por los señores d'Olhéguy y Boyer, comisarios de policía, el señor Guillermo-José Chaminade, canónigo honorario, capellán de la iglesia de la Magdalena, instituido como oratorio de ayuda, al que hemos presentado los papeles encontrados en su domicilio esta mañana por los dos comisarios antedichos, que los habían sellado en su presencia. Y después de que dichos sellos han sido encontrados sanos e intactos por dicho sr. Chaminade, hemos roto los sellos ante él y hemos procedido a un examen sumario, al final del cual el sr. Chaminade nos ha invitado a realizar un inventario, haciéndonos la observación de que

entre esos papeles había algunos que pertenecían a su secretario, el sr. Davasse. Estos últimos los hemos puesto en un sobre distinto y hemos metido luego todos los papeles en una caja que hemos sellado firmándola, así como el sr. Chaminade, puesto que nuestras ocupaciones no nos permitían proceder de inmediato al inventario pedido. Después de lo cual hemos procedido al interrogatorio del sr. Chaminade así como sigue:

—¿No es usted director de una asociación religiosa llamada Congregación del culto a la Virgen María? ¿Se reúne esta asociación en la iglesia de la Magdalena, calle Lalande? ¿Tiene oficiales nombrados por usted o por ella? ¿Cuál es su finalidad?

—Soy director de dicha congregación, que se reúne en la iglesia de la Magdalena, calle Lalande, cada domingo y fiesta de guardar, al caer la tarde, y siempre públicamente. Esta congregación tiene oficiales nombrados por ella, a saber, un prefecto y dos jefes de división. El actual prefecto es el señor Patrice Lacombe, comerciante, calle Poitevine. La finalidad de esta asociación es reunir por medio de estas asambleas a un gran número de jóvenes, sean congregante o extraños, en las horas en que más desocupados están, y llevarlos a la virtud.

—¿No hay una reunión semejante de chicas? ¿Quién es el director o directora?

—Efectivamente hay otra congregación de chicas, de la que también soy yo el director. Sus reuniones son a otras horas y no tienen ninguna comunicación ni relación con la primera. Las asambleas son siempre públicas y tienen la misma finalidad.

—¿Podría usted dar la lista de los congregantes de uno y otro sexo, o las únicas que existen son las de los informes que he visto recorriendo hace un momento sus papeles y que actualmente se encuentran selladas? ¿Tienen estas congregaciones *Estatutos y Reglamentos*? ¿Puede usted mostrarlos, y están aprobados por el sr. arzobispo?

—Creo poder hacerlo, con tiempo e investigación. Pienso que los diferentes oficiales pueden tener en sus manos listas de una u otra congregación y que, por lo tanto, las listas de informe que se hallan entre mis papeles puestos bajo sello no son las únicas que existen. Las congregaciones no tienen ni estatutos ni reglamentos, sino solo usos que un gran número de congregantes observan sin obligación. El señor arzobispo solo conoce la existencia de estas congregaciones.

—¿Puede usted darme el nombre de los dos jefes de división de la congregación de las señoras?

—Los dos jefes de división son los señores Goudelin, instructor de los sordomudos, y Lemathe, impresor, que vive donde el Sr. Pinard, calle de Lauriers. Para las señoras, la señorita de Lamourous es la Madre. En este momento no recuerdo el nombre de las otras oficiales.

—Estas dos congregaciones, sobre todo la de hombres, ¿tienen afiliación con alguna otra congregación del Imperio?

—No tienen ninguna.

Y no ha sido interrogado más.

Habiéndosele leído la presente acta e interrogatorio, afirma que contiene la verdad y, antes de firmar, le hemos declarado que las dos congregaciones de las que es director quedan desde este momento disueltas en ejecución de las órdenes de Su Excelencia el Senador ministro de la policía general del Imperio, y que en consecuencia no deberá convocarlas más ni hacerlas convocar.

A lo que el sr. Chaminade nos ha contestado que accedía a ello, pero haciéndonos ver que en la Magdalena se reunían un gran número de niños que han hecho todos su primera comunión, con el fin de formarlos en la virtud y mantenerlos en los sentimientos piadosos de su primera comunión; que en consecuencia pedía que no viéramos estas reuniones de niños como dependientes de las congregaciones.

Le hemos replicado que provisionalmente esta reunión de niños podía seguir, hasta nueva decisión de Su Excelencia el senador ministro, al que daríamos cuenta de ello.

Y el citado sr. Chaminade ha firmado conmigo debajo de cada página.

Una carta del comisario general Pierre Pierre acompañaba el texto del interrogatorio:

Su carta del 3 de este mes, que no recibí hasta el 13, ha suscitado mi atención. Según los deseos de Vuestra Excelencia, he hecho requisar por los señores d'Olhéguy y Boyer, comisarios de policía, los papeles del sr. Chaminade, sacerdote y director de la congregación del culto a la Virgen María. Aún no he podido recorrer sino rápidamente los objetos guardados bajo sello. He encargado especialmente su examen a los sres. d'Olhéguy y Boyer, y tendré mucho cuidado de dar cuenta exacta a Vuestra Excelencia. Antes me había entrevistado con el sr. prefecto, que había recibido un encargo semejante de Vuestra Excelencia. He hecho sufrir al sr. Chaminade un interrogatorio, del que tengo el honor de trasmitirle una copia.

Notará, monseñor, que he disuelto las reuniones de esta congregación, y tendré cuidado de mantener la ejecución de las órdenes de Vuestra Excelencia al respecto.

Esta asociación, establecida desde el concordato, se había extendido mucho en Burdeos. Incluso ha suscitado en diferentes ocasiones las reclamaciones de los sres. párrocos, que se quejaban de que este establecimiento iba contra las reuniones de fieles en las iglesias parroquiales. Recibía limosnas o cuotas de sus afiliados para el mantenimiento de la institución y otros gastos llamados piadosos. Además esta asociación era un verdadero foco de fanatismo. Durante mucho tiempo he tenido un agente particular que se hizo congregante para servirme mejor; pero su ausencia y sobre todo la excesiva disminución de mis gastos secretos no me han permitido seguir con tanto cuidado estas reuniones. El sr. Chaminade me mostró su sorpresa cuando le di detalles circunstanciados y particulares en un diario que tengo de las sesiones de esta asociación. Podría comunicarlo a Su Excelencia si lo juzga conveniente. Se remontan al año xi y son bastante curiosos.

La reputación de la congregación del culto a la Virgen María ha absorbido el conocimiento de las demás asociaciones religiosas. Sin embargo, voy a asegurarme de su existencia y las disolveré si tienen las características indicadas en sus instrucciones.

Redoblaré mis esfuerzos en esta circunstancia, monseñor, para justificar la confianza de Su Majestad y la de Vuestra Excelencia.

Sin dejar la pluma, el comisario ponía al prefecto de la Gironda al corriente de sus operaciones y este, el barón Gary, se apresuraba a informar, también él, al ministro de la policía general. Anunciaba como descubrimiento sensacional que entre los papeles del P. Chaminade se hallaba

la lista de los habitantes adheridos a esta congregación y también noticia de los fondos entregados por todos los que eran miembros de la misma.

Se estaba ocupando de examinar estos papeles; el resultado sería transmitido pronto con un informe que el comisario general prometía para una fecha próxima.

Ya el día 15 el mismo prefecto había advertido a Fouché que no creía que en su departamento hubiera congregaciones en otro sitio además de Burdeos, pero que había ordenado a los subprefectos disolver las que pudieran existir. Y como prueba de vigilancia, había añadido:

Dos jóvenes eclesiásticos del seminario de Bazas parece que formaban parte de esta agregación. Hace unos dos meses he obtenido del sr. arzobispo de Burdeos que los expulsaran.

## 5. Hasta el final...

¿Podía todavía salvarse la congregación de la Magdalena? El P. Chaminade lo creyó así por algún tiempo y no desaprovechó ningún medio para obtener que se retirasen las medidas tomadas.

El 21, tres días después de las pesquisas, dirigía al comisario Pierre, aunque a intención del ministro de la policía, un memorial que titulaba *Notas sobre la congregación, presentadas por el Sr. Chaminade, canónigo honorario de la Iglesia de Burdeos*. La exposición, sencilla y concisa, no carece de habilidad. Comienza poniendo de relieve el carácter público de la asociación:

Se tendría una idea falsa de esta reunión, si se la juzgara según otras del mismo nombre que se han formado en otros tiempos, y que no tienen en común con ella más que algunas denominaciones.

La de Burdeos se formó antes del concordato, cuando la religión estaba aún bajo una especie de proscripción; sus ejercicios no comenzaron sino después de haber advertido a la autoridad local, y además se realizó la sumisión al Sr. Portalis, ministro de cultos, por el vicario general de la diócesis.

La publicidad que desde su nacimiento se dio a la congregación es así una primera garantía de que no había ni en sus medios, ni en su fin, nada contrario a los intereses del gobierno.

Sigue la demostración de la tesis por el enunciado del fin y de los medios:

Su objetivo fue preservar a los jóvenes de la corrupción del vicio, y sacar a los que habían tenido la desgracia de caer en él. Como medios se imaginó el tener asambleas los días de fiesta, en las horas en que de ordinario los jóvenes están más ociosos. Eran públicas, y no han dejado de serlo.

Se llenaban con discursos, diálogos o disertaciones sobre algunos puntos de religión o de moral.

La organización aleja toda posibilidad de abusos.

El que llevaba el título de prefecto y sus dos asistentes no tenían otra misión que mantener el orden y la decencia.

La asistencia a estas asambleas así como a algunas prácticas religiosas ha sido siempre libre.

El eclesiástico que llevaba el título de director no ejercía sobre esos jóvenes otra autoridad que la que nace de la confianza. Su carácter conocido, sus principios moderados, su conducta en todas las circunstancias de su vida, sea durante la Revolución o después, eran por otra parte una garantía para la autoridad.

La conclusión que se impone tras este examen puede ser confirmada por la misma policía.

Si se considera la congregación en sí misma, o en sus prácticas de piedad, o en sus asambleas, no se hallará nada que pueda hacer temer ni la exaltación en las ideas religiosas, ni la relajación en el respeto y la sumisión a las leyes y a sus depositarios. Nueve años de una existencia irreprochable ahorrarían toda otra prueba, pero tenemos la confianza de invocar aquí el testimonio del sr. comisario general de policía, cuya vigilancia, siempre activa, para todo lo que interesa al gobierno o a las costumbres, tiene siempre el ojo abierto sobre esta institución.

Pero hay más: si no es peligrosa, sería útil:

No solo no ofrecía nada peligroso sino que, al contrario, era de una utilidad indiscutible para mantener las buenas costumbres, por la reforma que introducía entre los jóvenes. Que el gobierno se digne consultar a las autoridades locales y se convencerá de que ninguna institución ha hecho mayor bien bajo este concepto. En las instrucciones religiosas o morales que se daban a los jóvenes se inspiraban todos los sentimientos que hacen mejores hijos, mejores ciudadanos, mejores personas. Para cooperar al bien de esta juventud, algunos respetables padres de familia se habían unido a ellos y les ayudaban en sus mayores necesidades; así a menudo los arrancaban de la cruel alternativa de la miseria o el crimen.

Y las mismas consideraciones valen para las chicas.

Lo que decimos de los jóvenes podríamos, con mayor razón, decirlo de las jóvenes del otro sexo. La congregación ha sido para muchas de entre ellas, un modo de preservarlas de la corrupción. Su inocencia ha sido garantizada en medio de los obstáculos de que está sembrada esta gran ciudad.

Y el informe termina recordando los peligros que representa la supresión de la obra.

Por eso la supresión de la congregación acarrearía un notable perjuicio a la sociedad, por la utilidad que ella tenía para conservar las buenas costumbres entre la juventud. Privados de las instrucciones y de los buenos ejemplos que allí recibían, la mayor parte de lo que queda de los jóvenes virtuosos se corromperán por la holganza de los días de reposo, por la frecuentación de los libertinos, de los lugares públicos y peligrosos, por la misma miseria. Se verá aumentar la lista de escándalos e incluso de crímenes, y habrá que lamentarse por la pérdida de una institución querida por toda la gente de bien.

Las *Notas* se paran en esta perspectiva desoladora. La carta de envío, con otra tinta, curiosa en su género, es ciertamente la que uno puede dirigir a un policía terrible de lejos, tranquilizador de cerca:

Señor comisario general:

Noté que su corazón fue tocado por la rápida exposición que tuve el honor de hacerle sobre las enojosas consecuencias que conllevaría la supresión de la congregación.

Usted sabe que me sometí sin murmurar, y hubiera permanecido en silencio si, como testigo del bien que han realizado las reuniones de la juventud, no me hubiera invitado usted mismo a procurarle una pequeña memoria para hacerla ver a Su Excelencia el ministro de la policía general.

Su invitación atemperó la amargura de mi alma y me hizo esperar.

En las reflexiones que me tomo la libertad de dirigirle, no parezco hablar más que de la congregación de los jóvenes, porque usted ya tuvo la bondad de decirme que pensaba que el gobierno dejaría continuar la congregación de las jóvenes del otro sexo, y todo lo que puede uno decir de la primera se aplica, con mucha mayor razón, a la segunda. ¡Cuántos escándalos se han evitado desde hace nueve años!

¿Transmitió Pierre la memoria? Podemos dudar de ello, pues nunca se hace alusión a ella en la correspondencia posterior entre París y Burdeos.



Fouché, en su boletín del 24 de noviembre, insertó más o menos todo el informe que Pierre redactó el 17, así como las observaciones complementarias contenidas en la carta de envío. Al margen del mismo informe escribió:

Ha sido un error autorizar las reuniones de niños, porque es en sus parroquias donde estos niños deben reunirse para ser instruidos por sus párrocos.

Más lejos, ante las líneas en que el comisario se excusaba por no haber podido vigilar más a la congregación, añadió:

Sin embargo era uno de los primeros deberes de su puesto y este objetivo debía ciertamente ocuparle más que todas las tonterías con las que nos entretenía en sus informes.

En consecuencia, el consejero de Estado Pelet, jefe del segundo distrito de policía, fue encargado de dar una lección a su subordinado.

Sin embargo, este proseguía su encuesta, pero sin prisa.

El 28 convocaba al P. Chaminade para el día siguiente a las 10 horas, queriendo proceder en su presencia al inventario de los papeles requisados el 17; se retuvieron setenta y dos documentos. Había de todo: ocho cuadernos de notas destinadas a ser utilizadas en sermones, cartas recibidas, algunos escritos relativos a la congregación, incluso dos viñetas que, según el acta,

el Sr. Chaminade ha dichas (*sic*) que son conocidas bajo el nombre de Corazón de Jesús.

El 1 de diciembre, el infortunado director se dirigió de nuevo a Pierre. Trataba de mostrarle la inutilidad de guardar tales o cuales papeles encontrados en su casa; pedía al menos la autorización de procurar por escrito algunas aclaraciones sobre uno u otro número.

Entonces, en el momento de responder, el comisario recibió la carta de Pelet.

Señor, Su Excelencia el Senador ministro, me ha reenviado su carta del 18 de este mes, en la que usted le ha informado de la disolución de la congregación del culto a la Virgen María, dirigida por el Sr. Chaminade, canónigo honorario de Burdeos, en la que al mismo tiempo le ha transmitido usted el interrogatorio.

Debo hacerle observar al respecto que, siendo vista desde hace tiempo esta asociación como un foco de fanatismo y habiendo suscitado su existencia numerosas reclamaciones de personas animadas por una justa y razonable piedad, como usted mismo lo escribió en su boletín del 15 al 20, hubiera sido normal que me hubiera informado, igual que de las instrucciones que usted tenía que dar a sus agentes para saber lo que pasaba. Este objetivo era mucho más importante que los otros que me ha mantenido, ya que reclamaba rápidas medidas.

En cuanto a la reunión de los niños en la Magdalena, es en sus parroquias donde deben reunirse para ser allí instruidos por sus párrocos o coadjutores.

Sobre el sr. Chaminade y los otros jefes de la congregación, haga usted el favor de darme detalles personales sobre su conducta, sus opiniones, su grado de influencia. Tendrá también cuidado de hacerme conocer la finalidad real o presunta de esta asociación según los informes particulares que dice usted tener sobre lo que sucedía. Tenga pues la bondad de transmitirme todo lo que dice tener de curioso desde el año XI.

¿Qué impresión produjo en el funcionario imperial esta amonestación apenas velada? Es difícil decirlo con exactitud. No parece haberle estimulado mucho. Aunque Pierre Pierre transmitió al P. Chaminade la decisión ministerial sobre los niños, rogándole acuse de recibo y

atenerse a ella, aunque le declaró que ya no podía «tocar» los papeles requisados, se ofreció también a esperar «las observaciones al margen del inventario», hasta el martes siguiente, estando en sábado. Decididamente no tenía prisa. Además, si el asunto había sido enviado por Fouché al segundo distrito de policía, era señal de que no se trataba de hechos especialmente importantes.

Así pues, el P. Chaminade redactó sus *Observaciones*. Pero ya había escrito al abate Rauzan, que se hallaba en París, para estudiar con él la posibilidad de hacer intervenir al cardenal Fesch. Mientras esperaba respuesta redactó una nueva nota que hizo llegar al ministro de cultos el día 4, por medio del arzobispo.

Bigot de Prémeneu respondió el 14. Ignorando aún lo que había sucedido, había pedido al ministro de la policía que le comunicara la circular en virtud de la cual habían sido disueltas las congregaciones marianas, pero aceptaba totalmente los puntos de vista de su ilustre colega.

Le transmito una copia –decía al arzobispo–. Verá usted que en ello se trata solamente de reuniones que tienen una finalidad religiosa en apariencia, pero cuyos miembros, después de algunas prácticas de devoción, se ocupan, según los informes llegados a la policía, de temas totalmente ajenos a la religión. Puede usted fácilmente imaginar los motivos que en las presentes circunstancias han llevado a Su Majestad a hacer intervenir la acción de la policía para la disolución de estas asociaciones. Había que conocer con exactitud su número y su objetivo, examinar sus papeles, verificar si existía alguna correspondencia contraria a los intereses del Estado, lo que eran otras tantas medidas dependientes de las atribuciones de la policía.

Como en París sabían mejor que el arzobispo de Burdeos lo que sucedía en la congregación de la Magdalena, era inútil insistir. Además era la época en que el gobierno se ponía nervioso por no descubrir quién extendía la bula de excomunión.



Quedaba sin embargo el cardenal Fesch. El abate Rauzan parece haber respondido a los primeros sondeos aconsejando conseguir que mons. d'Aviau presentara a Su Eminencia una petición justificada. De ahí el plan de carta que el P. Chaminade sometió al arzobispo de Burdeos en los últimos días de 1809:

Monseñor:

Para ahorrarle la molestia de consultar las diferentes *notas* que he realizado con el fin de aclarar a sus Excelencias los ministros de cultos y de la policía general, y para coincidir con las miras del sr. Rauzan, me tomo la libertad que usted me da de poner ante su vista lo que creería conveniente exponer y pedir a Su Alteza Eminentísima. Así, monseñor, no tendrá usted más que suprimir, cambiar o añadir todo lo que aconsejen la amistad con que me honra y su sabiduría.

Y en primer lugar informo a S. A. E. del suceso que alarma a tanta gente de bien, la disolución de la congregación cuyos ejercicios se tenían desde hace más de nueve años, con tantos frutos y tanta tranquilidad. Su Em. no hará más que honor a la verdad asegurando que el eclesiástico a quien se daba el nombre de director jamás se ha mezclado en asuntos del gobierno más que para formar fieles súbditos y para enseñar los principios de respeto y de sumisión a la autoridad soberana y a sus representantes, etc.

1º- S.A.E. no se asombrará de que usted le pida que solicite el restablecimiento de la congregación tal como era, si le dice cómo es imposible suplir nunca el bien que ella hacía no solo a la religión, sino también al gobierno, que desde hace más de nueve años nunca ha tenido nada que reprocharle, que además desde su origen sus reuniones han sido siempre públicas, que los extraños han sido acogidos siempre con

sencillez en sus asambleas, que de ordinario había vigilantes de policía, que los abusos que el gobierno ha creído que podían introducirse en ella porque acaso se hayan encontrado en alguna otra congregación, son como imposibles en la de Burdeos, por su forma: nunca puede celebrarse ningún tipo de asamblea sin que el director esté presente; los errores que el gobierno ha encontrado en el sr. Lafon, congregante de Burdeos, son absolutamente personales e individuales suyos: ni la congregación, ni su director han entrado en nada ni para nada en sus relaciones o en su correspondencia.

2º- Si Su Majestad no quisiera echar atrás la orden de disolución de la congregación de los jóvenes, el sr. ministro de la policía podría, a petición de S.A.E., permitir las reuniones de niños. Entendemos por niños, los adolescentes que han hecho su primera comunión y tienen menos de 16 años. Las reuniones no son posibles en las parroquias, pues la experiencia lo demuestra demasiado. Sin la congregación, será muy difícil realizarlas y no producirán los mismos efectos, por la falta de los buenos ejemplos y de los motivos de emulación que encontrarían en la congregación: siempre trabajaré por preservar del vicio al mayor número posible.

3º- La congregación de personas del otro sexo ha sido disuelta al mismo tiempo; pero eso no es más que una extensión dada por el sr. comisario general a la orden que recibió de Su Exc. el ministro de la policía. S.A.E. podría al menos hacer volver a la orden a sus primeros límites y dejar continuar esta congregación que ha salvado a tantas chicas de la corrupción del vicio.

4º- Todos mis papeles, requisados por el sr. comisario general, están en la comisaría. S.A.E. podría con mucha facilidad hacer que se dé al sr. comisario general la orden de devolvérmelos. Han sido vistos y revistos. ¿Se ha encontrado en ellos otra cosa que la franqueza y la buena fe con la que dejé que cogieran todo lo que pudiera dar a conocer lo que siempre he sido?

El sr. Rauzan, que tiene el honor de estar cerca de S.A.E., podrá darle cuantas informaciones pueda desear.

Para más amplio desarrollo, podría usted unir a su carta las copias: 1º de la carta del ministro de cultos con la circular del ministro de la policía general al sr. comisario general; 2º de mis reflexiones para el ministro de cultos; 3º de mis notas para el ministro de la policía con la carta que yo escribí al sr. comisario general al enviarle esas notas.

Usted verá, monseñor, si podría añadir aún, como reflexión, que usted no pediría el restablecimiento de la congregación de Burdeos si no se enunciara un motivo que no es de aplicación a esta, que Su Majestad tendría el placer de encontrar menos culpables de lo que pensaba y para poder conservar unas Instituciones cuyas formas garantizan contra los abusos y contribuyen eficazmente a educar a una pequeña porción de sus miembros y a unirlos a la religión y a su persona.

En el tono de esta carta se adivina que el arzobispo estaba plenamente de acuerdo con su canónigo. Pero, aunque mons. d'Aviau hiciera esta gestión ante el cardenal, estaba por adelantado condenada al fracaso. Ya Napoleón había escrito a su tío:

Es obligación de mi clero obedecer, y el Espíritu Santo dejaría de estar con él el día en que tratara de separarse de la obediencia que me debe.

El imperial sobrino ha escrito ya al duque de Otranto en relación al Primado de las Galias:

Hágale conocer que no soporto que quien sea falte a la autoridad de que estoy revestido y él menos que nadie... O mi carta está contra la religión o no, y ¿compete a un obispo cambiar el carácter que yo le he dado? Yo soy teólogo tanto y más que ellos, y no me saldré de la línea; pero tampoco soportaré que nadie se salga.

Pierre Pierre no había sobrepasado las voluntades imperiales. El 22 de diciembre, tras varias intervenciones, el consejo de policía sometió al ministro la cuestión siguiente:

¿Están en el caso de ser suprimidas las congregaciones que no tienen otro fin que los ejercicios de piedad y que están autorizadas por los obispos?

El duque de Otranto respondió que la intención de Su Majestad era suprimir esas reuniones piadosas a las que con mucha frecuencia se unían intereses políticos; que ninguna debía existir sino en virtud de una autorización especial del gobierno, único juez de la necesidad de establecerlas. Varios obispos, apoyándose en las mejores razones, trataron de obtener una excepción; pero todos fracasaron. Incluso en Lión, la policía dispersó todas las asociaciones piadosas, sin exceptuar la que dirigía el vicario superior Brochart. En esas condiciones, el cardenal Fesch, que no había podido salvar a los misioneros del sr. Rauzan, apenas podía intervenir de forma eficaz a favor de la congregación de Burdeos.



Pierre Pierre se tomaba su tiempo. Sabiendo sin duda a qué atenerse, quería arreglar el asunto. Pero estaba París. ¿Qué hacer? Lo que a veces hacen los funcionarios inteligentes en todas las épocas: fingir un celo excesivo que hiciera temer al gobierno haberse visto arrastrado a una intervención ridícula. Entre los papeles requisados estaba la carta en la que en 1807 el sr. Rauzan había advertido al P. Chaminade que cuidara en lo posible la susceptibilidad del Hermano Séraphin, director de los Hermanos de la Doctrina cristiana en Burdeos. Entonces el protegido del cardenal Fesch había escrito:

Nadie conoce mejor que usted los cuidados, el miramiento y, si me puedo expresar así, las santas orientaciones de la caridad.

Lo he encontrado, debió pensar el comisario al releer esta frase. Y seriamente, el 16, habiendo puesto sobre su papel la mención «confidencial», escribió a Fouché:

Monseñor:

Una indisposición que me sigue reteniendo en mis apartamentos no me ha permitido terminar el examen de los papeles requisados al sr. abate Chaminade, director de la congregación del culto a la Virgen María. Mientras termino este trabajo, creo deber dirigir a Vuestra Excelencia una carta, con el nº 55, hallada entre estos papeles y escrita de Lión, el 15 de septiembre de 1807, a este eclesiástico por el sr. abate Rauzan, considerado secretario de la asamblea del clero que se reúne actualmente en París. Es bien sabido que este último ocupa este puesto solo por la poderosa protección de Su Eminencia el cardenal Fesch, que le profesa, según dicen, un gran interés. Me ha parecido sin embargo útil poner confidencialmente a la vista de Vuestra Excelencia un documento que pueda dar una idea del estilo y de los sentimientos de este sacerdote agregado desde hace algunos años a un establecimiento religioso en la diócesis de Lión. «Las santas orientaciones de la caridad» no escapan ciertamente a la atención de Vuestra Excelencia, que hará de esta carta el uso que juzgue conveniente. Si no ofrece nada que pueda suscitar la curiosidad o interesar a la policía general, podría guardarse en el ministerio para unirla a los demás papeles del sr. abate Chaminade que pienso dirigir al sr. consejero de Estado Pelet, en cuanto haya terminado su estudio, que estoy a punto de acabar.

Efectivamente, la carta del sr. Rauzan se guardó en el ministerio, y por eso se halla hoy en los Archivos nacionales; pero Fouché, que a pesar de todo tenía sentido común y el sentido del ridículo, puso la mención: «clasificada».

Probablemente era todo lo que Pierre quería. El 28 no había redactado aún su informe,

pero –escribe el prefecto Gary– de lo que ha tenido a bien informarme verbalmente, resulta, según el estudio que ha empezado de estos papeles, que dicho estudio no presenta nada sospechoso desde el punto de vista político. Se nota solo que sus adeptos están fuertemente ligados a sus opiniones religiosas. Forman una especie de secta que aspira a una mayor perfección que el común de los fieles. Hacen aparte sus ejercicios espirituales y, en cierto modo, están separados de las parroquias. De ahí resulta necesariamente una especie de envidia entre ellos y los demás fieles, como entre sus pastores y los párrocos.

Prometiéndome el informe definitivo en cuanto lo tuviera, el barón señalaba al final:

Todos mis otros informes son conformes con los dados por el sr. comisario general.

El silencio de los archivos, el hecho de que el P. Chaminade obtuviera la devolución de sus papeles excepto la carta del sr. Rauzan, todo lleva a suponer que no hubo informe definitivo.



En París, Bornier y Briançon, retenidos primero bajo vigilancia en los Inválidos, fueron pronto enviados a Auxerre, de donde en 1811 pedirán retirarse a su país de origen, a Lunel (Hérault) el primero y a Lorgues (Vaucluse) el segundo. Beaumes padre, tras un mes detenido, se vio expulsado de su puesto y relegado a Nîmes; su mujer y su hijo serán puestos en libertad el 22 de mayo de 1810. Castellin, puesto bajo vigilancia en Marsella, será también liberado en la primavera de 1810. Pigenat-Lapalun solo permanecerá en prisión por no haber querido volver a su tierra a sus expensas. Justus y Giresse recobraron muy pronto la libertad. Noailles, después de haber sido llevado a una casa de salud en Chaillot, se beneficiará de una medida de favor con ocasión del matrimonio del emperador y sin duda en consideración a los servicios de su hermano Alfred. En 1811 pasará a Suiza y de allí irá de capital en capital predicando una cruzada contra el que ve como el Anticristo. Lafon hará durante mucho tiempo gestiones y más gestiones para obtener suavizar su suerte; pero en junio de 1810, apoyado por Alexis de Noailles, conseguirá ser trasladado a la casa de salud del doctor Dubuisson, de donde se evadirá, en la noche del 22 de octubre de 1812, para correr la aventura del general Malet y vivir luego bajo nombre ficticio hasta la Restauración.

La congregación de la Magdalena quedará oficialmente suprimida hasta el fin del Imperio; de hecho va a vivir una vida clandestina.

## 6. Aunque penosamente

Según el P. Simler, el P. Chaminade habría hecho el viaje a París para abogar por la causa de la congregación. Pero es una hipótesis que no resiste a la reflexión. Eran nulas las probabilidades de éxito y él lo sabía. Y además era invierno, estación en que un resfriado catarroso le obligaba a cuidados regulares. Más tarde, los acontecimientos habían avanzado; el conflicto religioso se había envenenado: estaba claro que no había nada que esperar. Afligido, pero no deseando provocar medidas de rigor por ostentaciones, confiando en su fe y decidido a salvar lo que pudiera salvarse de su obra, se encerró en el silencio desde 1810 a 1814.

¡Qué años tan sombríos! El matrimonio del emperador con la archiduquesa María Luisa, el nacimiento del Rey de Roma, algunas victorias aisladas en España, no son más que claros en un cielo cada vez más encapotado y amenazante.

Napoleón se obstina en su lucha contra el papado. Furioso, envía a la fortaleza de Vincennes, al castillo de If, al fuerte de Ham, a Fénestrelle en Córcega, a todas las prisiones del Estado, a los cardenales, superiores de órdenes, obispos, eclesiásticos que le desagradan o le resisten. Por medio de un concilio nacional trata de crear una Iglesia galicana. Pero habiendo fracasado, hace llevar a Pío VII a Fontainebleau para arrancarle un nuevo concordato.

El papa resiste. Deniega la Institución canónica a los obispos elegidos unilateralmente por el emperador. Prohíbe a éstos administrar las diócesis con el título de vicario capitular. Se multiplican las diócesis sin cabeza. Las conciencias sufren una intolerable presión. ¿Va a renacer el cisma?

A pesar de sus ciento treinta departamentos, Francia se agota en un gigantesco esfuerzo de guerra. El bloqueo continental arruina el comercio y la industria; la guerra de España diezma las mejores tropas, ¿con qué resultados? La campaña de Rusia es un fracaso y la de Alemania, igual de mortífera, no pueden conjurar la catástrofe. A comienzos de 1814, se ven forzadas todas las fronteras; el país es invadido por el norte, el este, el sur, el sureste, y, si las María Luisa tienen el alma de los viejos soldados veteranos, no tienen su entrenamiento.

A medida que palidece la estrella de Napoleón, la expresión del descontento, de los temores, de las esperanzas, pues las hay, se hace más audaz. La policía ordinaria ya no basta para buscar a los refractarios a la conscripción. Por todas partes se remueven los realistas.

En Burdeos todo es paralización, miseria y angustia. En 1811 y 1812 se sufre la carestía y las epidemias multiplican las muertes. En 1814, la población, que en 1789 era de 110.000 habitantes, no será ya más que de 60.000. No se contará más que con 1.100 obreros empleados en las construcciones navales en lugar de los 10.000 de antes de la Revolución. Se multiplican las quiebras. Según un informe oficial de 31 de diciembre de 1812, 5.200 familias indigentes y 278 familias vergonzantes, es decir 16.509 individuos, han sido admitidos en los socorros públicos de septiembre de 1811 a finales de agosto de 1812. Por falta de recursos, en 1813 se disminuirá el número de asistidos, pero el número de desgraciados irá siempre en aumento. El 19 de septiembre de 1813 escribe Bernadeau en sus *Tablettes*:

El descontento parece haber llegado al colmo. Tendría que despertar el letargo del emperador sobre sus proyectos excesivamente vastos... Podría esperar reinar, si se limitara a defender a Francia en sus antiguas fronteras.

En la misma fecha el analista bordelés consigna un incidente característico.

En una representación de Semíramis, ayer aplaudieron de forma muy pronunciada este verso: «El cielo, en su venganza, a menudo da reyes». La ironía de semejantes aplausos indica el general cansancio que se experimenta por el gobierno actual y satiriza la criminal apatía de los que lo aconsejan o aminoran proyectos ridículamente atroces.

Seis días más tarde, anota:

En la iglesia metropolitana de Burdeos se cantó ayer un *Te Deum* por nuestras últimas victorias, que son un tanto problemáticas.

Y algunas páginas más adelante, añade:

Puede que se aceptara a los Borbones como un mal menor.

La policía se ve desbordada. Desde mediados de junio de 1811, Pierre Pierre es hallado tibio por Savary, sucesor de Fouché. El 25 de enero de 1813 es revocado, a los 44 años, y el ministro motiva la medida en estos términos:

Desde hace algún tiempo se notaban dudas y debilidad en su administración y respondía mal a las directrices que yo le daba en medio de las graves circunstancias que le rodeaban.

Para reemplazarle se hace venir de Ginebra a Joliclerc, pero la situación sigue deteriorándose. Durante las operaciones de reclutamiento, en diciembre de 1813, se lanzan boletines realistas en el Gran Teatro, y se grita: «¡Viva Luis XVIII!». «¡Muerte al tirano!». Se abre una instrucción que no llega a nada.

Por retirada que pareciera su vida, el P. Chaminade no ignoraba nada del estado del país. En 1816, Decazes escribirá:

El P. Chaminade estuvo por largo tiempo, y quizá lo esté ahora, íntimamente ligado a uno de los fundadores del *Anillo*.

El ministro hará alusión a esta sociedad de los «Caballeros de la fe», cuya historia reveló el P. G. de Bertier. Algunos años más tarde, el P. Chaminade confiará personalmente al P. Caillet:

Si hubiera lugar a dar a conocer mis sentimientos por la familia real, podría usted, entre otras particularidades, decir que era yo el que aconsejaba a la asamblea que determinó la entrada de mons. el duque de Angulema en Burdeos, etc. Pero no hay que hablar de estas cosas más que cuando lo pide la ocasión. Habrá podido usted darse cuenta de que yo apenas hablo del interés, a pesar de que es bastante activo, que he puesto durante toda la Revolución para ayudar por lo menos a preparar los acontecimientos que nos han dado tantos consuelos al tiempo que tantas solicitudes.

¿Hasta dónde llegó este compromiso en la realidad? Nadie nos lo ha revelado. Pero fue en casa de un congregante, Estebenet, donde se prepararon, en la noche del 11 al 12 de marzo, las directrices que los realistas siguieron al día siguiente para acoger al duque de Angulema; fue a Estebenet mismo a quien se confió la primera bandera blanca que debía flotar sobre Burdeos y fue un congregante, el carpintero Hagry, quien la izó en la torre de San Miguel.

Estoy contentísimo —escribirá el P. Chaminade al día siguiente del 12 de marzo— cuando pienso que es un fiel congregante el que consiguió izar en el campanario de San Miguel de esta ciudad la primera bandera blanca que creo apareció en Francia.

El director de la congregación vivía en su tiempo y con sus contemporáneos.

Sus estrechas relaciones con el arzobispo le ponían al corriente de las dificultades de la Iglesia. El 2 de mayo de 1811 envía a mons. d'Aviau esta nota:

Monseñor, me he enterado de que el concilio se había fijado definitivamente para el 8 o el 9 de junio. Hasta entonces no dejaré de pedir a Dios que le llene del espíritu de fortaleza y de inteligencia que le será tan necesario en una circunstancia que será infaliblemente la más importante y la más delicada de vuestra vida.

Conoce la mentalidad general por sus relaciones con los jóvenes, las jóvenes, los padres de familia; ve qué desconcierto hay en los espíritus, con qué dificultades se encuentran los jóvenes para vivir honradamente. Su corazón, un corazón de oro, se compadece de todos los sufrimientos, y estos son numerosos.

Un fallecimiento debió serle particularmente sensible, el del abate Lacroix. Noël Lacroix había sido para él un iniciador, y luego un amigo y un auxiliar precioso. En las horas difíciles ambos sacerdotes habían tenido que poner más de una vez en común sus

sentimientos y sus planes de acción. A los males por los que habían gemido juntos, el superviviente tuvo que añadir el dolor de la separación. Hicieron al difunto unos hermosos funerales, lo que no extrañó al viejo anticlerical Bernadeau:

¡Ya era considerado como un hombre santo por la buena gente!

El 2 de julio de 1813, los congregantes de la Magdalena fueron sin duda tan numerosos tras los restos mortales, que la asociación pudo considerarse reconstituida aquel día.



De hecho, aunque estaba dispersada, subsistía en sus miembros y en su director. Por raros que sean los documentos de esta época, y con motivo, no dejan de revelarnos algunos detalles sugerentes.

En dos cartas, una del 11 de marzo de 1811 y la otra del 19 de abril de 1812, Chaminade se confiesa muy ocupado. ¿Cuáles podían ser entonces sus trabajos?

Una parte de su tiempo lo dedicaba a la Misericordia y al noviciado de los Hermanos, pues era el superior eclesiástico de estos dos establecimientos. En 1811, el traslado del noviciado lasaliano de Burdeos a Toulouse le liberó parcialmente. Rigagnon sostiene que fue encargado de cursos en el seminario. Es posible, pero la experiencia no duró mucho:

El buen P. Chaminade vino también a darnos una enseñanza difícil de seguir, con un lenguaje y unos cambios de voz increíbles, de forma que uno no podía impedir reírse.

La congregación siguió siendo el centro de su actividad. El 10 de abril de 1812 escribe: «Aquí todo sigue, aunque penosamente». Estas palabras resumen los años 1810-1813.

Reuniones públicas, reuniones de piedad especiales para los congregantes, no sabemos qué. Pero la Magdalena permanece abierta. Oficialmente es un oratorio auxiliar erigido con autorización del prefecto para las tres parroquias Santa Eulalia, San Eloy y San Pablo. El P. Chaminade asegura en él el culto en virtud de la ordenanza episcopal del 12 de noviembre de 1804, en que no se nombra la congregación. Eso basta a la policía del comisario Pierre Pierre para considerar correcta y legal la actitud del capellán.

Entonces ¿nos equivocamos mucho si pensamos que la asistencia a los oficios del domingo, a la bendición del viernes, del primer jueves de mes, siguió estando compuesta por una mayoría de congregantes?

La congregación subsiste, de modo que según testimonio del director mismo, «en todo momento se acrecienta con nuevos miembros». Hasta diciembre de 1812, los jóvenes perciben cotizaciones y entregan a su director los honorarios habituales. En muchas parroquias, los congregantes fervorosos reúnen a los niños de primera comunión, les hacen aprender el catecismo, los llevan de paseo cuando el tiempo lo permite. Al comisario Pierre le informaron de estas reuniones parroquiales y no se opuso. Aunque ya no puede dirigirse en público a los asociados, el P. Chaminade permanece a su disposición para la dirección de conciencia y muchos acuden a él. Así se mantiene el espíritu.

Los miembros que habitan en el barrio de Chartrons se distinguen por su celo y su fidelidad. En 1804, el arzobispo había aprobado la reconstitución, en la parroquia de San Luis, de la congregación mariana que los Carmelitas habían organizado en 1765 y habían dirigido hasta la Revolución.

Esta asociación difería muy poco de la de la Magdalena: igual devoción a la Inmaculada Concepción de la Virgen, el mismo tipo de prácticas, las mismas costumbres esenciales, el mismo espíritu. Las buenas relaciones que el P. Chaminade supo mantener con el párroco de San Luis y con el de San Marcial acabaron por cambiar en colaboración lo que hubiera podido ser un fermento de rivalidad más o menos señalada. Fue algo excelente. Cuando en 1809 se

declaró disuelta la congregación de la Magdalena, la de Chartrons, menos espectacular, escapó a las medidas de rigor. A una encuesta del gobierno, monseñor respondió que se podían considerar

devociones parroquiales los ejercicios de piedad practicados en las iglesias de Chartrons, bajo la protección y especial invocación de la Santísima Virgen, por algunas personas asociadas y dirigidas por sus respectivos párrocos.

Según el comisario de policía, la «cofradía» de Chartrons contaba veinticinco hombres y sesenta mujeres en San Luis y unas cincuenta mujeres en San Marcial. Es natural que entonces el P. Chaminade dirigiera a la cofradía perdonada los congregantes que él no podía reunir. ¿Quién sabe si no apareció él mismo desde entonces en San Luis y en San Marcial?

Las chicas no le dan menos satisfacción que los jóvenes. Escribe en agosto de 1812:

La congregación de las jóvenes era en general muy edificante. La Providencia ha permitido su supresión: no he murmurado, aunque lo he lamentado a causa del bien que se hacía en ella. La virtud de sus miembros es menos equívoca desde que ya no existe. En general se comportan muy bien. Creo que hay pocas que hayan olvidado su consagración al culto de la Santísima Virgen.

Aquí, la animadora es la srta. Felicidad Lacombe de Pigneraud, que desde 1809 cumple las funciones de «Madre» en lugar de la srta. de Lamourous.

Lleva a la virtud y a la religión a todas las que se acercan a ella. Hay varias que la ven a menudo. Se diría que ella es su madre, por la confianza y la intimidad que reinan entre ellas.

A comienzos del invierno de 1811 cayó enferma. Ya no se curaría, pero la enfermedad no aminoró su celo:

Trabaja más de lo que lo harían dos sanas. El buen Dios da la bendición a sus trabajos.

Después de su muerte, acaecida en 1814, su director no pudo retener su admiración y, emocionadísimo, él, tan tranquilo de ordinario, desveló el secreto de su influencia en las siguientes líneas dirigidas a Adela de Trenquelléon:

La srta. Lacombe murió el 23 de enero, o mejor, entonces comenzó a vivir la única vida deseable. Su virtud no se desmintió ni se debilitó hacia el fin de su carrera. Desde que no tuvo remedio, habíamos convenido que no mostraría jamás la felicidad que sentía de sufrir mucho y su alegría por ir a la patria celestial. Durante su vida, no se saciaba de penitencias y humillaciones. Exultaba interiormente de alegría al ver alejarse día a día la hora de su muerte, para sufrir más antes de su partida. Pasó casi un mes en dolores muy agudos. Durante los 8 o 9 últimos días, ya no podía moverse más que con la ayuda de una compañera. Esta se dio cuenta el último día de que cuando la enferma veía a cercarse la hora en que yo la visitaba, hacía que le dieran la vuelta, para así sufrir más y privarse del placer de verme. Cada hora hacía, desde mucho tiempo atrás, una estación del *viacrucis*, y las tres últimas semanas, en cada estación ofrecía sus sufrimientos por una de las fracciones de las jóvenes. Nunca he visto celo más vivo y constante por la salvación de las jóvenes. Envuelta en una gran modestia y una profunda humildad, desde hacía años no cesaba de instruir las, animarlas, hacerles toda clase de servicios, o rezar por ellas.

La srta. Lacombe pertenecía a ese grupo selecto que el P. Chaminade cultivaba en los grupos de fervor.

La disolución de la congregación dio a estos un valor particular. La asociación subsistió en ellos, como lo había previsto el director mucho antes de los acontecimientos, y por ellos un gran número de antiguos congregantes seguían viviendo el ideal común, y se formaban nuevos reclutas.

A partir de esta época varias jóvenes emiten votos privados. El 15 de agosto de 1812, Felicidad Lacombe, María Courech, Segunda Lablancherie, Enriqueta Bidon, Isabel Bossage y María Reine suscriben la fórmula siguiente:

Dios todopoderoso y eterno, yo, ..., aunque muy indigna de que abajéis vuestra mirada a mí, y confiándome sin embargo a vuestra bondad y piedad infinitas, y empujada por el deseo de servirlos, consagro y prometo a vuestra divina Majestad, en presencia de la Santísima Virgen María, de toda la corte celestial, y de todas las aquí presentes, y a usted, Señor director, y a usted Madre mía, como representantes de Dios, castidad y obediencia durante tres meses, y bajo la dirección de la obediencia que prometo trabajaré cuanto de mí dependa en la multiplicación de los cristianos. Suplico a vuestra inmensa bondad y misericordia infinita, por la preciosa sangre de vuestro Hijo Jesucristo, que os dignéis recibir este holocausto en olor de suavidad y concederme la gracia de una completa fidelidad para poner en práctica los votos que me habéis inspirado y que ahora me permitís ofrecerlos.

Como se habrá notado, la obediencia se promete al director y además a una superiora, llamada «Madre». Si hay una superiora, es que hay un grupo organizado. La correspondencia del P. Chaminade nos muestra que se trata de chicas que «viven como religiosas» y «llevan un hábito religioso bajo su ropa ordinaria», sin que las congregantes lo sepan.

¿Qué prácticas tienen estas religiosas? ¿Cómo se llama su asociación en estos últimos años del Imperio? Ningún documento nos lo señala de forma definitiva. Nos vemos reducidos a espigar algunas indicaciones entre los numerosos papeles en los que el director lanzó sus proyectos así como sus realizaciones.

Diferentes notas proyectan una luz bastante viva sobre el alcance de los compromisos de castidad y de obediencia. He aquí una, de la mano de la srta. Lacombe:

El voto de castidad no se extiende más que a lo que la virtud misma de castidad prohíbe. Se peca contra la castidad por pensamientos, palabras, acciones: lo que comprende todos los malos deseos, las palabras licenciosas y obscenas, la lectura de novelas y de todos los libros peligrosos, las canciones que pueden contribuir a relajar el corazón e inspirar el vicio de la impureza, los espectáculos, los bailes, las reuniones mundanas, las danzas, la vida relajada y sensual, la buena vida, el lujo, los adornos rebuscados, el deseo de agradar, la inmodestia en el vestir, la frecuentación demasiado familiar de personas del otro sexo.

A estas precisiones, el P. Chaminade añade de puño y letra:

El voto de castidad prohíbe también ocuparse del matrimonio y escuchar alguna propuesta para sí misma.

En cuanto al voto de obediencia,

no tiene nada que pueda turbar una conciencia recta: 1º en cualquier época de la vida, el director puede siempre dispensar de él; 2º si surge alguna dificultad en su cumplimiento, la respuesta del director debe resolverla sin recurso alguno; 3º el estado de la persona no está bajo la obediencia; solo lo está la persona ejerciendo su estado.

Lo que muestra que no nos hallamos ante un ensayo reciente, es que el director sigue en estos términos:

La experiencia de varios años ha mostrado que este voto se puede cumplir sin turbación de conciencia y, sin embargo, con una gran ventaja espiritual, ya para la misma persona que lo hace, o para las personas que se convierten en objetivo de su celo guiado por la obediencia.

Por muy curioso que uno sea, no puede saberse más sobre este grupo de chicas jóvenes. Todo lo que se podría añadir serían solo hipótesis inverificables, por falta de documentos fechados.



El trabajo que hacían las señoritas Lacombe, Courech, Bossange, Chagne y otras entre las jóvenes, los Estebenet, Arnozan, Lousteau, Bidon, Cantau y Lalanne lo ejercían entre los jóvenes.

Jean-Baptiste Bidon era un congregante de los del principio. Había pronunciado su consagración el 1 de noviembre de 1801, tras dos meses de probación. Según algunos recuerdos de sus hermanos, parece ser que formó parte del pequeño grupo de jóvenes cristianos que frecuentaban al P. Chaminade antes de 1797. Si no fue uno de los miembros fundadores de la congregación es porque la conscripción le supuso ser enrolado en el ejército de Italia y ser hecho prisionero por los austríacos. Liberado sin duda tras la paz de Lunéville (febrero de 1801), se había unido a sus antiguos camaradas en cuanto volvió. Simple tonelero, no dejó de ganarse la estima de todos, con la confianza total del director. Entró en el consejo de la congregación, fue varios años tesorero general y mereció el título de prefecto honorario.

Fue él quien reclutó al joven Cantau. Lo había visto en la iglesia de Santa Cruz, asiduo a la misa mayor y edificante en su compostura. Se habían relacionado y, en contacto con el mayor, el joven había comenzado a conocer el grupo de la Magdalena, contra el cual le habían prevenido antes.

Poco después de haber sido recibido congregante, la conscripción le alcanzó. No empleó ningún disfraz para eludir la ley. Se fue con las mejores disposiciones de perseverancia, sometiéndose con gran resignación a la voluntad de Dios.

Su salud era delicada, por lo que fue declarado exento, y se le volvió a ver en Burdeos tan fervoroso como antes de su partida.

Juan Bautista Lalanne era más joven. Nacido en 1795 y recomendado al P. Chaminade por su padre moribundo, fue postulante en la congregación y miembro del grupo fervoroso del que se ocupaba Quintín Lousteau. Llegado a los 16 años hizo la promesa de congregante y desde entonces no dejó de pertenecer al piadoso grupo selecto.

Desde 1812, cuando era estudiante de medicina y acababa de ser, con 17 años, recibido como interno en el hospital de Burdeos, fijaba todos los detalles de su vida en un largo reglamento aprobado por su guía espiritual:

Regular su vida es disponer todas sus acciones de la forma más conveniente en su situación, para llegar a su último fin... En mi reglamento de vida, tengo que disponer mis acciones temporales y espirituales de la forma que lo permita mi estado y exijan mi pasión dominante y la gracia actual.

Teniendo en cuenta sus estudios, este joven inteligente, que precisamente aquel año tomaba parte, junto al naturalista Laterrade, en la fundación de la Sociedad Linneana de Burdeos, sabía imponerse resoluciones heroicas:

1. No me entregaré al estudio más que de forma que pueda dejar un tiempo libre para ocuparme de las obras santas.
2. Me aplicaré a menospreciar la ciencia y a huir de la reputación de sabio.
3. Esconderé cuidadosamente la que posea, no escribiendo más que por una gran necesidad.

Su plaza de interno le ponía en contacto con los enfermos, por lo que determinaba así su conducta para con ellos:

Los respetaré, los amaré en nombre de Jesucristo, los trataré con cuidado y los recomendaré con indulgencia.

Me obligaré a una rigurosa asiduidad a su servicio, para lo que dedicaré todo el tiempo conveniente.

En la parte de su tratamiento que se me confía actuaré con prudencia y consejo.

El tiempo concedido al descanso y a las comidas lo medía con cuidado: seis horas de sueño, tres cuartos de hora para la comida y media hora para la cena «excepto algún caso de buena educación».

Las oraciones vocales se reducían al rezo del Oficio Parvo de la Inmaculada Concepción, de las letanías de la Santísima Virgen y del acto de consagración del congregante, a las que añadía, dos veces al día, el *Pater*, el *Ave*, el *Credo*, los mandamientos, el *Confiteor*, así como algunas oraciones a su ángel custodio, a su patrono y a san José.

Dedicaba cada día media hora a la meditación de una virtud de Jesucristo y a la lectura espiritual, el tiempo necesario para leer un capítulo del *Nuevo Testamento* y un capítulo del *Combate espiritual*.

A mediodía recitaba la fórmula «Sea hecha, alabada y eternamente exaltada la justísima, altísima y santísima voluntad de Dios en todas las cosas». Era una práctica común a los miembros del grupo de fervor.

A las 3 de la tarde se recogía para contemplar a María en el Calvario.

Se dormía pensando en la muerte y diciendo el *De profundis*.

Cada semana, asistía dos veces a misa. Se confesaba y comulgaba cada ocho días. El domingo no se contentaba con la misa. Si había bendición, quería recibirla, y si había alguna instrucción particular para los jóvenes, asistía a ella.

El reglamento, muy detallado, terminaba con una lista de mortificaciones:

No haré más que dos comidas ligeras al día. En la mesa me impondré siempre alguna privación, en cualquier circunstancia.

Ayunaré el miércoles y el sábado, no tomando en la cena más que la cuarta parte de los alimentos. Cuando esté solo en la cena, cenaré solo pan y agua.

Trabajando, me mantendré siempre en una postura un poco incómoda. Cuando esté solo, trabajaré sin sentarme.

No me calentaré los pies este invierno. Trabajaré siempre a cierta distancia del fuego, lo bastante para sufrir el frío. No cerraré durante todo el invierno más que una de las cortinas de mi cama, hasta que el frío me impida dormir.

Guardaré el silencio siempre que pueda.

Recibiré con espíritu de penitencia todas las dificultades y los males que la Providencia quiera enviarme. Aceptaré todas las penitencias que se presenten a mi espíritu y que puedan hacerse sin dañar mi salud, sin manifestarlo hacia fuera, sin dañar a mi deber.

Renuncio a toda ocupación inútil o curiosa: lectura de periódicos, carteles, libros de ciencias extranjeras, versificación, composición de prosa ligera, cosas curiosas, fuegos artificiales, iluminaciones, prodigios, ruidos y noticias de la vía pública.

Caminaré por la calle con los ojos bajos, sin afectación.

Ciertamente se trata de un programa austero. Hay que tener en cuenta el ardor juvenil, que solo cuenta con la generosidad. La experiencia pudo pedir alguna suavización. Pero queda en pie que no se puede rechazar la confianza a un carácter que comienza a disciplinarse así. Con tales reclutas apoyados por antiguos bien formados, ¿es admirable que la obra del P. Chaminade haya sobrevivido en la sombra?

Como para las chicas, se plantea aquí una cuestión: ¿formaban estos jóvenes, gracias a los cuales sobrevivía la congregación, un grupo con un reglamento común?

Más tarde, en 1848, el P. Chaminade escribirá:

Durante el reinado de Napoleón, las piedras del edificio permanecieron dispersas. Pero eran trabajadas insensiblemente allí donde se encontraban, por ejemplo los sres. Bidon y Cantau.

Este testimonio se refiere a la Compañía de María y el fundador afirma que esta asociación no estaba constituida durante el Imperio. Al contrario, no niega la existencia de otra agrupación más amplia, que no habría modificado la situación social de sus miembros, y de la que parecen indicio varias notas manuscritas, esta entre otras:

#### ESTADO RELIGIOSO ABRAZADO POR JÓVENES CRISTIANOS DISPERSOS EN LA SOCIEDAD.

1º Aunque dispersos en la sociedad, estos jóvenes creen haber abrazado un verdadero estado de vida en el orden de la religión y de la salvación, ya que, en efecto, ese estado debe santificar todos los hechos y actuaciones de su vida.

2º Su acto de consagración es como su profesión.

3º Como en todo estado de vida, en este hay que considerar su espíritu, su fin inmediato y principal, y los medios que tiene para alcanzarlo con facilidad.

4º Su espíritu es una participación del espíritu apostólico.

5º Su finalidad inmediata y principal es la santificación de las almas o la multiplicación de los cristianos.

6º Sus medios son la dirección, la unión, el buen ejemplo, la instrucción, las buenas obras, la devoción a la Santísima Virgen, las prácticas en común y los sacrificios.

1. La dirección: La dirección parte del mismo moderador y del Centro. La del moderador es como el alma en el cuerpo; ella es la que sostiene su espíritu, le impide debilitarse o variar. La del Centro combina las fuerzas de todos los miembros y las aplica al gran fin que se proponen.
2. La unión: Unión de sentimientos, unión de oraciones, unión de servicios y de intereses con miras a la caridad más delicada. Comunión muy íntima de los miembros entre sí y sobre todo con el moderador del Centro. Cuanta más actividad tenga la influencia del moderador, más fuerte será la unión; cuantas más direcciones espirituales diferentes haya, más se debilitará la unión.
3. Buen ejemplo: profesión abierta de cristianismo; victorias frecuentes sobre el respeto humano.
4. La Instrucción: a. –instruirse bien uno mismo; b. –tomar toda clase de medios para propagar el conocimiento de la religión. Para el primer objetivo, los consejos del moderador son de la mayor importancia; para el segundo se necesita, en lo posible, ponerse en contacto con el Centro. Actuando así, además de la gran ventaja de hacer todo en unión y con el mismo espíritu, está la de atraer la bendición del cielo prometida a los que no son sabios a sus propios ojos.
5. La devoción a la Santísima Virgen: Que recuerden siempre, para sí y para los demás, aquello de que hemos hecho profesión en el acto de consagración: que María merece un culto singular, debido solo a ella, que es la Señora del mundo, la Reina de los hombres y de los ángeles, la distribuidora de todas las gracias, el adorno de la Iglesia, etc., etc.; que es inmaculada en su concepción, que concede una protección especial a la juventud, etc., que contrayendo con María una

alianza tan estrecha como la que existe entre madre e hijo, se contraen por ello mismo deberes, etc., etc.

6. Prácticas comunes: 1- Reunión cada ocho días, donde se recitaría el Oficio Parvo y se haría una corta instrucción o una lectura espiritual; 2- Oficio en particular cada día; 3- Ofrecimiento de la intención todas las mañanas, para poner en común todas las obras de la jornada; 4- Reunión en espíritu, a las 3 de la tarde, en el corazón de María atravesado por una espada de dolor; 5- Cada miembro tendría su reglamento de vida, que le sería propio; 6- Comunión general todos los meses, en común si fuera posible.
7. Los sacrificios: Sacrificio de sus gustos, del tiempo libre, de una parte de lo superfluo, bajo la influencia del moderador del Centro. Todas las buenas obras. Además de la propagación del conocimiento de la religión, ninguna buena obra podría parecer extraña a la finalidad del Instituto.

La ausencia de toda alusión a la congregación fecha estas líneas. Fueron escritas durante la dispersión de los congregantes, después de 1809, cuando las reuniones generales eran imposibles. Si no se trata más que de un proyecto, como parece indicar el empleo del condicional, la redacción es bastante clara para dar una idea precisa del grupo considerado.

No se trata de una asociación religiosa en el sentido jurídico de la expresión. Sus miembros no están ligados más que por una promesa de obediencia al director y a uno de ellos, el Centro. Aparte de algunas prácticas comunes reducidas al mínimo, el programa de santificación es cuestión personal. Lo que constituye la unidad de la asociación es la actuación del director y el deseo que se supone a todos los adherentes de llevar una vida cristiana más intensa que la masa de los bautizados.

¿No hay una armonía entre este ideal general y el reglamento de vida del joven Lalanne? ¿No lo redactaría para someterse a una regla de su asociación? Podemos creerlo así. Mirando de cerca el texto, se constata fácilmente que el interesado no es alguien aislado. Toma la resolución de decir cada día a mediodía la oración «Sea hecha...», uniéndose a sus hermanos «de la pequeña Constit...» (*sic*) y de asistir, en lo posible, «a las instrucciones particulares del domingo». Se compromete a revisar todos los meses su reglamento de vida con su director. Al asistir a misa quiere ofrecerse «por su alumno»; al divertirse, quiere ser útil a sus «alumnos». ¿De quién puede tratarse sino de los jóvenes a los que trabaja para ganarlos al cristianismo? Escribe también:

La campana que me llama para los enfermos, el médico, etc., será para mí una orden que cumplir con *obediencia*.

¿Por qué subraya la palabra «obediencia» sino porque ha hecho promesa de esta virtud y pretende asegurarse el mérito de esta promesa a lo largo de todas sus jornadas? Quiere considerar cada día, a las 3:00, a «María en el Calvario». Pues bien, una nota del P. Chaminade nos muestra que el origen de esta práctica es que al pie de la cruz María, asociada al misterio de la redención, aparece como el modelo del misionero. El recogerse a las 3:00 no es, pues, una costumbre de todos los congregantes, sino la característica de los que nuestro tiempo llamaría los «militantes», y que ellos se llamaban con un término equivalente, pues hablaban de su «armadura».

Juan Bautista Lalanne era uno de ellos. Su reglamento de vida nos revela algunos aspectos de esta asociación. Quisiéramos saber más, conocer los estatutos definitivos del grupo, poseer la lista completa de los iniciados, seguir sus actividades..., pero las huellas dejadas son insuficientes para autorizar una reconstrucción integral del pasado. Al menos no podemos dudar de que haya existido en 1812 una asociación secreta, entre los mejores congregantes y que haya sido para el P. Chaminade el medio de guardar sobre la juventud una parte de la influencia que ejercía antes gracias a la congregación.

¿Queremos nombres? A los ya citados añadiremos, no sin algunas razones, los de Dubrena, Bonneval y Dominique Clouzet, cuya actividad en esta época nos revela un registro de la tesorería. ¿No es legítimo pensar que, en estos tiempos difíciles, el director no confiase los cargos más que a los miembros del grupo selecto?



La «misión» inaugurada en 1800 continuaba también por «la tercera división» de las jóvenes.

El arresto de Lafon y la dispersión de la congregación habían sucedido antes de que la asociación de Adela de Trenquelléon se hubiera incorporado definitivamente a la obra de Burdeos. Por otra parte, la policía no había cogido ningún documento referente a las chicas. Desprovista de todo carácter exterior, reducida a algunos miembros dispersos en varios lugares, la pequeña asociación no llamaba la atención, así que pudo subsistir como antes. Solo fue preciso ser prudentes para relacionarse con Burdeos.

Se ha creído y escrito que el P. Chaminade, menos ocupado, había ido a la región de Agen durante el año 1810, que había conocido a Adela de Trenquelléon y que en 1813, por medio de la srta. de Lamourous, había obtenido de Pío VII en Fontainebleau el poder hacer recibir por delegado a los congregantes de fuera de Burdeos. En verdad se trata solo de hipótesis, cuyas bases son demasiado frágiles para permitir conclusiones. Baste reconocer la solicitud que el P. Chaminade dedicó durante esos difíciles años a la obra de Agen.

El 27 de agosto de 1810 aprovecha una ocasión para terminar de poner a su corresponsal al corriente de las costumbres de la congregación de Burdeos.

Recuerdo que hace tiempo me preguntó usted qué eran o qué tenían que hacer en la congregación las chicas que eran oficialas. Sea cualquiera el motivo de su curiosidad, responderé en pocas palabras. Cada oficial se convertía en un centro al que se orientaban directamente las jóvenes cuyo cuidado le confiaban: así una oficiala de fracción se cuidaba de todas las que componían su fracción; una oficiala principal se ocupaba de todas las oficialas de fracción que había en su división y solucionaba todos los inconvenientes que se pudieran hallar en las fracciones. Una buena oficiala debiera estar siempre vigilante para mantener el fervor entre sus compañeras, para mantener su exactitud a las prácticas y usos de la congregación, para animarlas sobre todo a frecuentar los sacramentos y recordarles las fiestas y las comuniones generales.

La carta terminaba con una pequeña lección de doctrina y devoción mariana:

La invito, mi querida hija, a hacer de todo corazón el acto de consagración en la fiesta de la Natividad de la Santísima Virgen, si ha recibido esta carta: será también una buena idea que dar a todas sus amigas. Estoy admirado por las gracias y bendiciones que reciben todos aquellos y aquellas que lo hacen de corazón y que perseveran en los sentimientos que se lo han inspirado. ¡Qué felices son los verdaderos hijos de María! La Madre de Jesús se convierte de verdad en su Madre. – Quizá diga usted: sí, ¡pero María no puede ser mi Madre como es Madre de Jesús! – Sin duda, si no consideramos las cosas según el Espíritu; pero es más según el Espíritu que según la naturaleza como debemos considerar su maternidad divina. María, según afirma el mismo Jesucristo, fue más feliz por haberlo engendrado espiritualmente que por haberlo engendrado en el orden de la naturaleza. Si no entiende bien esta verdad, que no hago más que esbozar, volveré sobre ella con gusto en otra carta.

En la primavera de 1811, son ánimos mezclados con consejos:

He recibido su carta con un gozo muy sensible: los detalles en los que entra, me prueban que presta atención a todo. Haz con prudencia todo lo que le inspire su celo para sostener la buena obra que ha emprendido con sus amigas.

Sus amigas: al menos algunas no merecen tal nombre. Las amigas se supone que tienen los mismos sentimientos, y esas se alejan mucho. ¿qué hay más opuesto al espíritu del cristianismo que la anima que la vanidad y la indecencia en el atuendo? Me entra la tentación de decirle que no las reconozcas como amigas. Sin embargo, antes de romper por completo, reprócheselo seriamente; quizá al menos algunas se corrijan. Pero me parece más conveniente que no tome como amigas más que a chicas jóvenes. Las mujeres casadas apenas se alegran más que con personas de su mismo estado: no obstante, si una chica con quien está íntimamente unida acaba de casarse y quiere seguir siendo su amiga, no hay por qué romper.

En julio de 1812 se siente feliz por el trabajo de su dirigida y promete ayudarla lo mejor posible.

Veo con gran placer, mi querida Hija, que el fervor se mantiene entre sus amigas. Tendrá usted el consuelo de verlas perseverar en la práctica de la virtud y de la piedad si tiene relaciones frecuentes con ellas. Nunca las pierda de vista, primero ante Dios, para rezar por ellas, y luego por correspondencia. Exhórtelas a verse entre ellas, a escribirse, pero solo para animarse a amar a Dios...

Al escribir estas últimas palabras he pensado que podría hacerle llegar escritos cortos por los barcos, o enviarlos a Agen. Cuando no hubiera cartas, le bastaría a usted con lo que tiene. Se serviría de ellos para usted y para las demás. Ni usted ni nadie puede verse comprometido por comunicarse pequeños escritos que no tengan otro fin que el servicio de Dios o la gloria de nuestra divina Madre.

Desde hoy daré ese trabajo a la srta. L.<sup>3</sup>; será ella la que me pida material para los boletines. Tratemos siempre de aumentar las Hijas de María. Endurezcámonos contra los esfuerzos del Infierno.

Adela de Trenquelléon avanzaba con alegría por el camino que le abría el P. Chaminade, transmitía las consignas, sostenía, animaba, recomenzaba sin cansarse. Su gran medio de acción es siempre la correspondencia.

No dividamos más nuestro corazón entre Jesús y el mundo. Que este mundo miserable no signifique ya nada para nosotras. No lo miremos para nada más. Ya no somos suyas, sino de Dios.

Con ocasión de las fiestas marianas, repite las lecciones del P. Chaminade:

No es solo su calidad de Madre de Dios la que la elevó tan alto, sino sus eminentes virtudes... Apliquémonos a la práctica de su hermosa humildad. Imitemos su vida escondida, común, a los ojos de los hombres, pero preciosa a los ojos de Dios. Huyamos de la vana ostentación, deseemos ser desconocidas... Imitemos su pureza. ¡Dios mío, qué grande debía ser la modestia de la Reina de las Vírgenes en su atuendo! ¡Qué distinto del nuestro debía ser! Te aseguro, querida amiga, que yo quisiera que las hijas de María se distinguieran por una rigurosa exactitud en este punto. Evitemos esos vestidos ceñidos, tan estrechos que señalan casi todas las formas del cuerpo. No se piensa mal con ello, pero el diablo sí lo piensa siempre.

---

<sup>3</sup> La Srta. Lacombe, sin duda.

En 1813 invita a sus amigas a redoblar el fervor para celebrar la fiesta de la Inmaculada Concepción:

Preparémonos a renovar de todo corazón nuestra consagración a la Santísima Madre de Dios en el gran día de su Concepción, que es especialmente nuestra gran solemnidad. Preparémonos a ella con una gran pureza de corazón, ya que es el día en que la sagrada virgen fue concebida sin pecado. ¿Podría ella reconocer como hijas suyas a corazones manchados con la lepra del pecado, que no hicieran ningún esfuerzo para curarse? Huyamos de todas las ocasiones, hasta las más ligeras, incluso las que no lo serían para otras personas, con el fin de renunciar a todo lo que pudiera empañar esta virtud de la pureza que debe caracterizar a las hijas de la purísima María, y cuyo símbolo es el cinturón que llevamos.

El sr. Larribeau seguía también siendo un guía amado de todas las asociadas. El resumen de una jornada que pasó entre ellas en julio de 1811 dará idea de su influencia y acabará de pintarnos la fisonomía de la tercera división:

El martes por la tarde nos dio la meditación sobre el fin del hombre, y al día siguiente le pedí que nos diera otra a nosotras en particular sobre los deberes de la asociación... Nos hizo ver las ventajas de esta santa protección de la augusta María, cómo es una señal de predestinación si somos fieles en invocarla e imitarla. Se extendió en eso. Luego nos hizo recordar que la finalidad de nuestra asociación es obtener una buena muerte, y por tanto prepararnos a ella, dirigiendo a ese fin esencial todas nuestras acciones.

Nos exhortó a ser más fieles, a realizar mejor nuestras devociones, como el ejercicio del viernes, la cita de las tres, nuestras oraciones particulares; nos recomendó que hagamos mejor nuestras meditaciones, nuestras lecturas, que imploremos al Espíritu Santo antes de leer, y le pidamos después de la lectura la gracia de aprovechar lo que hemos leído, que nunca nos avergoncemos del Buen Dios ante el mundo, que seamos puntuales, por más gente que haya, para decir el ángelus cuando toca la campana, que digamos con más atención las oraciones de antes y después de las comidas, y que en ellas hagamos la señal de la cruz con más modestia y respeto. Para el resto de la jornada, nos dijo cuánto deseaba que tratásemos de ganar almas para Dios por una palabra de Dios dicha a propósito, una reflexión corta y buena, en fin, mil medios que puede proporcionarnos un celo industrioso. Pero lo que sobre todo nos recomienda es huir en lo posible del mundo, o si es obligatorio, prepararse previamente por la mañana, previendo las ocasiones que hubiera y los medios para evitarlas o resistir.

En Agen, Tonneins, Marmande, Figeac, Lectoure, la llama se encendía y extendía su claridad...



Trabajando con calma, discreción e intrepidez, el P. Chaminade no tenía más que agradecer a la Providencia el bien que se seguía haciendo tanto en Burdeos como en «las Tierras Altas», cuando en París el general Malet trató de derribar el gobierno imperial.

Sabemos lo que fue esa loca aventura del 23 de octubre de 1812, que terminó el 29, en la llanada de Grénelle, con la ejecución de doce condenados. Uno de los últimos historiadores de Malet, Louis Garros, se pregunta si «la conspiración Malet» no sería una conspiración Lafon. Desde 1846, el autor del artículo «Real» en *Fastes de la Légion d'Honneur* escribía sin dudar que «la conspiración Malet» se debía llamar con más exactitud «la conspiración Lafon». La idea de anunciar de improviso la muerte del emperador y apoderarse del poder aprovechando la sorpresa causada por esta noticia, la idea del senatusconsulto imaginado para atajar toda sospecha, esto es Malet: cuatro años antes ya había concebido un golpe de Estado sobre esas

bases. El 23 de octubre, el principal actor, el hombre que paga con su persona y zanja las dificultades, sigue siendo Malet. Pero ¿quiénes fueron sus cómplices, aquellos cuyo concurso se había asegurado antes de tentar su aventura? El abate Caamano, que le aseguró una habitación donde se realizaron discretamente los últimos preparativos; Boutreux, que aceptó el papel de prefecto de policía, y Rateau, promovido por las circunstancias al grado de oficial de ordenanzas. Pero ¿quién había encargado al abate Caamano alquilar la habitación? Fue Lafon. ¿Quién había puesto en relación a Boutreux con Malet? Fue Lafon. ¿Quién había encontrado a Malet un oficial de ordenanzas en la persona del cabo Rateau? También Lafon. ¿Quién había manipulado el senatusconsulto de 1808? Fue Lafon. ¿Quién había procurado el sello con el que fueron autenticados todos los documentos de la conspiración? También fue Lafon, el detenido junto con Malet en la casa de salud del señor Dubuisson. Caamano estaba agradecido a Lafon, Brouteux era un joven al que había conocido en Rennes, en su viaje de 1809; Rateau, uno de sus paisanos bordeleses: otros tantos hechos que dan el perfil de un personaje intrigante, que quiso servirse de Malet para realizar un golpe de Estado que deseaba y cuyos frutos esperaba que recogieran sus amigos del partido realista. Su actitud durante la famosa jornada no desmiente esta impresión. Aunque no asumiera ninguna misión importante, va de un sitio a otro, sigue las peripecias del drama como un director de teatro sigue las evoluciones de los diversos actores para coordinar sus movimientos. Ante el fracaso, desaparece; pero como era previsor, se había asegurado un asilo en el castillo de Sauvigny.

Tiene razón Lamartine: «El clérigo Lafon, único culpable, se había escapado». Según todas las hipótesis, está claro que los congregantes bordeleses no tenían ninguna parte en las actuaciones de su antiguo prefecto. Sin embargo, la investigación de que fue objeto podía suponer nuevas investigaciones entre las personas que le habían conocido. Es extraño que no se produjeran. El P. Lalanne escribió que el P. Chaminade había sido apresado en esta ocasión, pero su testimonio es desmentido por los documentos. La gendarmería departamental, el comisario general de policía, fueron evidentemente alertados; pero el 14 de diciembre, el prefecto del Garona escribió a París:

De la correspondencia de las autoridades locales, de las actas de las investigaciones aportadas por las brigadas de gendarmería, resulta que a pesar de las investigaciones más exactas, aún no se ha podido descubrir el escondite de este individuo. La gente que lo conoció en su tierra natal afirma que no ha vuelto a aparecer por allí, y suponen que las circunstancias en que se encuentra le habrán determinado a buscar de preferencia un refugio en otro departamento absolutamente distinto de este, conjetura que me parece bastante verosímil.

El P. Chaminade redobló la prudencia. A partir de diciembre de 1812 parece haber renunciado a toda actividad congregacional: no hay ninguna otra recepción y el 23 de este mes, el tesorero de los jóvenes le remite 39fr90 «como saldo y cierre de cuenta». Por el momento, el piloto cedía a la tempestad. No tenemos ninguna carta suya de 1813.

¿Qué quedaba de la congregación? Sin duda tan solo algunas entrevistas del director con algunos miembros fervorosos. El P. Chaminade ya no era más que el capellán de la Magdalena.

A pesar de todo, no se resignaba. En esta actividad a medias, reflexionaba, estudiaba los medios para seguir el trabajo de recristianización que llevaba desde hacía doce años. Una de sus cartas de 1814 nos muestra que ya en esta época hizo conocer a Adela de Trenquelléon su deseo de verla para comunicarle un nuevo proyecto y obtener su colaboración. ¿De qué se trataba? A juzgar por una alusión posterior, parece que era cuestión de una extensión de los grupos de fervor. El encuentro deseado no tuvo lugar. El año 1813 terminó bajo el signo de la derrota y 1814 comenzó preñado de incógnitas.